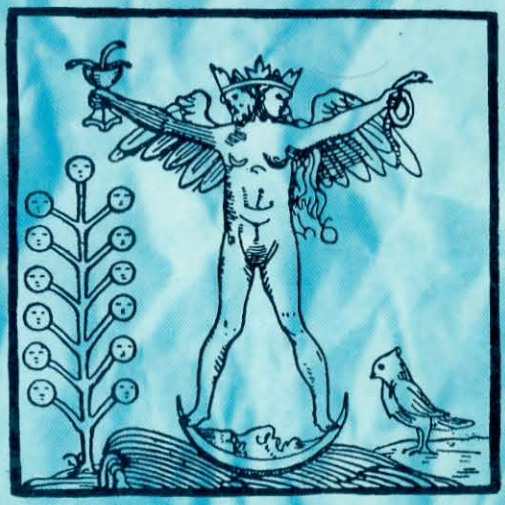
Grupo de UR y Otros

LA MAGIA COMO CIENCIA DEL ESPÍRITU

TOMO III



Ediciones Heracles

GRUPO DE UR Y OTROS

LA MAGIA

COMO CIENCIA DEL ESPÍRITU

TOMO III

Ediciones Heracles

Hecho el depósito que marca la Ley
Buenos Aires - Noviembre de 1996
(Impreso en la Argentina)
ISBN: 987-95138-7-9

® Ediciones Heracles, 1996

Traducción del italiano y estudio preliminar a cargo de:
ALBUS

Ilustración de portada:

El *Rebis* de Basilio Valentino;
reproducción del *Aurelia Occulta Philosophorum, Teatrum Chemicum*, Argentorati, 1613, tomo IV.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

INTRODUCCIÓN AL TOMO III

En los tomos anteriores de esta colección se ha hablado, en las diferentes monografías elaboradas por los grupos de *Ur*y de *Los Dioscuros*, de una crisis existencial que, abarcando todos los puntos de apoyo, los valores y las justificaciones de la vida ordinaria, puede llevar al hombre a la ruina, o bien le impone la posibilidad de abrirse un camino hacia una nueva condición del ser y de la conciencia. Direcciones y disciplinas que, en su esencia nos presentan un carácter constante y que constituyen justamente las ciencias iniciáticas, nos hablan de la existencia de un tal camino.

Aquel que, persistiendo en el impulso desde lo profundo de su ser, el que lo ha llevado a romper todo puente, se aplica con seriedad y fervor a estas disciplinas, adquiere primero el presentimiento y luego el saber siempre más preciso y experimental de otro orden de realidad, que nosotros denominamos como realidad metafísica. Él está destinado a convertirse en partícipe de esta realidad, a través de grados que le permitan obtener una fuerza que se encuentra más allá de la fuerza, una conciencia que se encuentra más allá de la conciencia, una vida que está más allá de la vida.

La realidad metafísica es y vale en modo trascendente, es decir con plena independencia del mundo de los hombres. Sin embargo aquel que, habiéndose establecido en ella, vuelve a mirar hacia lo bajo, puede extraer puntos de referencia para un sistema de valores y de principios de los cuales la vida terrestre y temporal puede recibir un orden y un sentido del cual, de otro modo, ella se hallaría totalmente privada. Y cuando este orden y este sentido lleguen a compenetrar efectivamente toda una comunidad histórica en todos sus estratos, entonces se tiene aquello que, en sentido eminente, puede denominarse Tradición o Civilización Tradicional.

Que, a pesar de ello, el actual mundo occidental represente la antítesis más completa de tal tipo de civilización, es algo que no es necesario que sea puesto particularmente en luz. La vida humana, individual y colectiva, hoy como nunca ha perdido los contactos con el orden metafísico, hoy como nunca se ha lanzado al vacío, transportada por mitos falaces, en un insano activismo, influido por mitos deletéreos, embrujada por los

horizontes de un miserable bienestar o de un impulso desaforado hacia su consecución. De aquí pues una crisis, a través de la cual en el mundo moderno los circuitos tienden a cerrarse, en razón de una conclusión de ruina, o bien por un salto neto que exponga el principio de una total renovación.

Es así cómo hoy la seria aplicación en aquella ciencia iniciática, la cual se puede además denominar tradicional, puede tener también un valor de orientación: además del aspecto interior, puramente espiritual, puede servir para hacer entrever aquellas "tierras firmes" que se elevan por sobre el caos actual y que, mañana, ayer o como hoy, ofrecen la imagen de un orden normal, legítimo y sagrado.

Sobre esta base, es porque simultáneamente con la exposición de principios y técnicas de la ciencia iniciática, se dará un cierto margen al estudio de una y otra forma de la Tradición en la historia, de modo tal de no sólo hacer presentir los principios en sí mismos, sino también su testimonio y la continuidad de su eficiencia en el mundo humano. De ello le seguirá también otro resultado. Nacerá de a poco el sentido del justo "lugar" de la sabiduría iniciática —de la verdadera— en relación con todo aquello que se inscribe en sus imitaciones espúreas, hoy tan en boga en una época en la cual el materialismo omnicomprensivo ha arrastrado a los hombres hacia una pseudo-espiritualidad. Tal sabiduría no es algo "marginal", no es una cosa de camarillas ambiguas, de grupúsculos "espiritualistas", teósofos, entrenadores de "yoga" americanizados, fanáticos de lo "oculto", ovnólogos, etc. Ella es la sabiduría de los siglos, y quien posee efectivamente esta sabiduría, no se encuentra en algún lugar, sino que está en el centro; del mismo modo que es la condición y dignidad de quienes en cualquier sociedad tradicional, es decir normal, al tener el saber, tenían también legítimamente el poder, en tanto representantes visibles e invisibles de élites dominadoras.

Por último, cuando más de una persona alcanza a percibir tales tierras firmes, cuando más de uno, tras haberse elevado hasta la realidad metafísica y retornar a este mundo de sombras, siente un rechazo irreversible por el mismo y atisba el sentido de esta existencia como una prueba que ha elegido y lo *recuerda*, entonces ya están dadas las bases para una Orden. Tal el sentido del último capítulo elaborado por *Los Dioscuros.*

ALBUS

X

LUX

OPUS MAGICUM: LAS CADENAS

La finalidad de las cadenas mágicas es la de formar una fuerza fluídica colectiva, potencialmente mayor que aquella de la que podría disponer cada uno de los componentes operando aisladamente y tal de poder ser usada por cada sujeto participante.

Una cadena se forma por "sintonía" de los elementos que la componen, cuando exista la identidad o la correspondencia, de acuerdo a la ley de los números, de la actitud interior o del rito practicado por más personas, sea que éstas operen juntas recogidas, sea que operen en lugares diferentes, aun sin saber la una de la otra, con tal de que sean rigurosamente observadas las normas de los tiempos y de los ritos. Se puede formar intencionalmente y ceremonialmente una cadena cuando una o más personas establezcan su fin y determinen adecuadamente el rito de acuerdo a las normas tradicionales; es también posible la formación espontánea de una cadena, así como es posible que una persona pertenezca de hecho a ella y no lo sepa[1]: en tales casos la condición es una correspondencia de vibraciones sutiles que por sí sola basta para establecer el estado de relación y que prescinde de distancias temporales y espaciales.

La fuerza colectiva de la cadena constituye un ente verdadero y propio al servicio de quienes lo han formado; es una coagulación de luz astral, que puede proyectarse en una "figura" psíquica, y que está estrechamente ligada a los símbolos y a las fórmulas que en una cierta comunidad la escuela o tradición iniciática han servido para *fijarla*. Por lo tanto puede acon-

[1] Puede también darse el caso de una persona que opere con otra que forma parte de una cadena, o también siga sus ritos sin por lo demás participar ella misma, a pesar de que diferentes circunstancias puedan hacerle creer lo contrario. La razón de tales "aislamientos" está casi siempre determinada por una voluntad superior e inviolable que determina el estado de hecho conformemente con el estado de derecho —o dignidad— ofreciendo sin embargo el medio para una ulterior elevación.

tecer que la simple traza de algunos signos tradicionales o la simple pronunciación de nombres o de invocaciones en circunstancias aptas, aun de parte de un profano, puedan provocar fenómenos de iluminación, de apariciones o de realizaciones aparentemente inexplicables.

En una cadena mágica establecida concientemente y operante, la fuerza fluídica es el ☿ (o el ☿) respecto del ☉de un Jefe. Entre los componentes, el orden jerárquico es el natural del plano espiritual: el que es el más digno se encuentra en la cúspide; el que tan sólo es el más fuerte, por debajo. La "dignidad" puede ser natural en la persona, o adquirida, o conferida por medio de consagración o investidura.

El reconocimiento jerárquico es un acto de conciencia en cada persona que determina las relaciones de valor espiritual, independientemente de lo que se encuentra en la base del juicio común de los hombres: el que es capaz de esto reconoce inmediatamente a quien le resulta superior y se le somete, o bien *se* reconoce superior a los otros y tiene sobre éstos autoridad. En tanto que elementos de evaluación contaminadas por consideraciones de orden inferior impidiesen el autoconocimiento mencionado, el orden jerárquico es formalmente establecido por el Sumo.

El Jefe puede transmitir la propia dignidad y los propios poderes con ella; puede también perderla o cambiar de grado cuando aparezca otro, u otro que ya pertenece a la cadena se convierta en mayor que él. Y entonces: el Jefe de una cadena y todos sus miembros están efectivamente en relación con la jerarquía espiritual suprema.

El ente de una cadena que se continúa en las generaciones, a través de los miembros de una comunidad o de una escuela iniciática, reasume en sí una *tradición*, cuya luz y potencia no se disuelven por una eventual interrupción en la transmisión sobre el plano físico, sino que entran en un estado virtual, por lo que pueden ser retomadas en cualquier momento y en cualquier lugar por quien, con la *recta* intención,vuelva a operar según los ritos, usando los signos y los símbolos de una tal tradición.

Cuando algunas personas operan juntas, la cadena es formada de la siguiente manera: si es en tres personas, que se dispongan en triángulo, con el vértice hacia el oriente. Que aquí se ubique el mayor entre ellas, y que todas miren hacia levante.

Si son más personas, que formen un círculo, cuyo centro sea ocupado por la mayor, o, si el número es suficiente, por aquellas y por otras dos, preseleccionadas o designadas, que se dispondrán como se ha dicho precedentemente.

El número total de los participantes debe ser invariablemente *impar*; en cambio el círculo que encierra a los principales operadores estará compuesto por un número *par*.

Diferentes son las maneras de formar un círculo, las que son particularmente aplicadas de acuerdo al fin y al modo de cada una de las operaciones y que en cada una de ellas es específicamente aplicado. Menciono algunas.

Si hay elementos femeninos, que éstos sean perfectamente alternados con los masculinos.

Quienes componen la cadena,

— que se unan teniéndose la mano,

— o que cada uno permanezca libre evitando todo contacto con el vecino,

miren todos hacia el interior del círculo, o todos hacia lo exterior, o, alternados, el uno hacia lo interior y el otro hacia lo exterior,

— permanezcan inmóviles durante toda la duración de la operación,

— o se muevan en giro, con movimiento idéntico al de las agujas del reloj,o con movimiento contrario a las mismas,

— variando en la velocidad, o deteniéndose, o retomando de acuerdo a todo lo que es indicado por el operador.

El doble círculo es formado análogamente. Además de todo lo que se ha dicho:

— el círculo externo puede ser formado por elementos masculinos, el interno por elementos femeninos o viceversa;

— el círculo externo se dirige hacia lo externo, el interno hacia el interno, o viceversa;

— los componentes de un círculo son ubicados frente a los componentes del otro, respecto al centro, o no;

— el movimiento de los círculos es idéntico, o inverso el uno respecto del otro.

El triple círculo es formado análogamente, con otras variantes, sea en el orden como en las direcciones.

La vibración de la cadena en sus miembros es triple: en lo físico, en lo astral, en lo espiritual, con particulares acciones y reacciones, causas, medios, efectos, prácticas y operaciones para cada "plano" o "mundo". La sintonía de vibración se alcanza siguiendo todos un idéntico régimen de vida, con tal de que sea establecido ritualmente, con el cumplimiento

de prácticas idénticas y fijando en la luz interior un mismo símbolo, o bien pronunciando exterior e interiormente, con la voz, con la voluntad, con el espíritu, las fórmulas rituales, aunque siguiendo un determinado ritmo y cantando poemas adecuados para los fines de operaciones particulares. Cada uno debe buscar evocar en sí el estado de vibración fluídica, el que luego se exalta y potencializa por "simpatía".

El fin de las cadenas ceremonialmente convocadas puede ser una superior iluminación de los componentes o de uno de ellos, como también una realización práctica y contingente, o la iniciación de un neófito al cual el jefe de una cadena le comunica estados de conciencia por "inducción" de la luz y de la potencia de toda la cadena; u otra cosa.

Para la ignificación de la luz astral (véase ABRAXA, cap. VI), es decir para la transformación de ☿ en ⚲, algunas cadenas usan formas de crueldad (derviches, flagelantes, etc.), otras usan en cambio formas orgiásticas, o también unas y otras combinadas juntas. Los procedimientos son análogos a los ya expuestos para cada individuo particular.

LEO

ACERCA DE LA ACTITUD A ASUMIR ANTE LA ENSEÑANZA ESOTÉRICA

Estas notas se dirigen a quienes no sólo han *leído* lo que hasta aquí se ha expuesto, sino que ante las enseñanzas transmitidas han *sentido* y *querido*.

En el orden del conocimiento esotérico no se puede permanecer pasivos ante lo que se recibe, y que no nos es dado con la intención de "informar", sino con la de conducir a los otros a las mismas conquistas interiores. Lo que es comunicado y es recibido en la justa disposición del espíritu tiene el poder de transformar la esencia ajena. Aquel que, en este orden, vence el obstáculo, no lo hace por sí sólo: hay un lazo oculto entre los seres humanos que convierte en partícipes también a los otros respecto de las realizaciones espirituales cumplidas por el sujeto, aun si éste permanece apartado, invisible, silencioso. Pero cuando el camino recorrido es expresado en pensamientos, este oculto y natural proceso de participación es llevado a la luz de la conciencia y de la libre individualidad. Por lo tanto es necesario aprender a recibir en el modo justo.

Ante aquello que es comunicado no hay que reaccionar y apresar sólo con lo "mental" (éste es el primer obstáculo que encuentra ante sí la enseñanza esotérica y que puede detener y neutralizar todo) —los pensamientos deben en vez dar lugar a imágenes vivientes, y éstas deben ser *sentidas*. Quiero decir que el estado que es descrito debe ser imaginado como formándose en nosotros —casi como si nosotros mismos lo "inventáramos"— y contemporáneamente tener y retener en el *corazón* un estado emotivo correspondiente.

Sin embargo no se trata de éste o de aquél sentimiento definido, como acontece habitualmente en la vida cotidiana, sino de la actitud pura y simple del *sentir*, del estar a la escucha con el oído del corazón en una calma interior, lo cual es muy diferente de las reacciones emotivas e instintivas e inmediatas que hacen gozar o sufrir a los hombres que se identifican con ellos y se pierden en ellos. Es una actitud especial en la cual es necesario ejercitarse. Como aproximación a ello, se pruebe recordar y reproducir por medio de la imaginación una determinada emoción despertada en determinadas circunstancias. Se busque por ende abstraer, sea de estas circunstancias

y del objeto que la ha ocasionado, sea de su color definido de placer o de dolor. Se encontrará que queda algo especial —un intenso y sin embargo calmo estado emotivo, purificado, recogido, casi como un "calor" interior en el corazón. Este ejercicio es de gran importancia, y no es tan difícil de actuar como a primera vista puede parecerle a alguien.

Este sentir purificado preserva la libertad de cada uno ante aquello que es dado, aun transportando el contenido desde el cerebro a los centros más sutiles. Allá la enseñanza se interioriza y se convierte en nuestra, volviendo a emerger en una forma afín a la de un *recordar*[1]. El mensaje no parece venir más desde afuera, sino que parece surgir de nuestro interior, llevando a luz, y valorizando al mismo tiempo, experiencias interiores nuestras cuyo valor y significado se nos había escapado.

Además es necesario tener contemporánea y distintamente en nuestra interioridad una actitud de *voluntad*. Pero también la voluntad debe tener un sentido especial, debe ser independiente de cualquier estímulo y de cualquier finalidad. Puede parecerse a aquello que físicamente prueba quien se preparara para partir en dos una cosa rígida, como la tensión muscular que precede al movimiento. También aquí podemos utilizar la imagen como se ha dicho a propósito del sentir, y abstraer del sentido de un acto volitivo vuelto a evocar, sea la causa determinante que lo redespertó, sea cualquier dirección hacia la cual se había dirigido. Y se podrá utilizar el recuerdo del estado de energía que precede a la descarga en la cual se transforma en acción y en movimiento material.

El querer, captado en esta condición, es experimentado como un estado que colma de vida *los brazos y la mitad inferior del cuerpo*. Por medio de la actitud correspondiente, el contenido de una enseñanza es recibida por otros centros sutiles de nuestro ser. La experiencia interior será sumamente diferente de aquella que antes he caracterizado como un "recordar". Aquí parecerá en vez como si en una fuerte corriente irrumpiese otra fuente de energía que se agrega a la nuestra multiplicándola.

El recibir como *pensar* debe ser pues integrado con un recibir como *sentir* y con un recibir como *querer*, dinamizando centros, que en las

[1] Esta experiencia del "recordar", característica de un nuevo modo de aparecerse de la conciencia, puede introducir en el sentido profundo y *experimental* de la doctrina platónica de la verdad como *anamnesis*, es decir como reminiscencia. Por lo demás el término griego relativo a verdad, *aletheia*, se puede traducir como "destrucción del olvido".

condiciones ordinarias permanecen en vez durmientes. Se trata de estados distintos y sin embargo de una simultaneidad.

Ello podría parecer difícil. Pero en realidad muchos con un cierto ejercicio pueden arribar al estado en el cual se percibe, se siente y se quiere en tres zonas diferentes distintas respecto del propio ser; y esto es un primer liberarse de las leyes del mundo físico, es una primera realización de nuestra unidad con el cuerpo sutil en estado de vigilia.

Todo ello representa un proceso de desarrollo interior que, una vez conseguido, conduce a una revisión completa de la actitud respecto de la vida y de la experiencia del mundo en general. Surgen otras evidencias, otros sistemas de referencia. Se pone una disciplina de la propia vida y de la propia conducta sobre bases completamente nuevas y por otra parte, en el pensamiento comienza a formarse como una consecuencia una orientación de conocimiento que asume valor de doctrina.

El proceso es inverso respecto del de la vida común, en donde habitualmente la teoría precede a la práctica y a la experiencia. Nosotros en vez aquí tenemos la acción interior, la libre iniciativa que nos conduce a cosas no pensadas, supuestas o creídas, pero *experimentadas;* y sólo después una doctrina, que se justifica y se ordena sólo en base a estas experiencias efectivas e interiores. El esoterismo no reclama actos de fe de ningún tipo. Reclama en vez buena voluntad y un ánimo libre de apriorismos y de prejuicios; pero sin embargo esto es lo difícil. Es inútil discutir esto o aquello, puesto que las bases de la discusión no pueden ser las mismas, ni para nada vale, en tal campo una convicción creada sólo por argumentos discursivos. Es necesario en vez probar, aceptar, operar y observar con objetividad lo que le sigue a la aceptación y a la acción en lo íntimo de nuestro ser. El criterio y el conocimiento serán un resultado y no un punto de partida.

No será inútil, a continuación, ver qué es aquello que puede recabarse en cada uno en lo relativo a una concepción doctrinal esotérica con respecto a lo hasta aquí expuesto; a ser entendida esta última no como una apriorística disquisición intelectual, sino como una organización cognoscitiva a posteriori.

En este campo es necesario sin embargo evitar terminar en fórmulas cerradas. Es necesario dejar un cierto margen de indeterminación de manera que el espíritu se pueda mover y sea mantenido en una iniciativa en un cierto modo creativa y sintética, de modo de poner en acción facultades que la comprensión por simples esquemas lógicos deja inactivas. Las palabras tienen que contener algo más que aquello que habitualmente expresan y

la atención del lector y del oyente debe afinarse en manera casi de "fijar" no tanto el sentido, sino cuanto aquello que el sentido suscita como una resonancia secreta en nosotros. Aquello que está netamente encerrado en una fórmula lógica es una cosa muerta para la vida del espíritu.

EA

LIBERTAD, PREVISIÓN Y RELATIVIDAD DEL TIEMPO.

Vir sapiens dominabitur astris.

¿El tiempo es un modo sustancial de las cosas, una ley intrínseca del ser de la cual no se puede prescindir? ¿O bien es simplemente un modo accidental según el cual el hombre está obligado a representarse las cosas y los acontecimientos, los cuales sin embargo en sí mismos deben ser pensados como libres de la ley lineal e irreversible del tiempo?

Este problema no lo formularemos aquí ni desde el punto de vista filosófico, ni desde el de la física de hoy en día, sino tal como lo impone una cierta clase de fenómenos poco observados y más bien esporádicos, pero no por esto menos reales. Pretendemos hablar de fenómenos de *previsión.*

Los cuales se pueden ordenar en tres clases:

1) Se tienen sobre todo *sensaciones* en mayor o menor medida oscuras de acontecimientos inminentes que nada dejaría suponer su existencia. Muchas veces estas sensaciones tienen un carácter *premonitorio.* Por ejemplo: le aconteció a un amigo nuestro haber decidido la partida hacia una ciudad del norte de Italia en un determinado día y haber sido atrapado por un impulso irresistible e inexplicable de partir el día anterior. Obedece al mismo, y en el viaje advierte un vivo sentido de angustia que se resuelve sólo tras haber pasado por una determinada ciudad, *en la cual el día después el tren con el cual habría tenido que partir tuvo un choque, en el quel hubo varios heridos.*

2) En segundo lugar tenemos las *predicciones.* Unos sujetos, denominados "lúcidos", anuncian acontecimientos totalmente improbables o accidentales, los que luego se producen verdaderamente. Por ejemplo: una indicación preventiva totalmente exacta de quien entre un gentío que debía ocupar una sala de un determinado cine se encontró sentado en un determinado lugar previsto con antelación. El cálculo estadístico, rigurosamente aplicado a predicciones de tal tipo intencionalmente provocadas, se ha demostrado

incapaz de explicarlas, constatando un factor irreductible e irrefutable de *improbabilidad.*

3) En tercer lugar, se encuentran también las auténticas *pre-visiones.* Se trata de un mismo acontecimiento *visto* dos veces , en modo absolutamente idéntico, en el presente y en el futuro. Por ejemplo: uno de nosotros, oficial en una zona de guerra (en la primera guerra mundial) soñó hallarse a la mesa una noche con un hermano suyo, que se encontraba en un comando militar en Vincenza. En un determinado momento la luz se apaga tres veces consecutivas, señal ésta convenida, pero *totalmente desconocida para quien soñaba,* respecto de la aproximación de aviones enemigos. Carrera al aire libre hacia un refugio. Se atraviesa una plaza, *igualmente desconocida para quien sueña.* Alguien choca con el hermano, quien cae. En la oscuridad dicha persona lo ayuda a levantarse y retoma la carrera arribando al refugio mientras que ya resuenan las primeras explosiones. Nuestro amigo, vivamente impresionado por el sueño, lo comunicó a sus camaradas y escribió incluso a Vincenza a un conocido para informarse si había acontecido algo.

No había acontecido nada, pero algún mes después, hallándose él una noche de paso por Vincenza para ver a su hermano, con una absoluta coincidencia de detalles, *con la misma identidad de dos proyecciones sucesivas de la misma película, se desarrolló todo lo que él había soñado.*

Antes de ver qué cosa pueden decirnos estos fenómenos en relación con la naturaleza del tiempo, es necesario distinguir tres diferentes concepciones del mismo. El tiempo puede concebirse:

a) Creativamente: como un devenir, una corriente que produce hechos que no existían y que no obedecen a ninguna verdadera ley de necesidad; su orden es el tiempo.

b) Como un producirse de acontecimientos sucesivos, los que sin embargo pueden explicarse completamente en base a condiciones causales necesarias y suficientes.

c) Como el simple orden irreversible y lineal de los contenidos de la experiencia humana.

Que los fenómenos aquí mencionados sean incompatibles con el primer concepto del tiempo, es ello cosa evidente: previsión implica predeterminación, y la predetermianción excluye la contingencia, propia de un libre devenir. Que luego ellos sean también incompatibles con el segundo concepto, ello depende de la posibilidad de remitir, o menos, la previsión hacia un *saber acerca de las causas,* en las cuales se supone que resida en germen lo que luego la necesidad quiere que se produzca.

Debe sin embargo considerarse que en los fenómenos de previsión no se tiene un conocimiento de las causas, el conocimiento no tiene nada de inferencial y de intelectual como acontece por ejemplo en las previsiones de la ciencia; ella es en vez dada en la forma de una *percepción* más o menos directa y, en el tercer grupo de los fenómenos considerados, justamente en la de una *visión* del hecho futuro. Sin embargo se podría superar esta dificultad concibiendo que el acontecimiento está en las causas del mismo modo que la idea de un edificio que deberá ser seguramente construido, se encuentra en la mente de su arquitecto: la previsión se explicaría entonces en los términos de una especie de percepción visualizada de esta idea, acontecida por contacto a nivel suprasensible, casi como, en un plano más pequeño, sobre la esfera humana, por telepatía se puede percibir lo que una determinada persona tiene en la mente y que se propone llevar al acto.

Sin embargo hay que darse cuenta de que, considerando así las cosas, se puede en verdad continuar a dar al tiempo un cierto grado de realidad, pero sólo a condición de no asumir ya desde el principio una postura absolutamente determinista, no identificando lo posible con lo real. En efecto una idea no se distingue de la realidad sino por el hecho de ser una "posibilidad", es decir algo que puede realizarse pero también no realizarse. Cuando ello no sea, entre la visión de la idea (se trata de la idea-visión percibida en las causas) y la del hecho correspondiente no habría diferencia alguna: sería como si el mismo hecho futuro fuese visto; es decir, estuviese presente. El intervalo de "devenir" que separa el futuro del presente sería una pura ilusión, un puro espejismo humano. Puesto que el futuro no *será*: el mismo ya es. No menos que éstas serían las consecuencias en tanto una previsión *absoluta* y probada en forma inequívoca fuese posible en cada caso.

El hombre es un ser *que conoce* y a él como tal las cosas, aun si estuviesen en verdad así, no deberían crearle turbación; deberían en vez alegrarlo, puesto que resultaría de ello la superabilidad de la ley del tiempo que limita su mirada al estrecho espacio del presente y su posibilidad de liberarse en el pasado y en el futuro, participando en ello casi de la omnisciencia y de la extratemporalidad atribuidas a un ojo divino. Es la fascinación del don, o poder, del conocimiento profético, puesto que otro no sería el nombre de aquello que, sobre el plano iniciático, corresponde a la facultad extranormal esporádica que actúa en los fenómenos comunes de previsión.

A no ser que el hombre, además de ser un ser que conoce, es también eminentemente un ser que actúa. Desde este punto de vista las cosas se complican. En efecto a la realidad del tiempo está vinculada en buena medida la realidad de la libertad y el valor de la acción. Si cada acontecimiento futuro puede se conocido y, es más, visto, ello quiere decir por lo menos que el mismo está predeterminado, mientras que si la libertad existe, en el futuro debe haber una indeterminación que depende justamente de la facultad libre de elegir y de actuar, de hacer ser aquello que de otro modo no sería o de no hacer ser aquello que de otro modo sería. Quitada esta condición, con la vanificación de la realidad del tiempo y del devenir el tender, el actuar, el luchar, el aparente crear o transformar de los hombres serían todo ello puramente apariencias ligadas a un estado de ebriedad y de ilusión ante una especie de espacio absoluto, ante un mundo de cosas y de acontecimientos que ni fueron ni serán, ni dejarán nunca de ser, sino simplemente SON, inmutables.

Cada uno ve la gravedad de la cuestión y la oportunidad de probar bien todos los datos que pueden conducir a decidirla. Y ello no es fácil. Los hombres no aman creer lo que no les da gusto y son propensos a dar a sus sentimientos y a sus prejuicios una primacía natural sobre los hechos. Por lo cual, en el caso en cuestión, muchos razonan así: "Tenemos el sentido de la realidad, por lo tanto no es posible una visión en el futuro". "El hombre debe ser moralmente responsable, por lo tanto el futuro no puede (lee: no tiene el permiso de) ser predeterminado". Pero la realidad no se ocupa de los sentimientos y de los deseos de los hombres; y sin embargo no es a partir de la propias impresiones y del "deber ser", sino de los datos de la experiencia que debe ser juzgado lo que es. Sólo luego de haber examinado con la mirada tranquila lo que es se puede hacer intervenir la acción, a fin de cambiar lo que eventualmente puede ser cambiado.

Puesta tal premisa, consideremos de cerca las tres clases en la cuales hemos reagrupado los fenómenos en cuestión. Es fácil resaltar que la primera, la que se refiere a las premoniciones y a los presentimientos verídicos, deja de hecho un buen margen a la libertad. En muchos casos estas admoniciones llegadas al hombre a través de una vía extranormal le dan manera de regularse frente a acontecimientos que de otro modo intervendrían en forma brusca y fatal; y el caso citado del viaje providencialmente anticipado a continuación de un presentimiento muestra con claridad esta posibilidad.

Pasando ahora a las otras dos clases, la dificultad se hace más grave. Sin embargo se puede adelantar una hipótesis genérica. Hay indudablemente previsiones exactas, pero hay otras y muy numerosas, con las cuales los hechos no tienen correspondencia. ¿Debe interpretarse ello como el simple error de una imperfecta facultad de los sujetos, admitiendo pues que lo que ha sido previsto en modo equivocado podía sin embargo en materia de principios ser también previsto en modo justo? Esta es una interpretación posible; pero hay también otra: se puede es decir reputar que muchas de las previsiones "erradas" hubiesen sido "verdaderas" en un primer momento, es decir correspondientes a un concierto de causas (eventualmente con pre-visualización de sus efectos), más probable y tal por lo tanto, que a nivel normal habría sin más producido aquel hecho; y que hayan devenido "falsas" tan sólo en un segundo momento, por la intervención o el redespertar imprevisible de otras causas.

Admitiendo este punto de vista, hay nuevamente un margen para la libertad. Y si es así como en ciertos casos se lo podría verificar a nivel incluso experimental. Incluso en el caso-límite de que se trate no de predicción, sino de pre-visión, es decir del acontecimiento futuro no anunciado sino visto en precedencia, conmigo mismo como agente, y de este modo sería necesario que en el momento de acontecer el hecho yo fuese atrapado por una especie de amnesia total, de modo tal de seguir automáticamente el curso de las cosas. Si en vez nos recordáramos en seguida y se supiese: "He aquí que acontece justamente lo que yo he visto", en muchos casos se podría también intervenir e intentar determinar un curso diferente de las cosas. Y cuando ello aconteciese, al haber sido demostrado, si bien en pequeña escala, el poder de hacer convertir en falsa la previsión, sería evitada la tesis del absoluto fatalismo [1].

Luego hay otros casos a ser considerados: aquellos en los cuales el acontecimiento ha sido posible de prever no porque el mismo tenía que acontecer necesariamente, sino a la inversa: es el hecho de haberlo previsto lo que lo ha determinado convirtiendo pues en verdadera la misma previsión. En un ámbito banal, ello se verifica no pocas veces bajo la sim-

[1] Es necesario sin embargo considerar casos en los cuales justamente aquello que se hace para conjurar una determinada profecía puede conducir a realizarla; aluden a ello varios relatos y leyendas antiguas, la más conocida de las cuales es la de Edipo. Sin embargo el caso arriba considerado, que presupone el conocimiento *en el momento* del acontecer del hecho previsto, es diferente.

ple base de la sugestión. ¿Cuántas son aquellas personas las cuales, al haber puesto una fe ciega en quien posee fama de prever el futuro, al sugestionarse, terminaron convirtiendo en verdadera las cosas previstas?

Pero ello puede verificarse en un ámbito mucho más vasto e importante. En algunos casos la previsión, en vez que prever, es un verdadero y propio acto predeterminante, es un poner las causas para el acontecimiento en cuestión. Ello naturalmente cae afuera de la actual vida ordinaria, y se vincula a la esfera de una cierta magia. Nos limitamos a dar un solo ejemplo, el de los auspicios y de los augurios que tuvieron un tan grande rol en la antigua vida romana. Resulta en manera indubitable a partir de varios testimonios que el procedimiento de los augurios y de los auspicios tuvo muchas veces el significado de un rito de predeterminación mágica: no se trataba de ver antes ciertos conocimientos fatales, sino más bien de determinar antes ciertos acontecimientos fatales.

En muchos otros casos, es cierto, no se trataba de esto; pero dentro de tal contexto no debe olvidarse cuál era el fin en general de la antigua arte romana de los augures: no era el de anunciar en anticipación, casi para satisfacer una vana curiosidad, aquello que en cada caso tenía que suceder, sino más bien indicar un conjunto de circunstancias y de coyunturas para tener en cuenta, a fin de orientar en modo oportuno, eficaz y *feliz* (término técnico específicamente romano) la *acción*. A esta acción por lo tanto se la reputaba como posible y real, y sólo por esto —por una finalidad práctica— los Romanos, hasta los jefes y los conductores, daban tanta importancia a los augures [2]. Para usar una imagen moderna, los responsos indicaban situaciones análogas a aquellas que una estación meteorológica puede hacer conocer a quien tiene la intención de cumplir el escalamiento de una montaña: ciertas condiciones atmosféricas son previstas, propicias o no propicias ("faustas" o "infaustas", de acuerdo a la antigua terminología), con carácter objetivo e independiente del que escala. A él sólo le cabe hacerle caso [3].

[2] En modo particularmente neto aparece ello en el arte oracular chino que ve vincula al *Y-king*. Aquí el oráculo indica no hechos, sino situaciones en movimiento, gérmenes de hechos, a fin de tenerlos en cuenta y de actuar útilmente, antes de que lo que es posible se haga real y se imponga en una única dirección.

[3] La situación en el fondo no es diferente para los datos de la *astrología*, la cual pertenece al mismo tipo de ciencias y plantea igualmente el problema de la medida en la cual el futuro sea predeterminado. En efecto una máxima muy conocida en astrología es : *astra inclinant non determinant*, lo cual equivale a decir que son predeterminadas las líneas del acontecer más probable, sin que —a nivel de principio— deba absolutamente excluirse la posibilidad de una intervención "desviatoria".

Estas consideraciones conducen a indicar los límites que, también para quien sostiene su realidad, se deben poner al concepto de libertad. Se puede hacer valer aquí aquello que ha sido constatado positivamente por varios investigadores modernos (por ejemplo GELEY y OSTY), y es que la corroboración de las predicciones tiene tanto más un carácter preciso en cuanto que las mismas se refieran en mayor medida a acontecimientos externos, o colectivos, o ligados a pasiones y a intereses materiales, o, en fin, para usar este término, que en verdad dice muy poco, "fortuitos". Ahora bien, es evidente que no se debe buscar la libertad allí donde —por lo menos hasta que se es sólo hombres— no se la puede encontrar. Existe evidentemente una esfera sujeta a la fatalidad o a la contingencia, tal como se lo quiera decir, esfera aceptada *in toto* por cada uno en el mismo momento en que se asume la condición humana, del mismo modo que se aceptan todos los riesgos y las contingencias del mar una vez que nos hayamos decidido por un viaje marítimo y nos encontremos ya en un barco. Así pues ningún hombre pensará sensatamente en reivindicar una libertad y el poder de mudar las cosas, por ejemplo, respecto del morir o menos, del estar sujeto a enfermedades, de hallarse en el lugar en el cual cae un rayo, o acontece un terremoto, o estalla una guerra, y así sucesivamente. Son todas cosas comprendidas en general en la aventura humana, si se prefiere, terrestre. Y no tiene nada de raro que en este campo sean posibles previsiones, como mencionaremos más abajo.

En segundo lugar, en la grandísima mayoría de los casos los hombres resultan tan compuestos por costumbres, apetitos, instintos y por reacciones fijas, ellos son tan siervos de las cosas y de sí mismos, que sería sorprendente no que hubiese, sino que *no* hubiese previsibilidad respecto de su futuro. Al conocer el denominado "carácter" de una persona, se conoce ya aproximadamente qué cosa ella hará en determinadas circunstancias. Y puesto que muchas de las circunstancias dependen igualmente poco de ella, así pues todos los elementos para una predeterminación están virtualmente presentes. En efecto, en muchos casos la facultad de las previsiones es la de leer en el alma de otro, en aquella zona profunda y subterránea en la cual viven deseos secretos e inconfesados, y fuerzas que pueden escapar del todo a la propia conciencia ordinaria pero que, en el punto justo, lograrán sus efectos [4]. En uno de sus aspectos válidos, una astrología seria puede proveer conocimientos a tal respecto.

[4] Así pues, en las investigaciones modernas hay quien ha querido explicar los fenómenos de previsión en base al psicoanálisis, es decir recurriendo al subconciente

Se ve aquí que, antes de preguntarse si se es libres ante los acontecimientos que acontecerán o no en el futuro, habría que preguntarse si se es libre ante sí mismos, y en cuál medida. También a tal respecto se deberían evitar las formulaciones abstractas de los problemas en términos de simples alternativas y formular el problema de la libertad en relación con cada caso en particular y con cada nivel de realidad y además pasar del campo teorético al práctico no preguntando si ¿"*Somos*" libres o no? sino más bien: "¿Se puede *llegar a ser* libres, en cuál medida y cómo?".

El problema de la libertad respecto de sí mismos, y no del reino de la necesidad natural que nos circunda, es complejo. De querer atenerse a los datos experimentales en materia de fenómenos de previsión, resulta un carácter de simple probabilidad cuando las previsiones se refieren a un plano de vida profunda, un orden de decisiones serias y graves en las cuales toda la persona esté comprometida. Desde el punto de vista humano, ello nos hablaría de un cierto margen de indeterminación, que será tanto más vasto por cuanto más decisiones de tal tipo sea un ser que se domina a sí mismo el que las toma.

Pero desde un punto de vista superior no nos podemos detener aquí, porque entra en cuestión el problema metafísico de la predeterminación de sí mismos. Nadie en efecto nace sin una cierta preformación, y de acuerdo a la doctrina esotérica, la misma no es casual ni restringida a simples factores biológicos y hereditarios; ni es casual el nacer en un determinado lugar y en una determinada raza, en una determinada época, etc. Ello evidentemente tiene relación con la doctrina de la preexistencia del alma (a no ser confundida con el error de la reencarnación). Esta doctrina, que posee un carácter iniciático y fue conocida sea en Oriente así como en el antiguo Occidente, plantea que no sólo el Yo preexiste a la individualidad humana, sino que es él quien determina la naturaleza y el significado general de su manifestación terrestre, es decir, en suma, la particular vida que irá a vivir. Cómo acontece una tal determinación, en qué medida exista en la misma libertad en sentido absoluto, ello aquí no se lo puede dejar indefinido en razón de que el problema nuevamente puede ser diferente de acuerdo a los casos. Por cierto que hay un momento, ubicado afuera del tiempo, en el cual el Yo es *el señor del nacimiento*; en aquel punto se define aquello que en la

---

de las personas a las cuales se refiere la previsión. Ello sería legítimo en algunos casos, en la medida en que el psicoanálisis tuviese alguna noción de lo que es efectivamente el "subconciente".

tradición hindú se denomina el "cuerpo causal" y que en el Occidente antiguo se denominó el "demon" (en una especial acepción de este término), el cual condensa, por decirlo así, el elemento "fatal" y prenatal en base al cual se desplegará una particular existencia finita. De aquí surge una nueva luz sobre aquello que en muchos casos convierte en posibles los fenómenos de premonición.

Ahora bien, si el hombre vive la vida que, en una sede adecuada, el Yo se ha elegido, o ha sido llevado a elegir, se ve que la tesis de la libertad puede ser tan justa cuanto la de la necesidad, de acuerdo al punto de vista en que nos ubiquemos. Si se asume el punto de vista simplemente humano, el que se puede denominar como el del "Yo individuado", en oposición al del "Yo individuante", es necesario poner en primer plano el hecho de que en la casi totalidad de los casos la fuerza, por decirlo así instrumental, que determina el nacimiento y que como un sustrato profundo continúa a actuar en la vida que surge de ella, es el *deseo*. El deseo es lo opuesto del estado "firme" de *ser* y de conocimiento (ver cap. III); es un tender a otro, siendo movido por otro, un pasar de un objeto a otro, de un estado a otro bajo el signo de un ser atraídos (y de un identificarse) o de un ser rechazados. No otro es el origen y el fondo último de la experiencia humana del *tiempo*: para un ser que no quisiese, que no tendiese, que no desease (no sólo en el sentido común subjetivo, sino en el sentido más profundo y metafísico) no habría experiencia del tiempo o, por lo menos, como se dirá, la experiencia del tiempo sería diferente. Es para ser asumidas en el conato profundo de la vida que las cosas asumen el aspecto de temporalidad, son cosas situadas en el tiempo y el mundo mismo aparece como un devenir: del mismo modo que a quien se encuentra en un tren que recorre una campiña le parece correr y transmutar en varios paisajes sucesivos.

Aparece así que el tiempo no es un modo sustancial de las cosas. El mismo interviene necesariamente e impone su ley, sólo sobre el plano de una determinada forma de experiencia definida por el "deseo". Y cuando es sobre la base de esta última que se actualizan las varias potencialidades de la vida que se ha elegido, no sólo el sentido de la misma se escapa, sino, en efecto, todo se desarrolla como en un estado de sueño o sonambólico. Sólo en raros casos este estado se interrumpirá en momentos de *visión* o de *recuerdo*, sólo en los cuales el Yo retoma su función activa de centro, de aquel que está por encima y dirige los elementos "fatales" de su vida terrenal. En relación con la capacidad de algunos hombres excepciona-

les de intuir lúcidamente lo que acontecerá eligiendo con exactitud la dirección eficaz que, por decirlo así, transportará consigo un conjunto de circunstancias, MERESHKOWSKIJ en su libro sobre Napoleón, ha usado una expresión sumamente feliz, aun sin darse cuenta de todo su significado: ha hablado de un *acordarse del futuro*. No se sabría expresar en modo mejor el sentido de aquellos momentos de redespertar en los cuales en el Yo reaflora el estado del "señor del nacimiento", del sujeto de la libertad trascendental.

Una tal perspectiva se amplía en el ámbito de la iniciación y de la alta ascesis, no pudiendo no ser ésta sino la vía en la cual se produce como una *eternización* de la conciencia. Allí donde sea convenientemente removido el estado-base de "deseo" y que por ende el objeto a partir de un estado de objeto de un tender se purifique en un objeto de *contemplación*, debe naturalmente sucederle, por lo menos en un cierto grado, la superación de la condición temporal, *la liberación de sí mismo y del objeto* y por lo tanto la posibilidad de captar, sintéticamente y en la síntesis de su significado profundo, aquello que a la conciencia común se le aparecería como escalonado a lo largo de la serie temporal, como una simple secuencia de "hechos", de acontecimientos en mayor o menor medida padecidos y de confusos actos de "voluntad".

Allí donde los horizontes así se esclarecen y un ojo no simplemente humano por lo tanto se abra, no está dicho que ello signifique el final de una vida y el final de una acción. Es más bien el momento en el cual se puede ser supremamente activos y realizar la experiencia humana justamente de acuerdo al fin para el cual se la ha querido, sin confusión de la parte representada con el actor que la ejecuta, ni de aquel que actúa con el Yo desapegado que, sin actuar, dirige la acción (el *purusha*, de acuerdo a la terminología del *Samkhya*) [5]. La experiencia del tiempo asume ella misma otra cualidad, podemos decir que ella adquiere otra dimensión. No se trata más del tiempo "cronológico" ni del "devenir" o "fluir", sino de un tiempo, digámoslo así, *rítmico*, no indiferente respecto de todo lo que se desarrolla, sino tal de darlo en los términos de un desarrollo orgánico, en el cual un íntimo nexo de significado conecta al Yo y a su experiencia, dándole los diferentes contenidos como las partes integrantes de un todo que, en suma, es el *sentido* de aquella vida. Por poco que se reflexione, aparecerá claro cómo las cosas, en un caso similar se encuentren en cuanto a la

[5] Con referencia a ello se tiene la expresión iniciática muy fácil de entender: "aquel que no posee más un demon".

previsibilidad de aquello que todavía no es; será fácil reconocer que aquí la previsibilidad no perjudica a la libertad, sino justamente lo contrario[6], en el sentido de que el Yo se convierte en central respecto de las causas de aquello que acontecerá.

Pero queriendo pensar el problema hasta el fondo, nos podemos preguntar si aquí esté o no dado el poder, a pesar de todo, de hacer así que el futuro sea de una manera en vez que otra. En una esfera absoluta se debe contestar que sí; ello desde el punto de vista del Yo en la experiencia terrenal equivaldría, es verdad, más o menos a un ponerse en contradicción consigo mismos, a querer de repente otra cosa de aquello que se ha querido; casi como quien, al haber comenzado a tejer una determinada tela, en un cierto momento dejase de hacerlo, o bien comenzase otra totalmente distinta. Pero, siempre en un plano absoluto, no se ve qué cosa impediría a un Yo "desapegado" contradecirse, si lo quiere. Pero éste es un límite teorético, y no tiene sentido hacerlo entrar en una esfera práctica. La incoherencia que se puede hallar —y entonces se la puede encontrar hasta demasiadas veces— se refiere a un plano totalmente inferior; es a ella que, en última instancia, se reduce la "libertad" en la vida común, usada para disgregarla y privarla de cualquier sentido profundo en los límites en los cuales el mundo de la necesidad lo consiente [7].

Resumiendo: con relación al tiempo en la conciencia suprema no puede por cierto haber tiempo. Los acontecimientos en la misma no "devienen" sino que SON. Esto es, por lo tanto, a nivel de su ser acontecimientos en general, y no acontecimientos que ser refieran a la vida de un determinado sujeto agente. Desde este segundo punto de vista ellos son simples posi-

[6] Aquel que sin embargo mirase sólo a la exterioridad, podría quizás tener la impresión de lo opuesto, en tanto que en una vida integrada todo lo que es casual, accidental y arbitrario y que como tal podría dejar margen a una libertad en mayor o menor medida insignificante e ilusoria es gradualmente reducido, y cada cosa aparece como siguiendo una lógica propia, como obedeciendo a una ley, teniendo un sentido propio: así como en el desarrollo de una composición musical en donde cada elemento particular, comprendidas las aparentes disonancias y las variaciones, reconverge en modo variado en el desarrollo de conjunto.

[7] Se puede mencionar que sobre esta vía se ha determinado el estado del hombre moderno, el cual ya no sabe más ni lo que es, ni lo que quiere, ni el sentido de lo que hace, puesto que su unidad interna se ha disuelto en fuerzas contrastantes y contradictorias, por más estrecha que sea su esfera de acción en relación con factores "fatales" que en tal caso actúan en términos de determinismo y de pura necesidad.

bilidades, de las cuales se actualizan sólo aquellas que el Yo elige y quiere al asumir una determinada forma y un determinado destino, y el orden de esta actualización constituye justamente una serie temporal, activa o pasivamente vivida. En un caso como en el otro, el tiempo tendrá siempre un carácter relativo. Así pues, de las tres concepciones del tiempo indicadas al comienzo de este escrito, sea desde el punto de vista común humano, sea desde el excepcional de quien se ha hecho el sujeto activo del propio destino, aparece justa la tercera: el tiempo es una simple forma de la experiencia terrestre y no tiene fundamento en el mundo de la Realidad.

GLOSAS AL *OPUS MAGICUM*

Aquel que se entrega a prácticas preliminares dirigidas al "desapego" es necesario que se dé cuenta de que en la mayoría de los casos se debe esperar la intervención de estadios negativos intermedios, caracterizados por una suspensión de las actividades "espontáneas". Son éstas manifestaciones parciales de aquello que es el estado del *negro* hermético y, en general, del punto crítico de la "muerte iniciática". Pero el plano al cual ahora nos queremos referir es el de la facultades en particular.

Tomemos por ejemplo a una persona acostumbrada a componer. El componer, en la gran parte de los casos, no es una cosa que dependa totalmente de nosotros. Todos saben cuántas veces, teniendo la precisa intención de escribir algo, no se logra nada y cuántas otras veces, en vez, al sentarse en el escritorio con la cabeza vacía, se siente afluir la energía creativa que nos conduce incluso más allá de lo que estaba en nuestra intención realizar. Este margen de *gracia* se lo reencuentra un poco por doquier en la vida ordinaria, en la cual los hombres viven de *dones* mucho más de lo que ellos imaginan.

Ahora bien, al entregarse a la práctica iniciática, a la persona en cuestión le podrá acontecer que su facultad espontánea de componer desaparezca gradualmente o sea sumamente obstaculizada; podría incluso penetrar un estado de endurecimiento interior, con la casi imposibilidad de realizar nada. Este es el punto muerto. Pero si no nos asustamos, si permanecemos calmos y se continúa, se constatará una gradual reaparición de la facultad perdida o disminuida. Ella sin embargo tendrá otro significado, y aquella persona podrá decirla verdaderamente como *suya*. Se la controlará y se la podrá ejercer en cualquier momento, a voluntad, a diferencia de lo que era propio de la condición anterior; además, al componer, no habrá una especie de espera buscadora del estro, luego un ensimismamiento, un detenerse, un intentar ésta o aquélla dirección hasta una nueva "inspiración" y un producirse de asociaciones de pensamientos que no se sabe antes hacia dónde conducirán. En vez de todo esto, una lucidez activa presidirá todo el proceso.

Vale lo mismo para otras facultades; es una suspensión y luego una reactivación en verdad desde lo interior, desde la sustancia del Yo. Todo aquello que, por decirlo así, el Yo recibía en obsequio de la "naturaleza" bajo la forma de espontaneidad en un primer momento abandona al Yo, pero luego retorna como algo que forma parte realmente de su sustancia. Así pues modificaciones análogas pueden también manifestarse para el pensamiento en general. Un caso particular se refiere a la *memoria*. Muchísimas veces se pasa por un punto en el cual el acordarse se convierte casi en una imposibilidad. Pero luego se manifiesta una forma nueva de memoria, no más mecánica o casual como la ordinaria. Otro caso todavía, sumamente característico se refiere a la palabra. No se piense que nos convirtamos en mudos, sino que el expresarse se convierte en difícil, la palabra está íntimamente obstaculizada. La palabra que sin embargo resurge más allá del punto muerto es casi otra palabra, es una palabra que refleja ya alguna cosa del carácter de la *palabra viviente*, o palabra mágica. También desde el punto de vista físico los tratados de Yoga mencionan un esclarecerse y el asumir otro tono y fuerza de la voz como efecto de las disciplinas perseguidas.

No escapará la importancia de darse cuenta de todo ello, en especial para no juzgar en modo equivocado los estados negativos ahora mencionados, para no alarmarse y no dejarse apartar.

Agregaremos que esta fenomenología se verifica sobre todo en una disciplina autónoma, perseguida cerca de la vida ordinaria, sin la intervención de procedimientos rituales.

XI

IAGLA

SABIDURÍA SERPENTINA

"Ellos queman con el fuego, nosotros con el agua; ellos lavan con el agua, nosotros con el fuego" (VAN HELMONT)

El ocultismo [1] posee una "virtud" *muy* sutil. "Serpentina". Sumamente esencial.

Los hombres poseen sus *clichés*, poseen sus ideales éticos, religiosos o sociales, poseen sus opiniones sobre la Fuerza, sobre el Saber, y sobre la Grandeza. Pero el *ocultismo* es en todo y por todo una cosa diferente. Rehuye, no se deja medir. Arriba a partir del sentido opuesto desde donde son dirigidas todas las miradas. Así pasa inadvertido o, si es advertido, desconcierta; quita la seguridad a aquellos que se creían seguros, bien firmes sobre la tierra firme.

El ocultista es un ser al cual no se le pueden aplicar medidas. No se sabe qué cosa pueda hacer ni cuál sea —y por dónde llegue— su acción. Su vía no es penetrable. Podéis ser su amigo íntimo, su compañero, su amante: podéis pensar en poseer todo su corazón, todo su afecto o su devoción. Sin embargo él es *otro*, además de aquel a quien conocéis. Os daréis cuenta de este "otro" sólo cuando vosotros mismos penetréis en su reino. Entonces tendréis quizás la sensación de que antes estabais caminando a lo largo de un abismo.

No importa que en Occidente hoy pululen las personas que se dicen ocultistas, Iniciados, Maestros, etc. y que se sentirían muy infelices si no se supiese de esta presunta cualidad de ellos. Repito en vez que, salvo precisas

[1] Dejemos que IAGLA use el término "ocultismo", aun si hubiésemos preferido que lo evitara, pues sabemos bien lo que hoy significa el "ocultismo". No hemos sabido proponer un término mejor, puesto que no es al tipo puro del Adepto que se refiere aquí o, por lo menos, sólo lo hace a los aspectos particulares de su acción, para los cuales, tal como se verá., IAGLA se remite sobre todo a la tradición extremo-oriental. (*N. de Ur*)

intenciones, es raro que un verdadero iniciado se revele como tal a quien no es de los suyos. En él acontece un estar el cual *destruye* categóricamente toda pasibilidad en lo relativo a los hombres. Éste no se interesa en nada respecto de todo aquello que digan o piensen de él, y que su juicio sobre él sea justo o injusto. Por una inclinación irresistible los hombres quieren que se "sepa" lo que ellos son (peor aun: lo que ellos *creen* que son); que, cuando actúan, se sepa que son *ellos* los que han actuado, y que se complazcan todos de su cualidad de actores; la no-realización, la impasibilidad natural ante la palabra o la acción injusta, no es cosa de ellos. Todo esto, un ocultista en vez lo encuentra pueril. El, *no existe*. Que busquen atrapar el aire, aquellos que se complacen con esto. El puede quitarles el terreno debajo de los pies, y lo hará si lo reputará adecuado, sin que ellos puedan siquiera advertir de dónde venga la acción y, es más, que *haya habido* una acción. ¿Quieren golpearlo en una mejilla? Que lo hagan. El está dispuesto incluso a poner la otra: sólo juega juegos en los cuales sabe que es él quien pone *todas* las condiciones. No se encuentra atado a nada: cuáles reacciones se tengan que despertar en él por las palabras, las acciones y las cualidades de los otros, sólo él es quien lo decide. Se lo llame un cobarde o se lo defina como un héroe, ello no le interesa; estudia en vez qué efectos le siguen a este pensar de los otros, qué consecuencias ello lleva para su juego. El se cuida sólo de que algunas cosas *acontezcan:* pone fríamente los medios y las condiciones, actúa, y basta. A la acción él no adhiere como si se tratase de una cosa *suya*: no habla de ella, sobre todo, y ni tampoco se preocupa por ella. Ella vale como una mera instrumentalidad. La "autoafirmación" es una manía que él no conoce.

Cuanto más un ocultista avanza, cuanto más en lo profundo retrocede de su centro, aquellos sobre los cuales él opera y entre los cuales vive tendrán la perfecta ilusión de ser libres. Ignoro hasta cuál medida sea conocida esta característica del *ocultismo*. Es *inútil*, por lo demás, que sea conocida; más bien lo *útil* es en cambio que sea desconocida. Sé sin embargo que en Occidente demasiadas veces el ocultismo se encuentra alterado por visiones extrañas y por prejuicios profanos. Se *sabe* poco y se charla demasiado. De este modo la facilidad de equívocos y de malentendidos es archigrande: mientras que no sería necesario dar ningún pretexto a quienes no saben ni siquiera en dónde se encuentra el principio y a los cuales el ocultismo sirve para continuar con los juegos y las manías con las cuales se deleitan los hombres. En estas mismas páginas se vuelve muchas veces sobre la "voluntad", sobre la "acción" y sobre el "Yo". Aquellos que

escriben pienso que sepan bien lo que pretenden decir; pero no sé en cuál medida comprendan los que leen el hecho de que la voluntad no es la voluntad, que aquí la acción no es la acción, que aquí el Yo no es el Yo.

Hace cerca de dos mil quinientos años en el Extremo Oriente, se escribió un librito, en el cual los principios de la sabiduría sutil y hermética son dados en forma neta, fría y luminosa, como en ningún otro lugar. Es el *Tào-te-king* de LAO-TZE. No será inútil que aquí vuelvan a ser evocados los temas principales de esta sabiduría de vida, la cual no tiene tiempo ni patria. Es un punto de referencia sin equívocos. Peligroso en mucho, pero absoluto. No conozco nada más absoluto. Una transparencia esencial. Ningún eco de las limitaciones y de las manías de los hombres. Se respira, se consiste.

Aun si legendario, el encuentro de Confucio con LAO-TZE, contado por CO-HONG en el *Si-sien-ciuen*, es pleno de significado. Narra CO-HONG que CONFUCIO, el cual buscaba enredar a LAO-TZE en sus preocupaciones acerca de las costumbres, la moral y lo demás, recibió respuestas tales que, al referirse al encuentro, el no encontró mejor forma que decir que: "Redes y anzuelos atrapan también a los peces más ágiles de las oscuras aguas; en los lazos caen los animales de la selva; también los libres pájaros son alcanzados por la flecha del hábil cazador, ¿pero con qué nosotros podremos atrapar al Dragón que se eleva hacia el éter, por encima de las nubes?".

Y he aquí que las máximas del *Tào-te-king* esculpen gradualmente esta naturaleza del Cumplido, el Ambiguo, el Sutil, el Inaprehensible.

La Vía que es la Vía, no es la vía ordinaria, así comienza el texto, El Nombre, que es el Nombre, no es el nombre ordinario.[2] Los hombres roban la vida, por cierto. Se encuentran afuera del centro y atraen por afuera del centro las virtudes que deberían permanecer profundas e invisibles. Se construyen el fantoche de la "personalidad" en vez de ser; y se cuelgan, contraídos, animalmente tenaces: acumulan, absorben, aprietan, "afirman" *ad infinitum*: ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! La máscara, la risa maliciosa se convierte en todo. No se dan cuenta de que todo ello es fiebre, error, manía. La muerte se encuentra adentro de su construcción-cáscara. Y la muerte los arranca. Son las larvas vueltas a echar en el Gran Juego.

He aquí lo que dice el Cumplido: la afirmación verdadera, la individualidad absoluta, no es la afirmación, no es la individualidad conocida por los hombres. Vía de corrupción y de ilusión es en vez ésta. Hablan de

[2] Véase para esta paráfrasis del *Tào-te-king* la edición comentada de J. EVOLA (*Il Libro del Principio y della sua azione*, Milán, 1960).

posesión, y no saben qué significa poseer. Hablan de "fuerza", y no hablan sino de una fábula. El dice: sólo perdiéndose, el Yo se individualiza; cesar la "afirmación" para ser realmente individuos y Señores del Yo. No se puede tener manteniendo, no se puede aguzar atrapando. El Cumplido desaparece, así revela: se vacía, así alcanza al ser absoluto. Para ponerse en lo culminante, él vela su Yo. Ofrendando él gana; donando él es rico. Abandona, se disuelve, se eleva. Deja caer el rayo, abuele el esplendor, se fija en el origen invisible. Concentrado, consigue; disperso, fracasa. De lo pleno se ha desplazado hacia el "vacío": aquí se encuentra la esencia de lo pleno, así como en el vacío del cubo se encuentra la consistencia de la rueda; desde el movimiento se conduce hacia aquello que, cual causa real del movimiento, se encuentra sin movilidad; desde el ser, en aquello que en su no-corporeidad es no-ser: "Yo", "no-Yo", "voluntad", son todas manías. La ganancia se convierte en pérdida. El esfuerzo de quien se encuentra en la punta de los pies no es elevarse, ni es caminar el descartar ridículamente las piernas. El que se pone en luz permanece en la oscuridad, el que se reputa justo, se encuentra empujado hacia atrás: mostrarse es depender, mirarse es decaer, esforzarse es lo inútil, lo insano, aquello que conduce siempre más lejos del principio. Más "afirmas", y más vas afuera, más afirmas la nada.

Si no cesas en el juego de la resistencia, de la posesión, de *tu* voluntad, no cesarás de ser jugado. La Vía es otra: querer sin querer querer, actuar sin querer actuar, cumplir sin hacer, actuar sin permanecer como el que actúa, elevarse sin dominar. Derecho pero flexible, claro pero no enceguecedor, he aquí como dice LAO-TZE. Ser verdaderamente es no *querer* ser. El te da vuelta todos los "valores". De ti, que vienes adelante duro y torvo con la máscara del "superhombre", del "conquistador", de aquel que "se rompe, pero no se dobla", de ti se ríe, fino, como un niño. ¡Qué ingenuo! Y te dice respecto del agua: no hay nada en el mundo que como el agua esté listo para asumir una forma cualquiera, pero al mismo tiempo no hay nada que sepa mejor vencer al fuerte y al rígido. Ella es indomable porque se adapta a todo: porque, privada de resistencia, es inaprensible. Y la "virtud" del Cielo la imita. El flexible triunfa sobre el rígido, el débil triunfa sobre el fuerte. Fuerte y duro son los modos de la muerte, sutil y flexible son los modos de la vida: aquellos se encuentran abajo, éstos en lo alto. Estos dirigen a aquellos: lo incorpóreo compenetra la impenetrabilidad de la materia.

El que se expone crea la posibilidad de ser abatido. El árbol fuerte es arrancado... El fracasar es hecho posible por el "querer", la pérdida es hecha

posible por el apego, no hay acción sobre la cual no se vincule una reacción. Así: buen luchador no usa violencia, buen vencedor no lucha, buen director no dirige, buen caminante no deja huella, buen detentor no precisa cerrar, buen carcelero no precisa cuerdas. El ejército verdaderamente vencedor no necesita "combatir", nunca ha admitido lucha, *posibilidad* de lucha. Siente cómo todo esto es desconcertante: tú no hallarías presa, no hallarías resistencia y sentirías sin embargo una fuerza contra la cual no puedes hacer nada, que te quita en primer lugar la *posibilidad* de la lucha, puesto que una espada no puede golpear el aire, puesto que una red no puede aprisionar el agua. Esta fuerza la poseen aquellos "que han sido mordidos por el Dragón": con ésta ellos dirigen, con ésta ellos operan, invisibles y silenciosos. Los hombres, por ellos no son nada, así como no son nada los hombres por las fuerzas impersonales de la naturaleza: como instrumentos ellos los utilizan, dice LAO-TZE, sin conocer amor u odio, bien o mal. ¿Quizás el constructor se porta de manera diferente con las piedras que utiliza? El cuadrado infinitamente grande no posee más ángulos, el recipiente infinitamente grande no tiene más capacidad, el sonido infinitamente agudo no es más audible, la imagen infinitamente grande no tiene más forma, he aquí lo que te dice LAO-TZE. La no-traza es la traza del Perfecto. En la vastedad de la fuerza de su espíritu, respecto de aquella limitación que es la conciencia de vosotros los hombres, parece que apenas sepa ser. Bajo el aspecto de la debilidad, posee la verdadera fuerza: se sabe poderoso y parece débil, se sabe iluminado y parece oscuro, se sabe grande y se muestra pequeño, mediocre; embota lo agudo, esclarece lo confuso, mitiga lo enceguecedor, se identifica exteriormente a lo común. Progresa sin avanzar, absorbe sin conquistar, posee sin tomar. Convirtiéndose como todos, se diversifica de todos. Y va: prudente como quien vadea un torrente invernal, vigilante como copo de nieve que se derrite, rudo como tronco no abatido, vasto como los grandes valles, impenetrable como el agua profunda, cerrado como las alturas solitarias. Arriba sin caminar, penetra sin mirar, cumple sin querer, actúa sin hacer, desaparece. Sin mandar se hace obedecer; sin luchar vence; sin llamar, atrae a sí. ¡Cuánto debe ser desconcertante para quienes poseen el *cliché* de la virilidad-músculo, de la virilidad-metal, éste que es el *verdadero* hombre, el hombre *absoluto*! Él absorbe serpentinamente en sí la virtud ambigua de la *fémina*. Te habla, LAO-TZE, justamente de la magia invisible de lo femenino, y la une a la imagen de los valles, oscuros, escondidos, que reciben irresistibles en sí las aguas de las alturas montañosas.

"La Vía que es la Vía, no es la vía ordinaria", por cierto. ¿Sabes tú qué son, por ejemplo tu "héroe", tu "mártir", tu "hombre de carácter"? Criaturas de *vanidad*, y nada más. "Me parto, pero no me pliego", tú quieres decir: en razón del "bello gesto", en razón de la satisfacción orgullosa de hacer tragar a mi "Yo", es que sacrifico la *realidad. Quel enfent!* Los humos de lo "heroico", de lo "trágico", LAO-TZE no los tiene: frío y lúcido, le importa sólo *cumplir*. ¿Tú avanzas? Se retira hacia atrás, luego vuelve, como la ola: "retroceder un paso en vez de avanzar una pulgada; entre dos combatientes vence aquel que no combate" ¿Pones el obstáculo, la "afirmación"? El te deja hacer, va abajo, te arranca la raíz. Previene aquello que no es aun manifiesto, actúa sobre aquello que aun es débil, disuelve la crisis antes de que la misma estalle. Se sustrae: pretende actuar allí donde no hay condiciones y no hay defensas, allí donde no se crea una "causa", es decir en donde no se crea nada sobre lo cual se pueda producir un efecto.

Te repite: la *acción*, ellos no saben lo que sea. Hoy está la religión del "esfuerzo", del "devenir", del "acto". No importa el llegar, sino el "infinito tender", la "lucha", la "aspiración eterna". La acción le sirve a ellos para *sentirse*, no para *cumplir*. Cuanto más son aferrados, más son excitados y transportados, más se encuentran contentos: de este modo se sienten más, ellos, porque naturalmente, ellos tiene *necesidad* de "sentirse"... ¡Qué catástrofe el día en el cual no hallasen más *resistencias*! Estallarían como aquellas burbujas de aire, que ellos son. Y *justamente así acontece en la muerte*, cuando se deshace el estuche sólido del cuerpo físico que servía para "reflejar" su conciencia, y el nudo se disuelve y se dilata en el éter infinito, en donde no hay apoyo y no hay dirección, en donde está el reino del Dragón.

Nivelar, callar, desaparecer; la voz, sin palabra; la vista, sin el objeto; la posesión, sin el contacto; el acto, sin el movimiento. Esta es la vía del *Tao*. ¿Paradoja? ¿No-sentido? Son todas palabras, pequeñas moscas que rondan alrededor del elefante regio. Ten cuidado más bien tú que querrías pasar a la otra orilla, de lo que te dice, él, LAO-TZE *el sutil*: "Así como el pez no podría vivir abandonando los abismos tenebrosos, del mismo modo el hombre vulgar no conozca el arma de esta sabiduría del Señor".

LUX

LAS INVOCACIONES

(Como complemento de las instrucciones de magia ceremonial dadas en el cap. VII)

Dentro del conjunto de los ritos y de las prácticas que constituyen la Magia Ceremonial, las invocaciones, o plegarias, tienen un puesto no sólo notable, sino incluso preponderante, puesto que las mismas acompañan cada acto que se cumple y muchas veces, por sí solas constituyen verdaderas formas rituales.

Se recuerde por lo tanto lo que ha sido dicho otras veces por muchísimos escritores, y mencionado también en estas páginas: que la plegaria no consiste en el mero movimiento de los labios de acuerdo a determinadas palabras, sino en un acto que a veces es simplemente voluntario y cerebral cuando la operación se limita a acciones sobre el plano físico o astral, o sobre seres de las jerarquías inferiores; pero muchas otras es también un acto eminentemente espiritual, cuando es dirigida a los Entes superiores para obtener su auxilio, su iluminación y dignificación.

Para el fin que se propone este Rito preliminar, de elevar el ánimo más allá de las barreras y de los vínculos de la naturaleza física, hasta ponerlo en contacto directo con los Espíritus cuyo cuerpo es la luz y el esplendor, la expresión verbal debe ser conducida en su máxima eficiencia, en su máxima potencia de realización, debe ser vivificada con "fuego y espíritu". Ello se opera con la constante aspiración.

La oración no es genéricamente determinada en el tiempo o en el lugar, ni para decirla son indispensables instrumentos o señales, como también no es necesario usar siempre la misma fórmula, porque podría convertirse en una costumbre mecánica, por más que tal necesidad subsista en el conjunto de los Ritos y para las cadenas mágicas, excepto que en determinados casos.

Las invocaciones que damos pueden servir de esquema a otras que el operador podrá improvisar en el curso del Rito, o que podrá *también* repetir integralmente, leyéndolas, o mejor, luego de haberlas aprendido de memoria, con tal de que la atención en la lectura, o en el recordar, no sea en detrimento de la intensidad espiritual de la misma invocación.

Todas las invocaciones, generalmente son hechas de pie, dirigidas hacia el oriente, a veces fijando los ojos sobre el espejo mágico.

(para la ablución)

Antes de bañarte para la ablución del rito, concéntrate en el espíritu, impone la mano sobre el agua y dice:

—Númen del mar profundo, Númen que con tu potencia dominas todas las aguas esparcidas en el mundo, Númen, te invoco y te llamo a ti, que suscitas y aplacas las tempestades, tú, señor de las límpidas vertientes, y de las puras fuentes, tú, que riges las aguas subterráneas y las aguas celestes y que por doquier repartes el elemento que es vida al universo y a las criaturas que lo pueblan. Yo te llamo y los llamo a Uds., Démones y Genios, que son ministros de su potencia, para que den virtud a esta agua, a fin de que por ella yo sea hecho puro, y me convierta en digno de cumplir el rito de la elevación.

(para el alimento)

Cuando hayas preparado lo que es necesario para tu comida y hayas dispuesto todo sobre la mesa en la que te sentarás tú solo, dirigiéndote hacia el oriente, antes de tomar el alimento, de pié, traza con el pulgar, sobre el blanco lino, la señal del Padre, que es la señal puesta en el gráfico dado anteriormente, concentrándote en el espíritu, por lo tanto impone las manos sobre las viandas y dice:

—Padre, supremo cultivador de los místicos campos, yo te consagro este alimento, maravilloso fruto de la tierra, e invoco tu presencia para que el mismo alimente puramente en mí mi sustancia, y en la transmutación comunique nueva fuerza y valor más grande a la mente, al alma, a fin de que el espíritu pueda rápidamente elevarse para obtener la comunión perfecta.

(al vestirse)

Al vestir el hábito de lino que usarás para el rito, concentrándote en el espíritu, dice:

—Oh Supremo, yo endoso el hábito inmaculado, que es el símbolo de mi pureza y te invoco a ti, para que la misma permanezca en mí, y para que el candor se convierta en resplandeciente luz, con tu auxilio.

(consagración de la pieza)

Cuando hayas entrado en el lugar que habrás elegido para cumplir el rito y en donde se encontrarán ya los objetos necesarios, dirigido hacia el oriente, concéntrate en el espíritu y dice:

—Ignoto, yo vengo a este lugar aislado de los ruidos del mundo para conocer tu misterio; y te lo consagro a ti con todo lo que en el mismo está contenido. He aquí, yo estoy listo para encender la lámpara inextinguible, y el fuego que es el símbolo de mi espíritu ardiente que hacia ti eleva su perfume como el anhelo del conocimiento se eleva hacia el misterio, para que tú me seas manifiesto.

(consagración del fuego)

Permaneciendo concentrado en el espíritu, enciende antes la lámpara y, con la llama de ésta, los carbones: y en consecuencia dice:

—Potencia infinita que invades el universo y a todos los seres, Señor altísimo en los cielos, Señor del profundo abismo, alma del mundo, alma del ser, Genios de la llama, Démones del fuego, Entes que vagáis por el espacio, Inteligencias que suscitáis la vida, yo os invoco y os llamo: estad presentes y que vuestra virtud se comunique al ardor que yo suscito e invoco, que ella pemanezca ahora y siempre en mí. — Llama, LLAMA: *arde.*

(consagración de los perfumes)

Toma un poco de perfume, lánzalo sobre los carbones encendidos y sobre los mismos, bien alto, ten el recipiente que lo contiene y dice:

—Oh Supremo, a Ti te consagro estas aromas que quemándose se elevan en el aire, como mi ser, encendido por la llama sagrada del espíritu y purificado, vuelto íntegro en sus elementos, se eleva hacia Ti. Oh poderoso, yo Te invoco, para que descienda sobre mí Tu virtud, para que Tú hagas en modo que por doquier arda esta llama y este perfume se queme, y que allí esté la fuerza del espíritu santificado, y que sombras adversas no osen turbarlo. Y vosotros, Espíritus de los elementos, Genios y Entes, yo os llamo a Vosotros, dignos Ministros del Señor altísimo, estad presentes, y haced de este aire vuestra materia sensible.

Dicho esto sopla tres veces en forma prolongada sobre el fuego.

(consagración de los signos)

Traza por lo tanto los signos prescritos ritualmente. Hecho esto, lanza más perfume al fuego y dice:

—Padre, de acuerdo a Tu ley, que domina el universo y a todos los seres, he quemado estos signos, en el Nombre del Espíritu, del Ignoto, de la Operación. En ellos está mi voluntad, mi aspiración. Puedan ellos, con Tu auxilio, guiarme hacia el conocimiento al que tiendo.

(la invocación)

Lanza todavía más perfume al fuego, y siempre estando concentrado en el espíritu dirigido hacia el oriente, luego hacia el mediodía, a occidente y a septentrión, sopla cuatro veces en estas direcciones, tres veces par cada una de ellas, lentamente y con fuerza, casi silbando, y antes de cada una inhala la respiración todo lo más fuerte que puedas, y cada vez, al soplar, invoca inteligentemente al Genio, todavía desconocido para ti, que domina en aquella parte. Hecho esto, dirígete hacia oriente y, teniendo el pulgar derecho hacia la tierra y los otros dedos de la mano cerrados, dice:

—Oh Ignoto, supremo Maestro, que en el mundo todavía invisible para mí guías los secretos destino del Sacro Tèmplo, Tè invoco para que Tú me seas propicio y que Tu fuerte brazo me sea válido auxilio, para que Tú me protejas y me defiendas contra los peligros de mi naturaleza inferior, contra todas las fuerzas que pueden oponerse al cumplimiento de mis aspiraciones.

Oh Infinito que resplandeces eterno, coronado de llamas y de vivas armonías, Espíritu de Luz y de Sabiduría, que con el Soplo das vida a todas las cosas, Espíritu de los Espíritus, alma eterna de las almas, soplo inmutable de vida, que en Ti encierras todo el esplendor dorado y la blancura plateada de los sumos opuestos, Tú que eres el Invisible Rey, que colmas los abismos con Tu omnipotencia, Tú Inmortal y Eterno, Inefable, Increado, Padre de todas las cosas, Señor de la inmensidad etérea, Señor de la Tierra y del Agua, del Aire y del Fuego, Espíritu de fuego que todas las cosas vivificas, Suprema armonía, Número trascendente que resumes lo indefinido y lo determinas en Tu Ley, a Ti, Padre, yo te invoco.

Y a Vosotros todos, Espíritus de esplendor, que en los mundos lleváis el sello de Su voluntad, y sois llama de Su llama, a Vosotros os llamo para asistirme, para que con vuestra ayuda yo me convierta en digno de la suprema sabiduría.

Que la fuente de mi vida sea purificada, que el peso de mi materia sea aliviado, por lo que yo mismo pueda ser el espejo fiel del Dios Vivo, y arda en fuego sagrado; que el éter animador y luminoso me invada, que yo pueda estar en vigilia para operar sin tregua, que pueda buscar con constancia y hallar con seguridad, para que el día envuelto por la noche resplandezca para siempre; que yo pueda estar seguro y no perturbado más y siempre permanezca en mí la paz perfecta; que la tierra fructifique, que el árbol de la vida brote, que el agua fluyente vuelva a la fuente de las aguas vivas.

Oh Maestro, que mi voluntad sea fuerte y constante, para que mi espíritu pueda elevarse a Ti y volverse digno para que Tú le comuniques todo aquello que creas poder participarle de Tu Sabiduría.

Dicho esto, concentra *por largo tiempo* en el silencio tu espíritu, tendido en la solicitación de que el mismo sea iluminado por la luz que viene de lo Alto y que se te manifestará sea en forma visible, sea con un mensaje espiritual.

A observar:

Aunque el Rito se cumpla, se debe tener cuidado de que hayan transcurrido por lo menos tres horas luego de haber ingerido alimentos.

Teniendo que operarse con los pies desnudos, se procurará que en el piso, en donde serán apoyados, haya un pequeño paño de lana, cubierto de hilo, u otra cosa apta.

EXTRACTOS DEL *DE MYSTERIIS*

(Traducción del griego, de. Th. Gale, Osconii, 1678- por TIKAIPÓS*)*

Publicamos estos pasajes del περί μυρτηρίων λόγος tratado teúrgico de la época alejandrina, atribuido a JÁMBLICO, para hacer presentir al lector algunos estadios propios de las operaciones de magia ceremonial.

No será inútil subrayar, que las facultades que operan en magia trascienden las relativas al ser humano en sentido estricto; de modo tal que, desde el momento en que en el ámbito de la magia ceremonial un tal ser no es excluido, aparecen en éste y en otros textos clásicos, expresiones que insisten acerca de la absoluta pasividad del hombre y acerca de la irrelevancia de la humana acción y "voluntad" en las operaciones. Pero, por otro lado se dice también y en forma explícita que los Dioses en la misma operación no son "otros" respecto de la más profunda naturaleza de la mente: es una *única* energía —la cual hace de la mente y del Dios una sola cosa— la que actúa por sí misma "centellando, estallando, y operando el todo en forma unívoca". En la misma la mente no "sale", no cae en "éxtasis", adhiere sólo a su misma perfección, a aquel *acto*, del cual su estado humano no es sino la "in potencia". Y este acto es, idénticamente, la sustancia radiante del Dios, que desnuda al espíritu humana de su vestimenta oscura.

Las invocaciones, las plegarias y lo demás sirven sólo, operando por sutil "simpatía", para propiciar tales estados absolutos: de este modo no se debe pensar que las mismas *atraigan* al Dios, como si éste estuviese sujeto a padecer de cualquier modo una influencia; y ni siquiera que haya en el alma un padecimiento por obra del Dios, puesto que aquí no hay acción del Dios, sino ensimismamiento con el Dios y *realización* del Dios, por lo cual la acción de éste y la participación del alma en el estado de una pura actividad insusceptible de padecer la acción de otro, son todo una misma cosa.

Dices pues sobre todo de creer que existen Dioses. Pero esto mismo, dicho así, no es exacto. (Debe decirse en vez que) con nuestra misma esencia coexiste, innata, la *ciencia* de los Dioses: más fuerte que cualquier crítica y que cualquier prevención —preexistente a cualquier razonamiento y demostración— en la medida en que desde el comienzo se encuentra

coimplícita en la propia causa y en que coopera en el esencial impulso del alma hacia el Bien [1].

Y si se tiene que decir la verdad, ni siquiera el conocimiento es la unión con la Deidad, puesto que (entonces) estaría separado de ésta como si se tratase de una alteridad [2]. Antes de tal conocimiento, en tanto otro de aquello que se conoce, se encuentra pues aquella (relación) autógena y inescindible: monoforme implicación, activamente uniforme... Y somos más bien nosotros en ser envueltos por ella, y colmados por ella: porque, aquel mismo indeterminado *quid* que sin embargo somos, no lo convertimos en verdad en nuestro, si no es con el conocimiento de los Dioses...

Y no es por conjetura u opinión o silogismo —todas cosas que se mueven a partir del tiempo— que (la mente humana) vaya nunca persiguiendo la esencia superior a ello; sino que es con las puras e irreprensibles nociones que ella recoge de los mismos Dioses que se vuelve a unir a ellos [3].

(Sección I, c. 3)

"En suma ¿es que se dirigen invocaciones a los Dioses —dice la objeción— como si se tratase de seres pasibles de recibir la acción de otro (ἐμπαθεῖς)?"

No es en vez para nada como tú afirmas. La iluminación durante el curso de las invocaciones es en verdad autoirradiación y autoactividad; bien lejos de ser atraída, procede ella misma de la automanifestación por actividad y perfección divina: y tanto previene todo impulso volitivo en cuanto la divina volición del Bien excede cualquier existencia electiva. A través de tal volición irradian los benignos y misericordiosos Dioses abundantemente su luz encima de los Teúrgos: reclamando sus almas hacia sí: proporcionándoles a éstas la unificación con ellos: acostumbrándolas, estando aun en un cuerpo, a despegarse de los cuerpos, para dirigirse alrededor de su inmortal principio.

[1] En las concepciones griegas la idea del *Bien* posee un significado ontológico y no moral, o de cualquier modo virtuista. El Bien es la *perfección* de un ser, es su estado de *plenitud*, opuesto al estado de necesidad y de "privación", de actividad insuficiente y vinculada. Así pues en Aristóteles el bien es el acto puro, fin natural en el cual tiende a cumplirse la energía de todos los seres imperfectos.

[2] Puesto que en el concepto común de conocimiento, lo conocido u objeto, es algo diferente del que conoce o sujeto.

[3] En otro lugar se ha dicho que los *símbolos* son los sostenes para el conocimiento.

Ahora resulta claro de las mismas cosas que justamente lo que venimos diciendo es la salvación del alma. Contemplando contemplaciones beatas he aquí cómo se eleva el alma hacia una muy diferente existencia: lleva al acto una muy otra actividad; se cree así, no más humana, y con mucha razón ella lo cree: puesto que muchas veces, al dejar la existencia animal, asume (como un modo propio de ser) la beatísima actualidad ἐνέργειαν) de los Dioses. Y si el ascenso-por-invocación procura a los sacerdotes un estado de pureza respecto de las pasibilidades, desvinculación del nacimiento (γένεσις) y unión con el divino principio, ¿qué cosa valorable pudimos nosotros atribuir pues a aquel ascenso? No por cierto una tal invocación podría entonces inclinar a los Impasibles y Puros, hacia lo pasible e impuro. Y henos aquí nosotros, en vez de ser convertidos en impuros a través de la generación, volver en cambio a elevarnos al estado de pureza e impasibilidad.

Ni siquiera son las invocaciones las que ponen en contacto a los sacerdotes y los Dioses, *a través de pasiones.* La comunidad de indisoluble unión la provocan éstas a través de aquella *simpatía* (φιλία), que envuelve al todo. No son pues las invocaciones —tal como el mismo nombre nos induciría a pensar sin embargo— las que inclinan hacia los hombres a las mentes de los Dioses, sino —tal como la misma Verdad nos lo quiere enseñar— que éstas convierten en apto al humano intelecto para ser partícipe de los Dioses; elevándolo hasta a los Dioses, y ligándolo a los Dioses, a través de una suave persuasión. También los Nombres divinos, marcadamente sagrados, tienen el poder de volver a enlazarlos con los Dioses; y así, por su carácter de seres anagógicos (que se dirigen hacia lo alto), también sucede con los otros símbolos divinos.

(Secc. I, c. 12).

Puesto que tú dudas entonces si rezarles a las Inteligencias puras, al haberlas definido como inflexibles y no mezclables con las cosas sensibles. Yo mientras tanto creo que no se tenga para nada que rezarles a otras; puesto que, en las plegarias, se redespierta en nosotros, en manera visible (ἐναργῶς, lo Divino e Intelectual y Uno —o, si prefieres decirlo así, lo Intelectual— y, una vez redespertado, se dirige específicamente hacia su semejante, y adhiere a la perfección propia de *sí mismo*...

La conciencia propia de ser para nosotros mismos nulidad, hace de modo tal que, al evaluarse uno con respecto a los Dioses, espontáneamente se dirija a suplicarles: y, a partir de la súplica, somos muy pronto elevados

hacia el Suplicado: y, del continuo conversar con uno mismo, nos procuramos *semejanza* con El: y a poco a poco, nos elevamos de la imperfección hacia la perfección divina.

(Secc. I, cap. 15).

...Me parece oportuno eliminar... los conjuros de invocación y aquellas imposiciones, efectuadas con la más gran vehemencia, para el cumplimiento de lo que debe hacerse. Si en efecto una comunión de concordante *simpatía* —un cierto indisoluble acercamiento de unión— abarca a toda la operación mistérica, realmente ella es pues divina y por ende trasciende a toda capacidad conocida de humana praxis común, y no hay acto humano que merezca serle atribuido: no aquel intimar de imposiciones que no es para nada como una solicitación hacia quien nos es lejano: y ni siquiera el conjuro, porque no es para nada como para seres separados de lo que aquí se trata. Pero ella es una cierta energía idéntica y que se explicita a través de una autoelección común: centellando se convierte en fuego, autoactuando y autoreaccionando, y operando unívocamente todo: todo aquello que la transmite, así como todo lo que posee capacidad de recibirla... (todo esto) por identidad, unidad y homogeneidad (ταυτότητι δὲ χαὶ ἑνῷσι, χαὶ ὁμολογία).

(Secc. III, caps. 6,7).

... El descendente e invadente Espíritu se hace visible a quien lo invoca en su grandeza y sus cualidades, y lo inspira y guía en forma misteriosa; quien en vez es invadido por él, visualiza precedentemente una especie de fuego. Lo ven a veces cuando desciende o cuando parte, quizás todos los presentes; es más, justamente por esto es valorable en ello el máximo de veracidad, de potencia, de dignidad... Ahora bien, cuando sobre lo penetrado sobreviene desde afuera un tal acontecimiento de fuego de Dioses —fuego de una inefable especie— y que todo lo colma, todo lo envuelve, todo lo compenetra e incendia, de no poder más aquel desplegar ninguna actividad propia ¿cuál otra percepción personal, o deducción, o deliberación, podría aun coexistir en quien acoge el fuego divino? ¿o cómo podría intervenir un impulso humano? ¿o cuál tipo de impulso de pasión o éxtasis, o arrobamiento de fantasías, o de tales otras cosas que suelen efectuar muchos?

Es necesario luego saber qué es el entusiasmo, y cómo se genera. Y ya falsamente se lo cree un impulso intelectivo a través de una demónica

inspiración (ἐπίπνοια = *soplo desde arriba*). Porque ni el intelecto humano, aun invadido así, es para nada arrastrado, ni la inspiración es ya obra de démones, sino de los *Dioses. Y ni siquiera el entusiasmo es simplemente éxtasis* ἔκστασις sino que es más bien elevación y cambio hacia un mejor estado, mientras que el éxtasis y el arrobamiento (παραφορά= *transportación*) significa mutación también hacia un *peor* estado. Aquel que los resalta alega, es cierto, algunos elementos concomitantes con el entusiasmo, pero lo esencial ni siquiera lo roza. Lo cual consiste en estar totalmente invadidos por la Divinidad.

(Secc. III, caps. 6,7).

SIRIUS

LA NIEBLA Y LOS SÍMBOLOS

La naturaleza habla a través del silencio y sin embargo sólo quien sabe entender esto puede esperar conocer alguno de los secretos que el mismo encierra en su seno.

En tanto se haya arribado a esta interpretación hasta el punto en que el silencio de la naturaleza se convierte casi en ensordecedor, mientras que el ruido de los hombres no nos perturba para nada, nos damos cuenta de que ni siquiera una de las infinitas apariencias de las que se amamanta el universo es sin significado.

El hombre camina en las vías de la tierra como un ser que en un cierto momento de su vida se convirtió por casualidad en ciego. El no ve más, pero recuerda a veces que él ha visto: y tanto más vivo es en él el recuerdo del pasado cuanto más adherente es su alma a la sustancia real de aquello que invisiblemente se le planta adelante.

No existe ningún hombre que haya olvidado todo y no "reconozca" ningún aspecto del mundo. Pero en verdad el hombre en vez que excitar su memoria e intentar en cualquier modo descender en el corazón de las cosas, intenta olvidar y transferir a la apariencia inmediata el valor de la realidad de la cual intuye la presencia pero a la cual no puede arribar sin un esfuerzo del espíritu.

Dada esta premisa, no asombra que el interés del hombre superior —y que debería llamarse simplemente *hombre*— esté dirigido precisamente hacia aquello a lo cual el resto de los hombres no le da ninguna importancia. Para el uno todo lo que se toca es sombra: para el otro es cosa firme. Para el uno las cosas visibles no son sino la proyección, es decir, la sombra de cosas invisibles; para el otro aquellas mismas sombras son principio y fin: cuanto más él se limitará a dar un futuro más allá de la vida a aquello mismo a lo cual le niega un principio antes de la vida.

Si nosotros lográramos conocer la estructura real de una flor y de una planta, estaríamos cerca del conocimiento de la estructura real de nosotros mismos y de nuestro destino. Si nosotros conociésemos con exactitud la ley a la cual obedece la corola de una rosa cuando ella dispone en círculo

sus hojas, no tendríamos necesidad de dirigir el rostro hacia arriba para ver las estrellas, sino que bastaría que fijásemos hacia abajo la mirada para volver a hallar el firmamento.

Si nosotros lográramos conocer el secreto de las estaciones y ver adentro de la tierra así como vemos encima de la tierra, al mismo tiempo veríamos claramente también adentro de nosotros, y reconoceríamos sin hesitación que la agitación que cambia la sustancia en la tierra es paralela a la agitación que varía la sustancia en nosotros.

Al ser el universo uno, monolítico, compacto, no hay ley de un campo la cual no tenga el equivalente en una ley de otro campo. La física, la geometría, el Álgebra son ciencias morales: y la fuerza de gravedad antes de ser una fuerza actuante en el campo de la materia es una fuerza actuante en el campo del alma.

Aquel que al estudiar los fenómenos aparentes no deja una puerta abierta al misterio, cierra la puerta a la verdad: confundiendo como voz aquello que es solamente un eco. Aquel que estudiando un rayo de sol no logra ver los ojos de los cuales el mismo es una mirada, no volverá a hallar nunca la unidad de los fenómenos y en vez de ir adelante como el escultor que de golpe en golpe de escalpelo desentierra la estatua, procede como un agente de policía en la búsqueda del autor de un delito siempre a punto de ser atrapado y siempre inapresable, puesto que en vez de buscar de poner las manos sobre su persona intenta detener la horma de sus pasos.

Es digno de piedad y pena el estado de ánimo de la gran mayoría de los hombres, los cuales cierran el universo en dos netas y bien delimitadas regiones: una de fenómenos de los cuales ellos conocen orígenes, causas y efectos; otra de la cual ellos ignoran todo. Por una parte el sol enceguecedor, por la otra una niebla impenetrable. El hombre está tan convencido de haber completado el inventario de las cosas creadas y de los fenómenos posibles, que cada elemento que apenas sobresale del número de los que ya conoce —o mejor, de los que cree conocer— es por él relegado en el campo del milagro, de la locura o del chusmerío. Al no tener él alas, falta poco como para que no considere una afrenta la existencia de los pájaros. También el concepto de la divinidad no es en él menos pueril: por una parte la tierra, por la otra lo sobrenatural: por una parte el hombre, por la otra Dios. Ningún contacto entre los dos mundos y los dos seres.

Y es por lo tanto que de la realidad tangible el hombre, que sin embargo cree conocerla, posee apenas una ilusión de conocimiento: tanto más ilu-

soria cuanto más se presume completa. En verdad, al juzgar el mundo físico, el hombre no se comporta de modo diferente de quien, conociendo una sola lengua, quisiese recorrer el mundo y pretendiese ser comprendido por todos, considerando como "mudos" a los hombres que le hablan un lenguaje diferente del suyo. Y es por ello que el hombre, mientras cree dominar el mundo, se encuentra continuamente determinado por el mundo mismo el cual, al estar regido por una ley que él ignora, continuamente desmiente sus teorías, demuele sus convicciones, disloca sus construcciones.

Si no fuese así, el hombre sabría en cada instante que él se encuentra tan alejado de la realidad del mismo modo que el caminante que, observando al atardecer la niebla que emana de los ríos, presumiese fijarla y se durmiese en la certeza de volver a hallarla allí a la mañana siguiente. El sabio, por el contrario sabe bien que la niebla vespertina no es sino la visible síntesis de la jornada humana, la cual al haberse agotado toda entre los fantasmas, se concluye con el fantasma de los fantasmas, la niebla que entenebrece la vista y que no posee peso como tampoco rostro.

EA

ACERCA DE LA DOCTRINA GENERAL DE LOS *MANTRA*

Muchas veces en estas páginas ha aparecido el término *mantra*. Desde el punto de vista práctico ya LUX ha dicho algo implícitamente al hablar de los "Nombres de Potencia" y de las "Signaturas" (cap. III). Pero es bueno también referirse a la teoría general que en su forma más completa y en un preciso encuadre metafísico nos ha sido dada por el hinduismo tradicional[1]. Un tratamiento análogo sería sin embargo posible también desde el punto de vista de la tradición cabalista y daría lugar a interesantes confrontaciones.

Para comprender qué es un *mantra* hay que remitirse a una concepción que considera a toda las cosas en términos de *sonido* y de *movimiento*. Todo en el universo es vibración, y esta vibración tiene el sentido viviente de un *hablar*, de un expresar el mundo invisible: es movimiento como palabra sonora y Verbo revelador.

Pero en la experiencia de la palabra se pueden distinguir tres elementos: el simple sonido o voz (*vâk çabda* = λόγος, la apercepción o escucha (*pratyaya*), y el "sentido", o bien el objeto (*artha*) evocado por cada expresión verbal en quien escucha.

Extendiendo analógicamente la experiencia dada por la palabra conocida por los hombres e interpretando en forma apta estos elementos, la doctrina aludida busca dar cuenta del proceso de la manifestación. De aquí, ante todo, una particular interpretación de la teoría tradicional de los *tres mundos*, o para decirlo mejor, de las tres principales condiciones del ser, correspondientes a otras tantas formas de experiencia posible. No se debe olvidar en efecto que la metafísica oriental no trata nunca, como lo hace la filosofía moderna, acerca de "conceptos", sino acerca de *experiencias* que ella simplemente expone en base a la autoridad de "aquellos que han visto" (*rshi*).

La experiencia-base, el estado supremo, es la identidad absoluta e infinita

[1] La obra más extensa sobre el tema es al de J. WOODROFFE, *The Garland of Letters (Varnamâlâ)* Studies in the Mantra-Shâstra; Madras a. London, Ed. Luzac, 1922. De la misma son extraídos los principales datos utilizados en este estudio.

(*Brahman*). Ella ES eterna sin posible variación, privada de nombre y de forma, inasible; y simultáneamente "procede" (*prasarati*), determina un *logos*, unos *logoi*, sonido y sonidos, se desarrolla en la experiencia de un mundo calificado, con dualidad de sujeto (*asham*) y objeto (idam), con diferentes grado de luz, con seres múltiples, gloriosos y tenebrosos, bellos y no bellos, dignos e indignos, sujetos a generación, cambio y declive. Como tal es *çabda-brahaman* (= *Brahman* en forma de verbo).

En el vértice podemos pues poner la experiencia de esta dualidad-unidad. La Palabra sobre todo es una "masa de puro sonido", de energía radiante, que constituye el denominado *vajra-âkâça*, el éter del "Diamante-fulgor". El *sentido*, el *artha*, de esta "Palabra" primigenia, de este fulgor privado de forma, es el Brahman supremo y oculto. Pero los dos son uno. NO hay lugar para una aprehensión, para *pratyaya*: aquí la expresión es inmediatamente revelación —más aun, autorevelación— espíritu, sentido eterno. *Artha* y *çabda* son una sola cosa. La conocida sílaba sagrada OM correspondería análogamente a este sonido primordial, viento, sonido de los sonidos, que parte el equilibrio de las potencias creativas.

El estado que jerárquicamente sigue al sonido supremo (*pâraçabda*), es el *sonido sutil* (*sûksma-çabda*). Aquí el bloque sonoro se califica, se pronuncia en "letras", resuena en *logoi*, esculpe figuras de movimientos en la masa homogénea del éter radiante, determina "asignaciones" (*tanmâtra*). Un mundo de "dioses" (*devatâ*) se despierta: potencias de las cosas en formas aun no materializadas, aun hechas de acto, en cuerpos sustancializados de ritmos que constituyen *los sonidos* de particulares gestos creativos vibrados en un espacio que no es aun el físico, resuenan como palabras en un oído no corruptible, sino eterno. El *çabda-Brahamn*, es decir Brahman como Verbo, se manifiesta pues en estas potencias vivientes e inmateriales que son tantos modos de aquello que en él, cual *pâra-çabda*, era comprendido como en un "entero" (*pûrna*). Cada una lleva por lo tanto un grado, un aspecto, un sello del "sentido" supremo; y estos "sentidos parciales", en ellas, si aun no se separan, sin embargo en un cierto modo ya se distinguen, de aquello que en ellas es propiamente verbo, sonido, *çabda*. Son, éstos, por decirlo así, las almas, los "espíritus", los Yo de los cuerpos que suenan, o palabras, en las cuales se pronuncian.

Cuando se habla de los *mantra* (en sentido mágico), se alude justamente a estos "cuerpos"; ellos serían por lo tanto "Voces" cuyo *sentido* correlativo no es una cosa, ni la imagen de un Dios, sino el Dios mismo, en su forma propia hecha de conciencia (*cid-rûpini*). Aquí la voz no es despegada

del objeto, ni éste se encuentra afuera de aquella: el *mantra* es el Dios, y la actuación perceptiva o expresiva del *mantra* constituye la presencia, el *ser* de su Dios (*artha)* directamente. Sin embargo el Dios es el aspecto inmóvil, en forma de puro relampagueo (*yjotirmayî)*, que se libera de aquel *acto*, de aquel nudo de ritmo y de movimiento, que constituye su *mantra.*

Estas articulaciones del "Sonido escondido" sobre el plano sutil son las Madres Segundas, las "Letras" incorruptibles y generadoras (*mâtrkâ*, matrices). De su combinación, variación e interferencia, la doctrina dice que están formadas todas las cosas y todos los seres del universo, pero no así como éstos aparecen en la experiencia sensible, si bien como son en sus causas. Tales son sus "Nombres", de acuerdo a la terminología occidental: sus signaturas (*signaturae rerum*).

El Nombre sería el sonido producido por la fuerza sutil que genera o constituye una cosa o un ser, no como resuena en el aire físico, sino como es atrapado directamente por el espíritu en un éter interior libre de espacio y tiempo, bajo la especie no de una serie de vibraciones materiales, sino de movimiento-en-sí, de sonido puro, "continuo", homogéneo.

Los nombres y los *mantra* se denominan radicales o seminales (*bîjâ)* si representan un determinado elemento como síntesis-esencia, como "entero"; se llaman en cambio secundarios, si fijan tan sólo una virtud particular. Por ejemplo el *bîjâ-mantra* del Fuego es RAM[2]; en vez al aspecto "vórtice" del Fuego corresponde AG, al aspecto de elemento que purifica o que consume corresponden, respectivamente, PU, y HU o ASH.

Del estado supremo del sonido hemos pasado al causante y sutil[3]. De éste pasamos al último estado, a la forma material del sonido (*sthûla-çabda*). Aquí el Verbo asume las especies de la palabra hablada físicamente audible

[2] Todos los *bîjâ-mantra* concluyen con la letra M en la forma nasal (M) denominada *candra-bindu.* Es un sonido conducido por la nariz sin mover los labios, el cual, por decirlo así, hace proferir interiormente el de la letra o de la sílaba inicial. Gráficamente el *candra-bindu* es ◡̇ en donde la media luna representa *nâda*; el sonido a la *çakti*, elemento dinámico, y el punto, *bindu*, es decir la extraordinaria simplicidad sin movimiento. Partiendo pues de la forma material, dada por la pronunciación verbal de las primeras letras, el *candra-bindu* indicaría una interiorización comprendida como transponiendo el sonido en los otros dos planos.

[3] En esta exposición reputamos útil comprender en una unidad-correlación el plano sutil y el plano causante. En rigor, la repartición sería cuaternaria: estado material, sutil, causante (diferente del sutil y que retoma *çabda-brahman*) y, finalmente, supremo como absoluta trascendencia.

(*vaikharîçabda)* e interviene la ley de la dualidad propia de la manifestación cumplida. Los Nombres y los sonidos sutiles se pronuncian y se proyectan en objetos y en conciencias vivientes (*jîva*). Los tres elementos de la palabra: sentido, voz y aprehensión— se separan y se convierten en contingentes el uno respecto del otro. El *artha* no es más sentido, no es más "luz", sino que es el objeto del cual la palabra sabe sólo evocar la imagen externa a través de connotaciones convenidas, asociaciones mentales, recuerdos. La relación propia de la aprehensión, del *pratyana*, no es más ni esencial ni creativa: no es más el "acto" que aferra el objeto en sí, en una transparencia intelectual; se basa sobre los datos de los sentidos (*âpta*), en vez que proceder de intuición activa y directa del espíritu (*sâkshâtkrta*). Mientras que los nombres antes constituían un *Lenguaje Universal* que daba a las cosas como sonido en sí mismas en una expresión única y absoluta, ellos ahora se degradan en la multiplicidad de las expresiones accidentales y corruptibles que las designan en las varias lenguas.

Esta es la forma material de la palabra, la sola conocida por el hombre común. En su ignorancia éste piensa que una tal forma agota la palabra y no sabe nada ni acerca de la forma sutil, ni acerca de la causante y suprema que duermen adentro de la misma palabra —como también en los movimientos materiales— y sin la cual aquella misma que se conoce no sería o sería un sonido incoherente.

De acuerdo a la doctrina aquí tratada, el mismo sonido de los sonidos, OM, al estar por doquier, se encuentra también en el cuerpo de los hombres cual última y oculta profundidad de la fuerza que los rige, los anima, les da su gesto, palabra, luz de pensamiento, fuerza de voluntad. Se delinea aquí la doctrina mágica (*mâyâ-vâda*) de los *mantra* en sentido restringido y práctico. En síntesis, ella tiende a una resurrección de la palabra viviente, a un redespertar del sonido, de modo que, desnudada de su forma sensible, corruptible, escindida y contingente, aparezcan las "figuras" hechas de puro acto correspondientes al plano sutil. De acuerdo a la etimología simbólica, el término *mantra* se lo hace derivar de *man (manana)* = pensar y *tra (trâyate)* = preservar. Nos referimos así a un acto de la mente en el cual la palabra es "preservada" o mantenida en su estado primordial.

Ninguna palabra humana puede, en cuanto tal, ser un *mantra*; sin embargo ciertas ocultas leyes de armonías expresan que ciertos sonidos arcaicos y sagrados son como una especie de rastro o eco de los *mantra* y de sus *artha*. Y la práctica del *mantra-yoga* tiende justamente a despertar de la forma material (*sthûla-rûpa)* de estos sonidos su forma sutil, las sílabas de "luz" que les corresponden.

Sin embargo no hay que hacerse ilusiones. Los textos hablan claro que se puede hacer *japa* (es decir, repetir un *mantra)* aun un millón de veces: pero hasta que el mismo no es "conocido", se permanece en un mero movimiento de labios. La pronunciación de un *mantra* es esencialmente un acto del espíritu en el cual aquel momento de iluminación y de evidencia interna que emana cada vez que se dice: "He comprendido", es llevado a un nivel superior y purificado de cualquier residuo material. Es entonces que el *mantra* se despierta y "actúa". La pronunciación material no se convierte en el vehículo de un poder mágico o evocatorio sino bajo esta condición. Por lo cual se dice que es casi imposible saber de la pronunciación de un *mantra* cuando no se la haya aprendido a través de una transmisión directa de parte de un Maestro.

La repetición (*japa*) debe ser comprendida como el "sacudir repetidamente a una persona que duerme hasta que se despierte". En algunas escuelas se repite siete veces el *mantra* auxiliar IM antes y después de *japa*, para facilitar la fluidificación del *mantra* principal: ello se denomina *nidrâ-bhanga* (destrucción del sueño). Instrucciones más especiales son dadas en el marco del *cakra-vâda*, es decir, de la doctrina que concierne a los "centros de fuerza" (*cakra*) del cuerpo humano. El cuerpo, de acuerdo a la enseñanza esotérica en general, comprende a todos lo elementos en aquella oscura profundidad suya que cae por afuera de la común conciencia de vigilia. En la raíz de su fuerza vital en general, en su forma sutil, se encuentra el mismo OM, sustancia de todos los *mantra*; así pues los *mantra* de los diferentes elementos naturales resuenan en particulares calificaciones de aquella fuerza en el organismo. Tierra, agua, fuego, aire, éter están ligados simpáticamente con corrientes fluídicas (*nâdî*) que parten de cinco "puntos de vida" que tienen una cierta correspondencia, respectivamente, con los plexos sacros, prostático, solar, cardíaco, laríngeo. Los *bîjâ-mantra* relativos son LAM, VAM, RAM, YAM, HAM. La pronunciación de uno de estos *bîjâ* "toca" el centro que le corresponde, dinamiza por simpatía, la relativa corriente fluídica. Por lo tanto, viceversa, transportando y fijando el fuego mental en uno de estos centros mientras que la conciencia busca asumir la forma del *mantra*, es facilitado el redespertar o, como también se dice, la apertura (*sphota*) del *mantra*.

Lo que galvaniza al *mantra* es la fuerza espiritual del operador (*sâdhaka-çakti*). Pero la virtud del *mantra* no se basa sólo sobre ella; el *mantra* comprende un poder suyo propio, el cual, uniéndose a la *sâdhak-çakti*, la exalta, la multiplica y le hace cumplir un "salto de plano".

Así pues un texto usa la imagen de una cantidad de líquido que se agrega bruscamente al que ya está contenido en un recipiente y lo hace desbordar. En otro, la *sâdhaka-çakti* es comparada con el fuego: así como golpes de viento, cuando golpean una llama, generan un esplendor de redoblada fuerza, del mismo modo también la energía del operador cuando es golpeada por la *çakti* del *mantra* se desarrollaría rápidamente y se haría extraordinariamente eficaz. A nivel de principio, en el momento de la plena realización de un *mantra* la virtud del sujeto singular alcanza la transformación en la virtud del dios que preside al primero; así pues, virtualmente, participaría de su mismo poder.

Los Nombres y los *mantra* serían pasibles de una doble verificación experimental: a) Dada una cosa, la percepción yóghica suprasensible del "sonido", del movimiento que la constituye debe corresponder, aproximada y analógicamente, al *mantra*; b) Viceversa, la recta pronunciación de un *mantra* completamente vivificado debería producir la aparición de la cosa o elemento correspondiente.

Si pues el *mantra* pone en relación con el plano sutil y si éste es el plano de los actos que rigen las apariciones sensibles y materiales de las cosas, de aquellas mismas que se reputan como "inanimadas", al vibrar una orden en un *mantra*, ello determinará una realización mágica. Ello naturalmente, a riesgo exclusivo del operador, en el sentido de que éste debe considerar si puede disponer de hecho de la fuerza necesaria para hacer de *femina* (♀) respecto del correspondiente torbellino fluídico (que repercute, por lo demás, en las ocultas corrientes de la vida de su organismo), para ponerse como ⊙ respecto del mismo y de las concomitantes reacciones; puesto que tal es la condición para el logro de la operación en sentido mágico.

En general en el *mantra* redespertado se desarrolla la presencia de la denominada "forma de luz" (*jyotirmayí*) la cual es considerada como una "liberación" y, como se ha visto, se encuentra en el cuerpo rítmico del *mantra* como sentido (*çabda*). Estas presencias, en sí mismas no resuenan: son "silencios" dados en forma de contrapunto por la trama de los sonidos sutiles. Ellas conducen a aquello que en la palabra se encuentra más en lo profundo que la calificación. Conociéndolas así, se disuelven todas las sombras y todas las ondas y todos los síncopes, y se desemboca en la experiencia del *vajra-âkâça*, el desnudo y homogéneo éter de una palabra que es diamante-fulgor, y cuyo signo es ○. El "vacío" (*çûnyatâ*) comprendido en el círculo indica algo respecto de lo cual este mismo estado de *vjra* se encuentra como sonido respecto del sentido, corporeidad respecto de incorporeidad. Es el *Brahman*, el estado supremo.

Desde el punto de vista del *mantra-vâda*, de la doctrina metafísica hindú de los *mantra*, se puede pues decir: aquello que respecto de las cosas se dice la "realidad", no es sino *símbolo*. El hombre se mueve entre símbolos, y él mismo es un símbolo, así como su forma, su palabra, todo lo que él hace.

En el mundo sensible, el hombre es como si se encontrase delante de un alfabeto, de un sistema de signos, del cual, por una oscura amnesia, él ignora sea la pronunciación como el sentido, por lo cual su mismo valor simbólico se le escapa. En el mundo sutil, es el "estado de pronunciación" lo que se despierta en la conciencia: del signo emana el recuerdo de la palabra, del sonido; no se perciben más formas y cuerpos materiales, sino ritmos, figuras de gestos. En fin, el mundo causante (*kârana* = el "mundo intelectual", κόσμος νοητός del neoplatonismo, el *Sophar* de la Kabbalah) es el estado del sonido que se trasciende a sí mismo y es atrapado como "sentido". *Los tres mundos son un solo mundo*: son "perceptibilidades" diferentes de una identidad, grados de iluminación de un mismo paisaje. El Yo conoce a uno o bien a otro, de acuerdo al grado de luz o de redespertar interior que sabe suscitarse en sí.

Quien llega a *adueñarse* del "sentido" de las cosas, posee la clave de la alta magia. Todo está en conseguir un estado de inteligencia, de significado, ante las cosas. El que haya *comprendido* una cosa podrá también *hablarla*. Este hablarla es "resolverla" en tanto cosa, y establecer virtualmente una relación mágica con ella. La palabra humana resurge entonces como Verbo, como *palabra viviente*. La palabra entonces es *virtud, verdad*. De una tal resurrección los *mantra* son chispazos misteriosamente aprisionados y durmientes adentro de algunas arcaicas y hieráticas voces de los orígenes.

XII

ALBA

DE NATURAE SENSU

Largo es el camino a recorrer para llegar al *redespertar*, antes de que la conciencia sea gradualmente advertida, se adueñe y fije a través del recuerdo, las incitaciones en mayor o menor medida frecuentes, los improvisos e inesperados llamados cuya gama es infinita y variada, siempre nueva y maravillosa: de acontecimientos de nuestra vida común, de cosas que nos circundan y suscitan una sucesión de pensamientos y de experiencias interiores, de voces misteriosas que surgen de lo profundo del ser y que afloran a la conciencia, que entonces prueba como un temblor de alas que intentan desplegar su libre vuelo hacia la luz.

Dos vastísimos campos ofrecen una cantidad inagotable de tales llamados: nuestra alma y la naturaleza.

Observemos a nuestro alrededor: el mundo es el libro del hombre, pero del hombre que sabe ver y oír la voz de las cosas y que es capaz de sentir la relación entre la propia vida y la vida de éstas; puesto que vida hay en las plantas, en el agua, en el viento, en el fuego, en las estrellas, en los millares de seres visibles e invisibles que están por doquier; vida y espíritu hay en aquello que nosotros no vemos y que sin embargo nos circunda: el *Hades*, lo invisible.

Miremos la tierra: la naturaleza es una madre fecunda, inagotable,en todas las partes en que sea posible la más elemental forma de vida, aun en el barro. Entre las tejas de un techo, entre los vestigios de una torre, el viento ha llevado semillas que han arrancado a un granito de tierra entre dos piedras, el *modus* de la vida: y he aquí que entonces una mata de hierbas ha nacido y vive.

La tierra, esta inmensa cantidad de materia que se transforma, se revuelve, se pulveriza, se une produciendo en innumerables, continuas realizaciones, innumerables vidas, no es otra cosa que el símbolo de nuestro cuerpo, de nuestra carne. Ello se reconoce fácilmente sabiendo comprender la analogía existente entre nuestra vida física y la naturaleza, entre nuestro cuerpo y la vida de un árbol, *exempli causa.*

Se observen algunos árboles, que en la tierra tienen sólo una parte de sus raíces, y lo demás al descubierto, aparentemente privado de alimentación, pero vivo por el zumo vital que recibe de las más profundas raíces y se *sienta* cómo a través de aquellas desnudas raíces y el rudo tronco del árbol corre una linfa vital similar a la que alimenta a nuestro cuerpo. Desde entonces la vida vegetal no será más un conocimiento muerto y sin significado. Inclínense sobre una tenue hoja verde, sientan casi palpitar entre los dedos sus fibras sutiles; aspiren el perfume suave de una llameante rosa, concientes de que quizás mañana no habrá sino un tallo desnudo entre pétalos desparramados; pero que por breve tiempo la naturaleza ha sonreído en la flor, feliz de expandirse al sol, y le ha transfundido la alegría suya de madre fecunda e inagotable siempre y nunca cansada. Al anochecer, algunos árboles emanan un agudo perfume: se pueden no ver, pero su perfume es como un llamado al paisaje: se acoja aquella voz, lenguaje mudo de *seres* amigos, se sientan cercanas en la sombra las grandes sombras, vivientes en su inmovilidad, en más directo contacto con la tierra. Es también la impresión de este contacto con la tierra, vibrante en la respiración de las hojas, que los árboles nos comunican. La nieve, cubriendo cada cosa con su candor, da un sentido de tristeza similar al que emana de los árboles desnudos y yermos de invierno, puesto que entonces se siente la naturaleza cerrada en su letargo y aislada en el recogimiento.

Se observe el continuo fluir de un río, se *sienta* correr el agua en la tierra, así como la sangre en las venas, como el calor solar que da vida y luz, del mismo modo que el calor del cuerpo. O bien sobre la orilla de un lago, prestando largamente atención a las aguas, se sienta un *quid* vivo y real que desde el lago se eleva y se acerca. No es necesario tener alguna visión, o evocar además al Genio; basta comprender cómo las masas de agua esparcidas por doquier, de lo cual nos damos cuenta en forma aproximada con la química y las otra ciencias, etc., son manifestaciones de inteligencias espirituales que existen, pero que son invisibles.

La tierra, el agua, el aire, el fuego, todos los elementos continuamente están bajo nuestra vista, en sus manifestaciones, pero demasiadas veces se deja de entenderlos. Al aire, a pesar de que lo respiremos, se le presta raramente atención, no se lo piensa, no se siente alrededor su esencia fluídica que todo lo circunda y penetra.

Para entender el profundo significado del aire, se elija un atardecer de primavera, realizando la percepción en los contrastes. Caminando entre el ronroneo ensordecedor de una calle encerrada por altos palacios, sentir

la turba multiforme que hormiguea, cerrada en la niebla de los orgasmos cotidianos, con la negra carcoma de los males físicos y morales, mientras que el atardecer desciende lentamente y se encienden las primeras luces y en lo alto permanece el cielo azulísimo, aun dulcemente luminoso. Un sentido improviso, casi de malestar nos invade y con el mismo un deseo de liberación. Se reconoce entonces en la profundidad el sentido de la pesadez de la tierra, que contrasta con el impalpable aire. Se proceda hasta la soledad, en la meditación.

Una ola de pureza vivificante invade el ánimo ante al luz y el calor de una llama: una plegaria es más ferviente y alta, si es cumplida con velas encendidas. Hoy se ha casi perdido la posibilidad de estar cerca del fuego: no más pequeñas chimeneas iluminadas por un grueso cepo llameante, no más débiles lucernas entre vastas zonas de sombra, sino la luz eléctrica que aclara improvisamente las tenues sombras crepusculares.

Sentir el sol en un ardiente verano, como si nos hubiésemos convertido en un lámpara que irradia una tenue luz rosada —el Sol está en mí, su luz, su calor están en mí— pensar y abandonarse a la sensación de alegría luminosa, mientras que se siente el cuerpo ligero y transportado hacia lo alto; sentir nacer en sí la adoración hacia el astro luminoso, hacia la Luz, y reclamar el antiguo culto de los adoradores del fuego.

La impresión del todo espiritual de la luz, del sol en nosotros, comunica el deseo de elevarnos hacia lo alto, mientras que el sentido de bienestar físico que da el calor del sol provoca un movimiento de exaltación, de expansión de la vida física.

Más o menos latente, más o menos desarrollada, nosotros todos tenemos la posibilidad de oír estas *voces* que nos vienen de las cosas, de la naturaleza, de nosotros mismos, voces que nos llegan por medio de las sensaciones, de impresiones no creadas ni queridas por nosotros, pero que nos llegan cuando menos pensamos, en un momento de abandono mental, en un momento de calma interior: ellas siempre están precedidas por un arcano sentido de maravilla compenetrada de espera, mientras que el ojo vaga sobre una planta, sobre una flor, sobre un paisaje... La voluntad no opera directamente sobre ello; ella, o también el deseo de conocimiento, tienen sólo el deber de organizar las experiencias y de desarrollarlas armónicamente, de dirigirlas hacia planos de realizaciones y de posteriores adaptaciones.

Así pues, habiéndonos encaminado a conocer cuál fuerza vital, semejante a la nuestra, esté en todo aquello que nos circunda, desde la hebra de hierba

hasta el átomo invisible, desde la gota de rocío hasta la fuerza luminosa del fuego, es fácil arribar a comprender el profundo significado de cada cosa: aquello que es real y visible para nosotros, no es otra cosa que sombra proyectada a partir de lo que existe igualmente en forma invisible. El uno y el otro tienen por lazo el símbolo. Aquello que está afuera de nosotros está bajo un diferente aspecto también en nosotros; sentirse en armonía con la vida en las cosas es la realización de esta ley.

La Tierra es nuestra carne, el Agua es la fuerza purificadora de la cual ella tiene necesidad, el Aire es la mediación entre la Tierra y el Cielo, entre el cuerpo y el espíritu, que es el Fuego que todo lo vivifica e ilumina, que hace escapar a las sombras desde la materia, que tiende con su brillo continuo hacia lo alto.

No sólo está simbolizada nuestra vida física en la naturaleza, sino que nosotros encontramos en sus varios aspectos analogías profundas con los estados de ánimo: tenemos las iras, la calma, las melancolías, las crueldades del mar; la tenuidad de la hierba; la aridez, la fecundidad de la campiña; el torbellino fantástico del viento. En el adamantino brillo de las estrellas, tan lejano de la tierra, se encuentra el aislamiento que a veces está en nosotros, en el fondo inaccesible y abismal del Yo.

En la naturaleza está constante y claramente manifestada la ley de la dualidad, del equilibrio, que resalta entre los continuos contrastes de la fuerza y de la debilidad, del + y del -: entre los ciclones, las tormentas y la gracia infinita de una pequeña flor; musgos y hierbas tenues y montañas rocosas e invioladas que parecen elevar su masa pesada hacia más altas esferas con esfuerzo tenaz, asilo de mariposas y de águilas.

El hombre aparece como una fuerza creadora, violenta y absoluta, la mujer como capacidad comprensiva, receptiva, que desarrolla y refleja tal fuerza.

El sol, el viento: fuerza y violencia.

La tierra, el verde: absorción y fecundidad.

Para un desarrollo gradual del sentido de la naturaleza, es bueno ante todo buscar de hacer resonar en nosotros sus diferentes voces, siguiendo su desarrollo en la respiración anual, desde su florecer en la primavera, hasta la plenitud, hasta la madurez, el declinar, hasta su breve y aparente letargo, que es profundo recogimiento y preparación. Dirijámonos pues a observar el ambiente en el cual se vive.

Cada objeto posee, en su forma, una huella particular que le da su

profundo significado y puede suscitar un desarrollo indefinido de ideas, de impresiones, de experiencias interiores, que varían también para cada individuo, de acuerdo a sus particulares actitudes.

Se note por ejemplo que no se percibe el *color*, sino la forma de algunos objetos *coloreados*: una primera idea del color informe puede ser sugerida por la fluctuación de velos coloreados, si bien la imagen sea todavía muy inadecuada a la realidad trascendente del color.

Es oportuno recordar cuánto influya sobre el espíritu la gama variada de los colores: el sentido de descanso que ayuda a concentrarse puede ser dado por el azul y por el verde, en graduaciones tenues, no por el rojo o por el blanco. Varios son los aspectos de los paisajes en estaciones o regiones: un gélido paisaje lunar, un paraje alejado, un desierto infinito, no suscitan las mismas impresiones que un valle floreciente en el verde primaveral, que campos fecundos en mieses, o que dulces lagos tranquilos. Se intuye cómo la índole de los habitantes varía en las diferentes regiones: los poetas muchas veces sienten y traducen en sus poesías paisajes que son verdaderos y propios estados interiores.

Es sabido que la forma física de los hombres, su perfil, su sonrisa, pueden revelarnos la índole, sus virtudes y vicios. Si la forma física observada es la nuestra, con profunda maravilla notamos que fijándonos largamente en un espejo, casi reconociéndonos a tientas, pensamos: a través de este cuerpo, a través de este rostro, Yo me soy manifiesto a mí mismo y a los otros. La mano tiene una expresión profunda casi como el ojo que revela si la persona está o no cerca de nosotros. Algunos tienen la posibilidad de conocer a fondo a otro, sólo después de pocos momentos o pocas horas de conversación. Acontece a veces un hecho simple y maravilloso: entre una turba, en un lugar cualquiera, una persona siente en sí la improvisa revelación de la esencia de otro que, naturalmente, no es para nada conciente de ello, en aquel momento; y la impresión que se prueba en tales casos es tan espontánea como *verdadera*. Mucho puede revelar también la voz humana: se escucha gustosamente un bello canto, en el cual una voz despliega sus varias tonalidades y modulaciones: si el canto o la voz es nuestra se tiene la perfecta sensación de un desdoblamiento, de una persona que hable, actúe y de otra que observe; ello no se advierte habitualmente puesto que cuando se habla se sigue el propio pensamiento, no se escucha la propia voz.

En particulares momentos espirituales, en la soledad perfecta, invisibles vidas transhumanas se manifiestan; el espíritu puede advertirlas, pero ello no es siempre ni de todos. A veces, solos en nuestra pieza, leemos o es-

cribimos; en un determinado momento puede acontecer de no sentirnos más *solos*; a veces la presencia de la entidad que se acerca es tan netamente advertida, que se está casi obligados a mirar hacia una determinada dirección, en donde se siente a *alguien*, invisible, observar; se tiene a veces el impulso de inclinarse, y se comprende entonces estar en presencia de Entes superiores —y a la maravilla le sigue un sentido de paz, de profunda calma interior, de mayor firmeza. El espíritu parece elevarse, impulsado por un golpeteo de alas invisibles. Se advierten estas presencias improvisamente, involuntariamente, pero ellas están casi siempre precedidas por un período de gran pureza de la vida exterior e interior.

Acontece a veces sentirse llamar por el nombre, sea cuando se está despiertos, como en el sueño. ¿De parte de quién?

Se puede advertir la presencia de seres bien diferentes de los arriba mencionados, seres existentes muy cerca del hombre, de modo tal de comunicarle con mucha facilidad repentinos miedos, o diferentes y raras e inexplicables impresiones; alguna vez parece sentir como grandes bocas que ríen a su alrededor, en una miedosa actitud de burla de parte de tales seres, no invisibles, sino no vistos por el ojo vulgar.

Del mundo invisible puede ser comunicada, a veces como una ola de improviso terror, vértigos de abismo bajo los pies, el pánico gélido de lo oscuro, de la soledad en un lugar vasto, el terror de improvisas y horrendas visiones: manifestaciones todas del mundo del Miedo existente más allá de los límites de la conciencia humana: y entonces o el espíritu es tan fuerte de poder subsistir firme, indoblegable, y vencer escapando de toda sombra, o el Miedo, como un fuego alimentado por el vertiginoso viento, se abate con consecuencias en diferentes modos graves.

El sueño no es sino una pausa, una sombra entre la luz del dormirse y del redespertar. Nos despertamos reposados en el cuerpo, pero se tiene muchas veces la impresión de haber estado por algunas horas despegados de la vida y no se recuerda nada, salvo caóticas imágenes de sueños. Otras veces, en vez, nos despertamos serenos, diferentes, y podemos casi decir de no haber dormido puesto que ha habido en nosotros, mientras estábamos con los ojos cerrados, una *vida*. Tenemos dos vidas que nos quitan de la vigilia cotidiana: por una el cuerpo reposa y el espíritu, aprisionado en la materia, en ella reposa, y entonces se tiene al dormirse la sensación del abandono, del descenso en la nada; la segunda, mientras el cuerpo duerme estando en vigilia, conduce al espíritu más allá, hacia una luz, a través de los espacios infinitos, y el cuerpo tiene un sentido de frescura que

reposa a pesar de cualquier cansancio físico. Es en este estado de conciencia, que no es vigilia, ni sueño en el sentido común, que numerosas visiones aparecen, aéreas, luminosas, fulgurantes en belleza o monstruos innombrables, formas humanas, comunísimas, empeñadas en los más extraños trabajos, que quedan a un lado de repente para fijarnos con una mirada que nos da una extraña impresión, casi como de *sobresaltarse*. Así pues, hasta cuando no se haya alcanzado una cierta armonía a través del ritmo del Rito, se tienen visiones muchas veces desligadas y caóticas, que paulatinamente se coordinan y se forman en manifestaciones visibles de un simbolismo vivo y lúcido, cuyo significado profundo, al manifestarse, esclarece tantos porqués, tantos misterios inexplicables para la mente humana.

En tales *zonas* el espíritu no firme lucha, pasa vertiginosamente a veces de un estado a otro, se abisma en báratros inanes, tenebrosos, para surgir, a través de largos y tortuosos caminos, a la luz que lo penetra y lo encierra en sí mientras él mismo es transformado plenamente en un cuerpo luminoso.

Alguna rara vez pueden manifestarse personas vivientes, cercanas a nosotros por afinidades espirituales, con fisonomía sumamente diferente. Más fácilmente se tiene la percepción de un desdoblamiento: aparece como una visión de nosotros mismos reflejada en un espejo, o en una sutil hoja de vidrio; a veces la visión es clarísima y la forma está completamente exteriorizada: a veces el rostro asume una expresión altamente espiritual, otras el *doble* nos fija con ojos que parecen dilatarse desmedidamente: lo profundo del ser nos sobresalta entonces a través de un temblor de frío. Algunas veces visiones y símbolos nos son explicados por el Ignoto que nos guía y nos habla, invisible. Con el progreso, nos damos cuenta de que visiones y símbolos se presentan con un desarrollo armónico, con un lazo, un maravilloso nexo entre ellos, muchas veces también en relación con acontecimientos de nuestra vida pasada o futura. Muchas son también las percepciones luminosas externas o internas: innumerables chispas, luz difusa alrededor, globos luminosos, hasta la visión del ojo *astral*, grande y luminosamente rojo; fijándolo se pierde completamente la percepción de un ser particular distinto, para llegar a ver y sentir al Universo en nosotros, más allá de los límites del tiempo, del espacio y de las cosas.

Entre los llamados más notables se encuentran las voces misteriosas que surgen de lo profundo, en instantes de abstracción, o cuando menos las esperamos, mientras se conversa o se trabaja. De las hondas profundidades del ser surgen tenues e improvisos resplandores, para iluminar un mundo en una época conocido, pero luego extraviado en el recuerdo; surgen

como voces y palabras de las cuales no se comprende el significado, pero cuyo sonido parece hacernos más felices y mejores: el alma escucha esta música lejana, embriagándose de ella, mientras que la mente se pierde inútilmente detrás de los porqués sin respuesta, adentro de los inviolables límites que sólo el espíritu puede trascender.

Al escuchar tales voces, se tiene a veces el deseo de buscar un absoluto silencio alrededor, de hacer callar también los latidos del corazón, para que se puedan percibir las fugaces armonías de las esferas cósmicas. Se puede escuchar también el *sonido* del propio corazón.

A veces cuando no se percibe más ningún ruido, se *siente* en el silencio otro Silencio, y el corazón se sacude como si palpitara por los sonidos del aire. Instantes: el Silencio surgido de lo profundo nos ha por un momento casi desapegado de la vida, habiendo cesado todo sonido externo, todo pensamiento, se tiene la sensación de la soledad, de la libertad en el centro del universo. Entonces, volviendo a entrar en nosotros, nos sobresaltamos advirtiendo el transcurrir del tiempo, el fluir de la ola de vida: es un pálpito de vida eterna en contraste con la vida de mortales lo que se vive.

A veces nos parece sentirnos fluidos como la ola: se tienen *fijaciones* de pensamiento, durante las cuales algo leve, tenue, dulce, surge desde lo profundo, para aflorar en los límites de nuestra sensibilidad; lo que se prueba entonces es semejante a la sensación de quien se abandona, supino, en el agua y siente fluir lentamente el fresco de la misma.

Alguna vez tal sentido de desapego es más neto: se tiene la impresión del vuelo a través de inconmensurables espacios, sin otra percepción que el sentido ascensional, la ligereza de estar suspendido en el aire, completamente libres de todo lazo corpóreo —un instante de alivio, como una gran respiración tras un momento de opresión— y el ser, habiendo abandonado los lazos que lo atan a la tierra, permanece libre en su reino, en el reino del espíritu. Indecible entonces es el estado de alegría luminosa que invade el ánimo.

—*Haec ad magicum Mysterii portam aperiendam claves.*

Parece a veces no vivir, sino soñar, como si estuviese en nosotros destruida la misma esencia de la vida, mientras que el pensamiento alejado nos escucha vivir, nos observa, como si se tratara de otra persona. Ello acontece muchas veces en improvisos ímpetus de deseo de una liberación que se encuentra aislándose interiormente; pero es necesario ser capaces de este acto interior, de otro modo, en razón de los contrastes irritantes entre la vida real y tal sentido de sueño, se crea un estado de tensión y de sufrimiento agudo.

Recordemos las profundas e inexplicables tristezas de la adolescencia, cuando, apenas cumplido el desarrollo físico, el espíritu parece despertarse: le siguen entonces crisis de escepticismo, de misticismo, etc., que son verdaderas pruebas y conducen a la victoria del espíritu si éste sabe tener fe en una Luz sin rostro y sin nombre, que se fija en sí.

Nosotros en general, sabemos muy bien vivir, existir, pero no ser: podemos afirmar esto, cuando sentimos realmente arder en nosotros una llama del fuego sagrado que anima el Cosmos: nos sentiremos entonces como un punto luminoso, vivo, en el Universo. Y sólo entonces se podrán casi seguramente superar las crisis espirituales que inevitables en nosotros surgirán, similares a olas que recorren por sobre otras olas, siempre más amplias y altas, contra las cuales debe ser opuesta una fuerza de resistencia activa siempre mayor, si no se quiere permanecer sumergidos. Los Fantasmas del extravío oscuro, del vacío sin sonido, del Aislamiento que congela, del no-valor completo, nos bloquearían el camino, tanto más horribles cuanto más inesperados, surgiendo improvisamente sin un lazo lógico con los acontecimientos de la vida de cada día, brotando entre la alegría y el dolor indiferentemente. Se sepa crear en nosotros mismos una fuerza invencible por su misma virtud, y cada fantasma se desvanecerá apenas formado.

Tal fuerza está constituida por la constante voluntad de ser calmos y firmes, de saber alejar cada sombra de tristes o malvados pensamientos proyectados por el elemento más denso; por el saber adueñarse de las olas nerviosas nuestras y de los otros; por haber creado en nosotros la serenidad que a veces nos puede venir de la soledad, de la campiña, de nuestro mundo interior, permaneciendo absortos por todo ello. Sobre la alegría y sobre el dolor, sobre el acontecer del bien y del mal, debe vibrar, centellando invencible, el espíritu, así como sobre el curso de las generaciones humanas, siempre igual y frío, es el centellar de las estrellas.

En este estado de calma espiritual, fluirán a nosotros, desde la naturaleza, desde nuestro mundo interior los innumerables llamados: voces, impresiones, presencias, visiones, estados de ánimo que pueden manifestarse con claridad variada a los diferentes individuos, durante un período cualquiera de vida, abstracción hecha de cualquier norma de la misma, de cualquier Rito; mensajes antes oscuros, descifrados luego por el espíritu, nos revelan un mundo nuevo, real, existente alrededor de nosotros y en nosotros; este conocimiento nos dará una doble vida cuyo devenir continuo y maravilloso nos pondrá en contacto con otros planos de existencia.

Estos llamados, casi siempre intermitentes y caóticos, hasta que el Rito

no los haya armonizado en su ritmo, nos llegan para que, no siendo más esclavos, sino dueños de la carne, nos despertemos espiritualmente: para que nos convirtamos en plenamente concientes de que el espíritu que nos anima es una chispa del gran Fuego que vive en el universo, y que su naturaleza ígnea tiende contantemente hacia lo alto.

LEO

AFORISMOS

Los aforismos que siguen a continuación han sido compilados de acuerdo a la intención expresa en mi escrito anterior. Cada uno de ellos se presenta como un tema de meditación. Persistiendo en esa meditación, ellos podrán dar resultados en forma de *conocimiento.* Son recabados del contenido de mis anteriores escritos y al mismo tiempo ayudarán para una comprensión y una penetración más íntima de ellos.

La certeza de la *irrealidad* de los límites de nuestro cuerpo y de nuestra actividad interior es el primer paso hacia la extensión de la conciencia.

*

Extender el sentido de la realidad exterior a las más sutiles mutaciones de la conciencia, afina la actividad interior.

*

El sentido de potencia debe ser proyectado en un impulso hacia el porvenir. Sentirlo en el presente es un detenerse.

*

El hombre se continúa en el cosmos y el cosmos en el hombre. No es posible sentirse realmente a sí mismos, si no nos sentimos extendidos hacia afuera; no es posible penetrar espiritualmente en el mundo sin partir del centro de nuestro ser y continuarse luego hacia el mundo.

*

El hombre sintetiza en sí mismo aquello que en el mundo se ha desarro-

llado en el tiempo. La síntesis de los acontecimientos en él se recoge y se convierte en un hecho actual en su conciencia; vence así la limitación del tiempo.

*

El hombre posee relaciones constantes con el mundo: en el fondo del propio ser él puede hallar el lago que le prueba la continuidad de tales relaciones y la realidad espiritual de aquello que lo circunda.

*

La entidad humana es también una entidad cósmica; abstrayendo del mundo sensible y manteniendo la plenitud de la conciencia, a través del silencio, ella puede llegar al conocimiento de la esencia cósmica.

*

Una experiencia cósmica es la realización del sentido de duración del propio ser en una coparticipación con el devenir cósmico *sub specie aeternitatis.*

*

En todo lo que se mueve, brota, crece, cambia y muere, es necesario presentir una fuerza invisible. Ningún acontecimiento de la naturaleza comienza o concluye por causas intrínsecas a la misma naturaleza.

*

En la contemplación de la naturaleza el sentido de la belleza es un presentir aun unido a un maravillarse e ignorar: más adelante se completará con el conocimiento.

*

El ritmo es una ley universal. El sentido del ritmo en el hombre y en el mundo, el armonizarlos, produce un redespertar de la conciencia y revela lo oculto de la vida.

*

No nos podemos acercar fríamente a lo oculto. Toda el alma debe estar lista para vibrar, admirar, gozar. Sólo en la plenitud puede florecer el conocimiento.

*

Lo infinito y el sentido de desarrollo tienen que convertirse en cualidades ínsitas de nuestra conciencia: no nos podemos acercar al mundo sin este sentido viviente en nosotros. Sin este sentido de crecimiento, de movimiento ascendente, de ritmo, nosotros permanecemos retrasados respecto de nuestro problema. La revelación de lo invisible puede ser recibida sólo por seres eternos: quien se siente a sí mismo con un principio y un fin no podrá nunca *conocer.*

*

Nuestro cuerpo y nuestro cerebro son dos "malos conductores" respecto de las experiencias espirituales. Debemos realizar su cualidad de obstáculos y vencerla con un acto interior. Cuando el cerebro comprende, capta e intercepta aquello que se le presenta e impide que el mismo entre en comunicación con los centros sutiles: sólo lo que es repetido y ritmizado puede pasar a la conciencia espiritual supracerebral.

*

El sentido de libertad en el cuerpo es relativo e ilusorio: no se puede experimentar la libertad si no es en la conciencia que olvida el cuerpo, que no siente el cuerpo.

*

La imaginación no es —en nuestro campo— autosugestión. Imaginar es crear. Cuando se puede prever o captar un estado de conciencia, y fijarlo en la imaginación, se tiene el primer paso de la realización. La imaginación y la realidad se encuentran entonces y coinciden en los centros del conocimiento oculto.

*

Los órganos del cuerpo físico tienen una función fisiológica accesible en parte a la indagación científica, y una función de las relaciones con un cuerpo sutil, vehículo de la vida. A través del mismo, tienen otro orden de relaciones con un tercer cuerpo de naturaleza superior. Estas vías son recorridas por la percepción sensorial y por la extrinsecación motora de los impulsos. La conciencia normal recibe y da sólo aquello que el cerebro puede transmitir: la actividad espiritual evita en vez al cerebro y pasa por otros órganos, en los cuales la conciencia del hombre normal no puede aun establecerse.

*

Cuando en el hombre normal la conciencia desde el cerebro cansado pasa a otros órganos, ella se oscurece y se produce el sueño[1]. Contemporáneamente la polaridad del cuerpo de vida (cuerpo sutil) y del cuerpo espiritual cambia.

*

El iniciado puede mantener la conciencia en su pasaje del cerebro hacia otro órgano; entonces se convierte en conciente de mundos suprasensibles que el hombre normal reviste de sueños. Si logra mantener la polaridad de los cuerpos e impedir el desapego, tiene una visión de aquellos mundos en estado de vigilia.

*

La reparación de las fuerzas en el sueño no es sólo debida al "reposo", sino a otros dos factores: el uno es el cesar de la tensión de la conciencia de vigilia ante el mundo material; el otro es el contacto con fuerzas ocultas creadoras con las cuales volvemos a entrar en relación durante el

[1] Por esto muchos, al comenzar las primeras prácticas iniciáticas, sucumben a un sentido casi de ensueño y de evasión, dado justamente por su conciencia que permanece detrás respecto del cambio de plano que ya se menciona. Y no falta quien, a partir de interpretaciones equivocadas del fenómeno, es inducido a no ir más allá.

sueño. Son las fuerzas que nos han organizado el cuerpo material y que solas son capaces de tenerlo junto y de reparar sus pérdidas.

*

En la vía iniciática, junto a los grandes misterios, hay pequeñas verdades, simples métodos de afinamiento interior que pueden conducir muy lejos.

Muchos tienen la posibilidad de adquirir el conocimiento espiritual y no se dan cuenta porque buscan vías sensacionales y demasiado lejanas de su actividad cotidiana. Con lo que ha sido comunicado hasta ahora se puede proceder por un buen trecho hacia la realización esotérica. Se trata de usar paciencia, perseverancia y agudeza de observación. Muchos pasan cerca de las revelaciones capaces de transformarlos profundamente, pero no se dan cuenta, puesto que irán demasiado lejos en búsqueda de fantasmas sensacionales.

*

La conciencia espiritual es perenne, continua y siempre activa; es necesario sentir el oscurecimiento del sueño como una pausa debida a una limitación temporánea.

*

Cada acto humano debe ser una preparación o un encaminamiento hacia una conciencia superior: es ésta la base sobre la cual el hombre debe organizar su vida normal.

*

El hombre está compuesto: de un cuerpo material que él ve, siente y percibe; de un cuerpo vital que lo mantiene junto; de un cuerpo sutil por medio del cual ve, siente y percibe; de una esencia espiritual, centro de todo su ser. De esta composición él debe tener en cuenta cuando dice "Yo".

*

Cada vez que dice "Yo" con la imagen subconciente del solo cuerpo material, el hombre se aprisiona a sí mismo y oscurece el mundo externo.

PEDRO NEGRI

AVENTURAS Y DESVENTURAS EN MAGIA

La literatura mágica antigua y moderna, para quien se tomase el trabajo de repasarla a fin de inventariar su parte anecdótica, presenta una vasta colección de experiencias y de empresas coronadas por brillantísimos éxitos, y ofrece en vez una cantidad más bien escasa de derrotas, de fracasos y de chascos. A juzgar por los relatos de sus aventuras, se diría casi que los magos sean parientes cercanos de los cazadores y de los escaladores de montañas, los cuales, como se sabe, triunfan siempre en sus relatos con relación a todas las fieras o cumbres con las que les haya tocado toparse. Es bien cierto que el relator no olvida enumerar y magnificar los obstáculos que se interponen y los peligros que incumben al audaz indagador y experimentador, pero todo ello es dicho casi siempre a la manera de una saludable admonición y enseñanza en aras del lector catecúmeno y, por más que el que escriba parezca o se mande la parte de no tener conciencia de ello, todo esto se resuelve en definitiva en una autoexaltación de la gran capacidad y maestría del mago diestro, el cual, *mirabile visu*, en medio de la selva de las dificultades, procede solemnemente seguro y triunfante, así como la salamandra procede solemnemente *per ignes.*

Por lo tanto, para variar, los lectores podrán quizás también valorar la siguiente verídica, honesta y modesta relación acerca de la derrota padecida por un amigo nuestro. He aquí el relato, al cual no agregamos ni quitamos nada:

VERÍDICA HISTORIA DE UNA INVOCACIÓN MÁGICA HECHA EN ROMA EN EL DÍA DEL EQUINOCCIO DE PRIMAVERA DE 1927.

Aquella noche, a diferencia del Príncipe de Condé antes de la batalla de Rocroy, no dormí casi nada. Había más bien cargado el despertador poniéndolo a las tres de la mañana, pero no alimentaba excesiva confianza en ese antipático aparato de resortes y ruedas, sabiendo por experiencia que podía saltearse la hora establecida, salvo luego hacerlo doce horas más tarde en una interminable e intempestiva llamada. Por lo tanto, luego de

dos horas de sueño, varias veces interrumpido para consultar el reloj, me desperté por mi interior incitativa antes del despertador, el cual, es justo reconocerlo, cumplió sin embargo con su deber con mi relativa satisfacción y con suma alegría sin duda de mis vecinos de pieza. Los cuales, por lo demás, no merecían demasiadas atenciones. En efecto, había iniciado las operaciones preliminares con el último plenilunio; y, por cuanto no hubiese hecho por cierto mención de ello, mis vecinos habían husmeado alguna cosa extraña, y en su incomprensión se habían naturalmente ingeniado en ponerme entre las ruedas todos los bastones que podían. A decir verdad, no habían tan sólo husmeado, sino que incluso habían comenzado a oler los más variados perfumes que, no obstante toda precaución, emanaban de mi pieza por los sahumerios ejecutados en las operaciones del rito; y especialmente por los sahumerios de azufre, se había permitido, el vulgo profano, incluso protestar. Una noche, a través del agujero de la cerradura que me olvidé de tapar, y en el medio de una espesa nube de humos y de perfumes, fue entrevisto un loco o un enloquecido, que, decía cosas incomprensibles. Y más todavía creció la alarma cuando el loco tomó la costumbre de salir casi todas las noches hacia las tres para volver a dormir hacia las seis o siete...

Cuando la borrasca infernal del despertador tuvo finalmente fin, me aboqué a las habituales operaciones del rito ordinario, que no es ahora el momento de referir aquí; y, terminadas ésas, hecha la ablución del rito, absorbido de prisa un café, me vestí rápidamente para dirigirme al lugar elegido con anticipación y preparado para la invocación. Con semejante raza de prójimo, en efecto, no había siquiera que pensar en proseguir las operaciones de rito en mi pieza. ¿Cómo habría podido explicar y justificar los eventuales y no ocultables fenómenos, movimientos de objetos, ruidos, voces, *conversaciones*? Y ¿cómo habría podido proseguir en la empresa durante los días y las semanas siguientes? Mejor, mucho mejor, hacerse tiempo de noche para un paseo de veinte minutos y dirigirse a nuestro subterráneo, en donde por lo menos podía estar seguro de que nadie me habría visto, sentido y molestado.

En verdad, la entrada de mi subterráneo no era demasiado cómoda; era necesario descender en el subsuelo y luego inclinarse en la tierra para atravesar a gatas un estrecho pasaje practicado a propósito en una antigua muralla de tres metros de espesor; pero una vez recorrido, arrastrando la panza por la tierra y la espalda por el muro, el estrecho paso terminaba en una serie de inmensas, altas y solitarias salas subterráneas. También de

día reinaba allá abajo una profunda oscuridad y un silencio solemne. Justo en el fondo y en el medio de una vastísima sala, descendiendo todavía por una pendiente de algún metro, se entraba en una amplia cripta, larga una quincena de metros y alta más de dos, aislada doblemente de lo exterior, perfectamente oscura y silenciosa, sin otra apertura que la de la entrada.

En el fondo de la cripta desde la noche anterior había predispuesto todo lo que era necesario: la lámpara que llena de puro aceite de oliva, colgaba del techo, el bracero en su lugar, la orientación determinada, marcados en el piso los puntos en donde iban trazados los caracteres mágicos, listo y a mano el carbón para el bracero y para el trazado de los signos, la espada yaciente en el desván. La cripta estaba más bien privada de puerta, pero poco importaba puesto que nadie podía entrar en el subterráneo. Por lo demás, también si un hipotético e inoportuno visitante hubiese podido atravesar ese pasadizo y el laberinto subterráneo llegando hasta la vasta sala que contiene la cripta, se habría seguramente detenido al ver aparecer repentinamente el reflejo de la claridad misteriosa que la lámpara mágica proyectaba en la oscuridad de la sala a través de la entrada de la cripta: puesto que este resplandor tenía un carácter tan espectral de causar impresión también sobre el que conocía su origen. ¿Y quién habría osado avanzar vislumbrando en el fondo de la cripta el agitarse en un halo de humo un blanco fantasma armado de espada?

Desde la misma vigilia, para no olvidar nada, había preparado todo lo que debía llevar conmigo: la llave del subterráneo, una lamparita eléctrica, los fósforos, la bata de puro lino, los perfumes del rito, etc. Puse en los bolsillos todo lo que entraba, hice un bulto con lo remanente y salí. La noche era fresca y serena; cada tanto la luna aun alta se hacía ver a través de las calles solitarias. Por una curiosa, rara y favorable combinación la luna llena había caído justo tres días antes, los tres días requeridos por las operaciones preliminares, de modo que podía dar inicio a la invocación justo cuando el sol entraba en el primer punto de Aries, para terminarla en el primer plenilunio de primavera, coincidente esta vez con el día de Pascua.

Me dirigí con buen paso, de modo de vencer el fresco de la noche, de modo de no perder tiempo puesto que había que operar antes del alba. Roma callaba alrededor ampliamente, sólo algún auto y más escasamente el ruido del tranvía nocturno rompían el alto silencio, inminente sobre las vías solitarias, el foro, las ruinas grandes de Roma. Por lo demás, menos gente hallaba y tantos posibles problemas de menos. Con estos claros de luna a las tres de las mañana con un bulto sospechoso debajo del brazo podía

también llamar la atención de alguno. La perspectiva de tropezarme con alguien en la ronda nocturna me mantenía un poco inquieto, tanto más que para colmo no tenía encima mío el documento. ¡Qué hubiera podido decir para explicar adónde iba, qué hacía y por qué llevaba conmigo en aquella hora inverosímil aquel paquete con objetos extravagantes! También por esto apuraba el paso: todavía una plaza para atravesar, luego tomo esa callejuela, doblo en la esquina y... voy a parar justo frente a dos agentes de policía y un comisario. Pero por suerte la costumbre inveterada de dominarse siempre y de dominar siempre funcionó en forma automática; no me sobresalté en lo más mínimo, no atraje la atención y retuve por cierto que la idea de detenerme y de interrogarme no habría siquiera pasado por la mente de ellos; así pensé, así quise, y así aconteció.

Minutos después entraba en el subterráneo; los obstáculos miserables habían sido superados; por lo menos así parecía.

La lámpara, el bracero, la espada, el carbón, todo se encontraba en su lugar en orden. No hacía frío allí abajo, pero la humedad alcanzaba los huesos. Los fósforos dejados la noche antes se habían convertido en inservibles; menos mal que había tenido el buen sentido de llevarme conmigo otra caja. También las mechas de la lámpara mágica habían sentido la humedad y tardaban en tomar fuego, pero luego, una vez prendidas, las tres llamitas funcionaron a las mil maravillas; no había y no podía haber un hilo de aire que las agitara y ellas difundían alrededor una luz cálida, tranquila y suficiente para el fin.

Encendida la lámpara, paso al bracero. Lo enciendo y lo llevo afuera de la cripta en un lugar más apropiado y a la luz de dos velas me apresto a encender el carbón. El asunto se presenta más bien serio; el carbón en pocas horas se ha impregnado de humedad y no quiere saber nada de encenderse; también las pantallas se han resentido de la humedad y están fofas; pero sopla y resopla, con la pantalla y con los pulmones, finalmente este accidente de carbón se decide a tomar fuego: ya no se trata sino de mantenerlo encendido. Pero mientras tanto ha transcurrido más tiempo del que había calculado.

Me desvisto rápidamente, endoso la bata, y desciendo a la cripta llevando conmigo el bracero y teniendo cuidado de avivarlo cada tanto. Tomo los perfumes del rito, y pongo un poco sobre los carbones en brasa; del bracero se eleva inmediatamente un humo espeso y aromático, pero que no es tal de ofuscar notablemente la luz de las llamitas que siguen quemando tranquilamente. Y mientras el perfume del sahumerio sigue expandiéndose

alrededor, tomo un carbón y trazo con el mismo en el piso en los cuatro puntos cardinales los caracteres mágicos del rito, luego en el medio, siempre con el carbón, trazo el signo de la operación. Arriba de este signo pongo el bracero del cual se eleva entonces algún espiral de humo. Finalmente estamos. No me queda sino tirar otro poco de perfume sobre el fuego y proceder a la invocación.

Me reconcentro un poco y de repente, ante la mente desde ese entonces absorbida en las varias cuestiones y dificultades materiales que he referido, se presenta neto el pensamiento de todo lo que estoy por intentar. No tiemblo ni hesito, ¿pero no es quizás excesiva mi audacia, de elevar la mirada aun terrestre hacia lo alto, hacia una tan elevada potencia de la jerarquía solar? Sí por cierto, la audacia es grande, pero una razón en más para actuar en forma resuelta y decidida. Y en seguida, puesto que este maldito carbón ha jurado hacerme lidiar. Si se apaga, adiós sahumerios y adiós invocación; el tiempo me faltará para reencenderlo, ni por lo demás puedo cambiar el orden de las operaciones. Me agacho hacia la tierra, tomo la pantalla, soplo con toda la fuerza de los pulmones: allá, sea alabanza a los Dioses, el fuego retoma y libera luz y calor.

Lanzo otro poco de perfume sobre el fuego, tomo ritualmente la espada, me pongo los anteojos, tomo con la izquierda un rollo de papel preparado especialmente en manera de poderlo desplegar usando una sola mano para leer la larga invocación escrita encima, me doy vuelta hacia oriente, pongo la espada en dirección del signo de la operación y bien conciente de cuanto hago, comienzo lentamente y fuertemente a decir: "Potencia suma de toda potencia...". constato con placer que la luz de la lámpara me permite continuar a mi voluntad las palabras de la invocación y que todo está funcionando bien. ¿Pero qué sucede? ¿Qué es este viento? ¿Justo ahora se levanta para agitar las llamas y molestar la lectura? ¡No veo más! ¡Por todos los Dioses del Olimpo, se me han apañado los anteojos! Se entiende, he transpirado a causa del maldito carbón, y ahora por la transpiración, con esta humedad, acontece una precipitación de vapor acuoso, las gotitas permanecen pegadas a los vidrios de los anteojos gracias a la adhesión; la explicación física del fenómeno no tiene vuelta de hoja, y yo mientras tanto... no veo más. Tendría que quitarme los anteojos para volver a limpiarlos, pero debería interrumpir la operación, y luego no tengo sino dos manos; la espada, Dios guarde, no para dejarla, sino para no moverla en contra de su dirección; y con la izquierda, impedida por el rollo de papel y por otra cosita, imposible. ¿Y por otro lado cómo se hace para plantar en la mitad con estas potencias

ya desencadenadas? ¡Ves, ves, cómo el viento levanta el humo y agita las llamas! ¡Por todos los Dioses vivientes, que casi se apaga la lámpara!

En un solo instante, a raíz de un miserable pequeño obstáculo, el asunto había tomado un pliego inquietante. Y pensar que aquel buen hombre de Sócrates solía decir que los ojos del alma comienzan a ver claro cuando los del cuerpo comienzan a ver oscuro. Lindo consuelo; pero mientras tanto era mejor si no se me apañaban los anteojos. Aquí el asunto pinta mal. ¿Y ahora, este vértigo improviso? ¿Este malestar profundo? ¡Atención, atención! ¡Calma y atención! ¿Y este temblor? ¿Cómo? ¿Son temblores de miedo? ¡Los nervios, la carne tienen miedo! Tuve en un cierto instante miedo del miedo, miedo de no saber cómo dominar el miedo; vislumbré las consecuencias, me vi paralizado, distendido exánime en el suelo; y reaccioné prontamente. Me repuse en forma neta, con un súbito acto de imperio, decidido a proseguir a cualquier precio y de cualquier manera, hasta el final. Mientras tanto la apañadura se había en parte diluido, y puesto que me bastaba aferrar alguna palabra de la invocación para ayudar a la memoria, pude proseguir hasta el final con algún tropiezo. Pero en la lucha contra las mezquinas e imprevisibles dificultades materiales y con las complicaciones que habían derivado de ello no había podido concentrar debidamente mis energías espirituales y, quizás por esta razón, la invocación no surtió todo el esperado efecto.

Cuando a las seis de la mañana estuve de regreso a casa, entre el sueño y el cansancio, no me sostenía en pié. Y dormí... como el Príncipe de Condé.

A la mañana siguiente, el inconveniente de los anteojos estaba eliminado.

GLOSAS VARIAS

"RECUERDOS" Y "VOCES".

En el cap. X LEO ha hablado de una forma de conocimiento suprasensible que presenta analogías con un *recordar*. El conocimiento se transforma, no se presenta más como una representación mental o un concepto, sino casi como un recuerdo, como algo que surge de lo interno y que nos pertenece. La correspondiente actitud del espíritu se puede educar por medio del siguiente ejercicio: al atardecer se busque recorrer *hacia atrás* el contenido de todo lo que se ha vivido durante el día, o durante una parte del día. No se trata sin embargo tanto de "representarse" en forma separada los diferentes hechos, cuanto de *crear un ritmo hacia atrás*, la percepción activa de una *continuidad* hacia atrás, y de fijarse más sobre el acto que de este modo el espíritu está obligado a cumplir (hasta poderlo reproducir *sin* contenido), que sobre esto es vuelto a evocar.

A propósito de los *mantra* y del oído interior capaz de abstraer del sonido material y de percibir el sonido sutil de las cosas y de las voces, sería necesario comenzar con una disciplina que diferencie, por medio de una *atención activa*, el mensaje ligado a la diferente calidad de los sonidos. El hombre común, a tal respecto es extremadamente distraído: recibe pasivamente y con prisa la vibración física sensorial, la traduce automáticamente en imágenes y en ideas, o bien se identifica con la emoción o reacción que le sigue. Su actitud auditiva, sea respecto de la voz de hombre, de animal o ruido puro y simple, es más o menos la misma. El pasa, obtuso, en medio del mundo de los sonidos. Es necesario en vez educarse en modo de *sentir* en el sonido las cualidades diferentes, de percibir sutilmente aquello que en el sonido deriva de su procedencia de un ser viviente, hombre o animal, o de un simple choque de cosas. Y dirigir la atención sobre este elemento, es más, ensimismarse, dejarlo hablar *a través* del simple sonido, excluyendo todo aquello que puede venir de nosotros mismos. Ello significa ya *despertar* en una cierta medida el oído y darse cuenta del estado de sordera en el cual el mismo antes se encontraba.

Acerca de la parte práctica de la doctrina hindú de los *mantra* se puede resaltar que la misma tiene, en buena medida, correspondencia con el uso

de los *dhikr* en el esoterismo islámico. Sobre este último se pueden hallar detalles en los escritos de AL-GHAZZALI. El *dhikr* puede estar simplemente constituido por un "nombre divino", por el mismo *Allah*, o bien por la forma aun más abstracta *hu* ("Él"). Para la práctica individual es aconsejado el aislamiento ritual, aun con el detalle de cubrirse simbólicamente la cabeza (véase la capucha del monaquismo cristiano). El *dhikr* es repetido ininterrumpidamente (= *japa*) con la mente fija en el mismo, hasta que sobreviene un estado en el cual los labios y la lengua permanecen inmóviles y la repetición se efectúa sólo "en el corazón". Pero también este "sonido" llevado en el corazón tiene una forma suya, forma que es necesario superar, procediendo e intensificando el ritmo, hasta que el mismo resonar del *dhikr* en el corazón cesa, así como ya había cesado su pronunciación material; en el cual punto se desvela el "espíritu" del *dhikr*, su esencia inmaterial (el *artha* de la doctrina hindú) que entonces es realizada como parte esencial del ser del mismo operador.

En el Islam en muchos casos la práctica de los *dhikr* ha perdido mucho de su pureza de procedimiento puramente interior e intelectual y ha asumido forma de procedimiento colectivo, a través de la repetición cadenciada e ininterrumpida de determinadas fórmulas que tienen, en tal caso, un fin en mayor o menor medida hipnógeno, para neutralizar las comunes facultades mentales y propiciar estados extranormales, la cualidad de los cuales puede sin embargo ser dudosa si la totalidad del procedimiento colectivo no es controlado por un Maestro, o por un *sheik* calificado.

Hay que resaltar por lo demás que el uso, es más, el abuso de la liturgia en algunas Órdenes cristianas que se dicen contemplativas (por ejemplo los Cartujos y los Carmelitas) tiene aproximadamente este segundo significado. No es un procedimiento mántrico al estado puro, siendo prácticamente imposible *realizar* las fórmulas litúrgicas de acuerdo a su eventual dimensión interna en su secuencia variada e ininterrumpida que lleva horas y horas. El proceso apunta más bien y justamente a aquello que en términos hindúes se denominaría como la "muerte de lo mental" ("muerte del *manas*"), es decir, a la neutralización de la mente, suponiéndose que, al ser alcanzado este estado, pueda verificarse una manifestación de la gracia en el sentido de una iluminación espiritual. La práctica de la repetición de nombres divinos en un sentido, en vez, afín con el procedimiento activo indicado por AL GHAZZALI, fue más bien seguida por la Iglesia de Oriente; parece haber sido parte integrante del denominado *Hesicasmo*, en el cual, entre otras cosas (como por lo demás en algunas escuelas islámicas y en

la India), ella se asociaba también a prácticas con la respiración. Más marcadamente y con más precisa intención mágico-iniciática, la práctica mencionada se reencuentra en fin en el cabalismo.

Decadencia de la Palabra

Todavía a propósito de los *mantra* en su aspecto ahora de *lengua universal* y de *lengua esencial* podrían ser desarrolladas consideraciones variadas acerca del origen de las lenguas en general. En JOSEPH DE MAISTRE, en sus *Soirées de St. Petersbourg*, se pueden leer a tal respecto consideraciones interesantes. Allí donde la filología profana no dé lugar a una ciencia sagrada del lenguaje, muchas puertas, en relación con lo que la palabra significó en las civilizaciones de los orígenes y a lo que se conservó de ella en tiempos sucesivos bajo la forma de fragmentos mezclados con detritos de todo tipo, permanecieron cerradas. El proceso de caída de la palabra por lo demás no se refiere sólo al pasaje al estado en el cual es comprendida de ella únicamente su forma material, particularizada y espiritualmente vana, sino que se lo puede rastrear en el dominio de esa misma palabra decaída, porque si hubiese necesidad de una prueba suplementaria acerca del hecho de que el desarrollo de la humanidad no ha sido una "evolución", sino lo contrario, una tal prueba sería dada por la manifiesta pobreza, inorganicidad y superficialidad de las lenguas modernas en relación con las antiguas, en donde una cierta conexión con las lenguas sagradas estaba aun presente. El límite extremo de una lengua totalmente bidimensional, practicista, estenográfica, más que ser verdaderamente articulada, está quizás constituido por la lengua inglesa moderna, así como no hay duda alguna de que la civilización anglo-sajona en general, al concluirse en los EE.UU., representa el límite del entero "progreso" occidental. Entre las lengua vivas occidentales la que ha conservado más un cierto carácter premoderno, un carácter rítmico-orgánico en su estructura, parece ser en vez la lengua alemana, que por tal vía se diferencia curiosamente de las otras de la misma cepa nórdica. Éste es sin embargo un orden de consideraciones sobre el cual, en este lugar no corresponde explayarse.

Algo más sobre la doctrina iniciática de la inmortalidad.

Acerca de la *doctrina iniciática de la inmortalidad* (cap. V), hay quien ha hallado que, negando aquello que en la religión cristiana corresponde a la noción de "alma inmortal" propia para cada hombre, hemos "disparado más allá del blanco". Aun admitiendo que la inmortalidad como experiencia efectiva para el hombre no es un dato, sino una posibilidad y una tarea, con esto —se nos ha dicho— no permanece excluida la existencia de principios eternos en el ser humano los cuales han existido siempre y han operado siempre en él, sin caer sin embargo forzosamente bajo la luz de la conciencia.

A ello se le debe replicar que, aunque tales principios eternos existiesen de hecho, pero el Yo no se diese cuenta de ellos, y así mucho menos pudiese actuar y asimilarse a los mismos, desde el punto de vista *positivo* y *experimental* de la vía iniciática, a los efectos de su inmortalidad, es como si los mismos no existieran. El consuelo sería análogo al provisto por un materialista que dijese que es verdad que el "alma" se apaga con la muerte, *pero* que la materia que compuso al hombre en cambio subsiste indestructible.

Una mesa por ejemplo puede existir y yo saberlo o no. Pero respecto del Yo no se puede decir lo mismo: no hay por un lado el Yo y por el otro la conciencia del mismo, sino que la sustancia del Yo es la misma conciencia; y su ser es su ser conciente. Por lo tanto no se puede pensar en algo del Yo que subsiste, cuando su conciencia se apaga, casi como la mesa que subsiste independientemente de que yo esté o no allí mirándola. Cuando se apaga la conciencia y el sentido de la autoidentidad, se apaga también el Yo, y lo que puede subsistir, eterno o menos, espiritual o material, no es propiamente él.

Un Yo, del cual el Yo humano no es sino un reflejo, y que puede corresponder al *âtmâ* de los Upanishad y al *purusha* del Sâ*m*khya, se lo ha ya admitido a nivel doctrinal. Pero lo que el hombre experimenta positivamente como su "sí" no es un Yo semejante, sino un reflejo. Si se quiere, no se hable de una disolución del alma en la muerte sino del reflejo que es reabsorbido en el principio trascendente que lo ha proyectado, lo cual, en términos religiosos o panteístas, podría ser también definido como un ser reabsorbida el alma en Dios. Pero habría que convencerse de que, con diferentes palabras, aquí se dice la misma cosa, puesto que entre el Yo-reflejo y el Yo-absoluto no hay continuidad y el ser reabsorbido del primero en el segundo equivale, desde el punto de vista del segundo exac-

tamente a su disolución. Las cosas pueden ir de otra manera sólo cuando hubiese acontecido la integración activa y conciente de la imagen, o reflejo, en su origen, cosa que puede equivaler al fin mismo de la iniciación, en sus diferentes grados.

En cuanto a los otros elementos que sobreviven, dejando a un lado los residuos y el facsímil psíquico destinado el mismo a morir, permanece aquello que la tradición hindú denomina el *karma* y sobre el cual los teósofos han divagado tanto. Pero también lo que se vincula al *karma* no tiene nada que ver con la inmortalidad verdadera, puesto que aquí se trata de un juego de fuerzas impersonales cerrado en la esfera de la existencia condicionada (samsârica). La enseñanza correspondiente es que, como el hombre por generación animal puede dar la existencia a otro individuo diferente de él, al cual se transmite su herencia biológico-filética, del mismo modo sus acciones pueden ser determinadas por una fuerza que será causa de otro ser, las características del cual tendrían una cierta relación con aquellas mismas acciones. Tal es el *karma* y por esto ha sido enseñado que lo que permanece cuando el hombre se disuelve en los componentes singulares que retornan a sus troncos de origen es el *karma*[1]. Pero, tal como se lo ha ya dicho en su lugar, en todo este proceso erróneamente interpretado como reencarnación del "alma inmortal", no hay alguna base para la continuación de una autoidentidad, es decir de un Yo, siendo sobre tal plano la continuidad simplemente imposible. Lo máximo es lo que puede sugerir la conocida imagen de una llama que ha encendido otra: el fuego es el mismo, es la una la que ha suscitado a la otra, pero se trata siempre de *otra* llama respecto de la primera. En el dominio kármico, ésta es la última palabra. Es un orden de cosas a su manera "físico", que no se refiere para nada al destino de la personalidad espiritual.

Mucho más interesantes son, en todo caso, las consideraciones que se podrían desarrollar alrededor del caso en el cual un grupo de existencias y, por ende, de "Yo", puede ser considerado en relación a tantas manifestaciones y encarnaciones (pero no reencarnaciones) de un mismo principio de orden superior el cual, insertándose en la "corriente", en el dominio de la realidad condicionada y contingente, tiende al cumplimiento. Cada una de estas existencias y de estos "Yo" asume en tal caso el significado de un tentativo singular que lleva en mayor o menor media hacia adelante. Graficándolo con una imagen, serían como tantas oleadas de asalto de una

[1] Ver *Brhadâranyaka-upanishad*, III, ii, 13.

única tropa: la una se ha lanzado hacia adelante, alcanza un determinado punto, es segada o dispersada, le sucede otra, le suceden otras que se conducen más o menos adelante que las anteriores, perdiendo terreno o ganándolo. Hasta que, en una de estas oleadas de asalto la realización del fin originario y común a todas *puede* lograrse y la serie entonces se cierra. Considerando pues a estos repartos singulares como representando a los "Yo" singulares y a las existencias singulares, se ha dicho que ni siquiera aquí es el caso de hablar de reencarnación puesto que no es una oleada la que se continúa en la sucesiva, sino que, si ésta ha alcanzado el fin, la misma se pierde y se agota, hallándose la unidad, en todo caso, en otra parte, en la armada cual unidad de la cual forman parte todas y en la única intención que ha informado las acciones singulares. El símbolo ibseniano del "fundidor de botones", el cual justamente funde los botones no logrados para intentar producir mejores, podría aplicarse a este orden de ideas; el cual, con precisa referencia a la concepciones iniciáticas, se encuentra muchas veces en los libros de MEYRINK. El botón logrado y la oleada que alcanza finalmente la meta luego de todas las otras que fueron segadas, tendrían su correspondencia en el ser en el cual se realiza la denominada reintegración iniciática y que hace una misma cosa con el tipo mismo del Despertado.

Inmanencia y trascendencia.

De parte de personas que, habiéndose acercado con interés al dominio de las ciencias esotéricas, muchas veces nos son formuladas preguntas de tal tipo:

"Los seguimos en todo lo que es práctica. Pero no entendemos bien vuestro punto de vista definitivo en relación con los supremos problemas del espíritu. ¿Vuestra enseñanza proclama la *trascendencia*, o bien la *inmanencia?* ¿Y admite un *Dios personal*, o bien no lo admite? Sobre este punto Uds. tendrían que aclararnos las ideas".

Es evidente que tales preguntas se resienten de la influencia de la filosofía, así como de la manera abstracta con la cual los problemas espirituales hoy suelen presentarse. Sin embargo es posible una orientación en tales términos.

Desde el punto de vista experimental iniciático no se formula el dilema: inmanencia o trascendencia, puesto que inmanencia y trascendencia no corresponden a dos sistemas filosóficos a elegir de acuerdo a las prefe-

rencias y en base a las diferentes consideraciones especulativas, sino que corresponden a dos puntos de vista, reales sea el uno como el otro. Aquello que para el uno vale como inmanente, para otro puede en vez valer como trascendente, y viceversa, al cambiar las perspectivas.

Sobre el plano cosmológico y teológico cada verdadera enseñanza iniciática no puede sino traducirse en una doctrina de la trascendencia, puesto que en la una o en la otra forma la misma siempre admitirá un principio que no está agotado por la creación o por la "manifestación", que se encuentra más allá de cada forma de existencia no sólo natural, sino también celeste y divina. Pero sobre el plano práctico, con referencia al hombre y a sus posibilidades, la perspectiva, como se ha dicho, es doble.

Mientras que el hombre permanezca hombre, evidentemente, a menos que su visión del mundo no sea del todo mutilada o trunca, es verdadera la trascendencia: la verdadera espiritualidad debe necesariamente presentársele como "otro", con los mismos caracteres de una lejanía resplandeciente, inaccesible e inhabitable que tiene vetas de hielo para quien permanezca en los valles. Pero en el adepto las perspectivas se invierten, puesto que el suyo es ya el punto de vista de la veta: él ha tomado residencia en el elemento central, metafísico, y por ende, si algo le da una impresión de extrañeza y de distancia, ello será justamente el mundo humano y sensible.

No hay pues que formular el problema de la inmanencia o de la trascendencia, sino más bien hay que preguntarse *respecto de quién* se dice inmanente, *respecto de quién* se dice trascendente. Es necesario fijar el sistema de referencia. Así pues el hecho de que en las enseñanzas iniciáticas y en estas mismas páginas ciertos principios son a veces considerados inmanentes, otros trascendentes, constituye una simple cuestión terminológica, que no se refiere para nada a la esencia para el que entiende.

Pasemos ahora a la cuestión del "Dios personal", es decir "teísta". ¿El esoterismo lo admite? por cierto: pero se trata de ver cómo. En algunas religiones, comprendida la cristiana, el mismo vale como el punto de referencia extremo. Para la enseñanza iniciática, no es así. El "Dios personal" - el Îçvara hindú- pertenece el mismo a la manifestación universal y no debe identificarse con lo incondicionado y lo trascendente, el cual no puede sino ser libre de forma y de persona, aun estando en la base de cada forma y de cada persona, a partir de las formas y de las personas divinas (la Santa Trinidad, los doce dioses olímpicos, la Trimûrti, etc.). Algunos místicos han tenido en sus impulsos este mismo punto de referencia pero en un modo

confuso y agitado. El esoterismo lo tiene en vez en modo claro y preciso. Así pues ni siquiera a tal respecto existen antítesis o alternativas. El Dios personal existe y es verdadero en orden a un determinado punto de vista, el cual sin embargo es jerárquicamente inferior al asumido por cada enseñanza inciática y metafísica completa.

Las antítesis pues a tal respecto no pueden ser planteadas por quien defiende el punto de vista iniciático; ellas pueden surgir sólo por obra de quien quiere absolutizar un punto de vista inferior cual es el punto de vista teísta, no dándose cuenta de las razones contingentes y prácticas que, en ciertas formas tradicionales, han vuelto oportuna una tal limitación del conocimiento. Tales antítesis nacidas de una limitación de conocimiento no podrán valer nunca en el dominio superior iniciático. Y allí donde se insiste tendenciosamente es incluso posible que las mismas delaten influencias sospechosas, no privadas de relación con la "contra-iniciación". Que algunas formas religiosas y "tradicionales" en el sentido corriente, en sus actitudes militantes, apologéticas y exclusivistas, a tal respecto resientan justamente de aquellas fuerzas de obstrucción y de inversión que las mismas denominan como "diabólicas", para muchos puede ser una gran paradoja: pero no por esto las cosas se encuentran en una manera diferente, en especial en nuestros tiempos en muchos casos...

Irrealidad de los cuerpos pesados.

"Si la naturaleza de los cuerpos es no-ser, ¿cuál es pues su materia? Los montes, las piedras, toda la tierra sólida, todo lo que nos obstaculiza, todos estos cuerpos que resisten a los golpes que se les dirigen, ¿cómo es que hay que llamar al ser de todo esto? ¿Y cómo (dirá alguien) lo que no nos ofrece obstáculo, ni resistencia, lo que no es ni sólido y ni siquiera visible -el alma y el intelecto- son verdaderamente seres, seres reales (como Uds., sostienen)?

"Pero incluso en la tierra inmóvil los cuerpos que se mueven mejor son los menos sólidos, y en ello hay algo que desciende de lo alto: puesto que el Fuego es algo que escapa ya a la naturaleza de los cuerpos. Reputo pues que los seres que son más señores de sí mismos ofrecen menos obstáculo, mientras que los más pesados y terrestres, por su ser defectuosos, en tanto *caen*, incapaces de moverse por sí mismos, precipitan naturalmente a causa de su falta de fuerza; y por el hecho mismo de su caída y de su incapa-

cidad de sostenerse, caen sobre los otros; puesto que los cuerpos *muertos* son los más aptos para caer, y cayendo aplastan y hieren; mientras que aquellos que son animados, participan del ser (que es ser activos) y mientras que el ser está en ellos, no tienen incumbencia sobre lo que les está cerca. Y siendo el movimiento como una especie de vida y dando a los cuerpos esta imitación de la vida, el mismo es más en los que son menos corpóreos, puesto que en ellos hay un residuo más grande del ser del cual han decaído. Y, al contrario, por lo que se denomina la "pasividad", nosotros sabemos que todo lo que es más material es tanto más pasivo, como por ejemplo la tierra y las cosas del mismo género. Las cosas menos materiales, si Uds. las dividen, vuelven por sí mismas a la unidad, si nada les ofrece obstáculo: pero todo aquello que es sólido, si Uds. lo dividen, permanece dividido; puesto que en tanto están más lejos de la Naturaleza (de la creatividad naturante), los sólidos poseen en sí menos de la acción de ésta, y permanecen allí donde han sido lanzados, en donde permanecen como aniquilados, puesto que lo que es más material ha caído mayormente en el no-ser y es tanto menos capaz de volver a la unidad. Es pues el hecho de su *caer* lo que convierte en pesadas y violentas unas masas respecto de otras: es su incapacidad de retenerse lo que convierte en más fuerte a este choque de dos incapacidades; no-ser que cae sobre no-ser.

"Nosotros decimos esto para aquellos que ven en los cuerpos a los solos seres reales, en el testimonio de los choques que reciben de ellos; que fundan su creencia en la verdad, en los fantasmas producidos en nosotros por los sentidos. Ellos se asemejan a los hombres que se hacen jugar por los propios sueños, si bien estén despiertos cuando poseen estas visiones irreales: puesto que esas visiones del alma sensorial son visiones del alma dormida. Todo aquello que del alma se encuentra en el cuerpo, duerme; salir del cuerpo es el verdadero redespertar: salir del cuerpo es resucitar".

PLOTINO, *Enéada III,* IV, 6.

La vía equivocada.

"... Este amor (del alma que posee la propia razón —λόγος— afuera de sí misma) es como un tábano atormentado por el deseo no satisfecho, puesto que apenas obtuvo su satisfacción, su indigencia (sustancial) persiste,

en la medida que la perfección no puede resultar de una mezcla (de sí y de "otro"), sino que puede existir sólo en aquello que posee la plenitud en sí mismo por su propia naturaleza. Puesto que lo que es un deseo procedente de una indigencia de naturaleza, aun si accidentalmente encuentra satisfacción, volverá a desear, en cuanto esta satisfacción no es sino un expediente de la propia insuficiencia, mientras que la satisfacción apropiada es únicamente en la naturaleza (autosuficiente) del Logos".

PLOTINO, *Enéada III*, V, 7.

XIII

EA Y ARVO

LA DOCTRINA ESOTÉRICA DE LOS CENTROS SECRETOS DEL CUERPO EN UN MÍSTICO CRISTIANO

Creemos que la "*Theosophia Practica*" DE JOHAN GEORG GICHTEL es la única obra en la literatura mística cristiana en la cual aparece la doctrina esotérica de los centro secretos del cuerpo del hombre. Verdad es que GICHTEL fue discípulo de JACOB BÖHME y que sobre éste indudablemente influyeron enseñanzas esotéricas; sin embargo el trasfondo de la "*Theosophia Practica*" permanece como cristiano, compenetrado del *pathos de la "vía húmeda"* devocional de modo tal que sobre los elementos de un conocimiento efectivo se estratifican las habituales interpretaciones y personificaciones en base a los conceptos de "caída" y de "redención", de "Cristo", "Satanás", etc. Así pues con GICHTEL sobre el tronco de la religión cristiana se adosan enseñanzas que nos fueron comunicadas esporádicamente y en forma muy velada de parte de los mismos esoteristas occidentales. Con las notas que siguen trataremos de dar un esquema sintético que esclareceremos con algún comentario.

La primera edición de la "*Theosophia*" es de 1696 y lleva *anexas* cinco tablas coloreadas, obra DE JOHAN GEORG GRABER, de RINGENHAUSEN. La 1a, 2a, 4a y 5a tienen relación directa con nuestro tema, de modo que es bueno dar en primer término la descripción.

El título común de las dos es: *El Hombre Viviente -Perfecto de acuerdo a los Tres Principios del Ser Divino.* En la primera hay una figura de hombre con un centro luminoso-dorado en medio de la frente que lleva este escrito: *Espíritu Santo*; luego un segundo centro plateado se ve en la laringe con el escrito: *Sophia, espejo de Dios*; un tercer centro, radiantísimo, en el corazón con: *Jesús*; un cuarto centro en el bazo, azul en lo interior, con llamas blancas en lo externo y con la expresión: *Jehová.* En fin hay una gran zona circular oscura con centro en los genitales y con el escrito: *Mundo Tenebroso, raíz de las almas en el Centro de la Naturaleza.* Mientras que las partes de arriba de esta esfera son claras, las inferiores, es decir las piernas, son oscuras.

La segunda tabla representa al mismo hombre visto desde atrás. La cabeza y la zona circular correspondiente a Sophia están esparcidas de estrellas doradas en esta formación: ☋ . Hay un escrito complejo: *Intelecto*; y luego Sentido en la cabeza (○) y *Complexión y Alma sideral* en correspondencia con el centro de Sophia que aquí se sobrepone al ▽ se reencuentra la zona inferior tenebrosa con la expresión: *Infierno, Satanás*, el que ahora contiene cuatro dragones, los cuales lanzan bocanadas de fuego blanco hacia el alma.

La cuarta tabla lleva el título: *El Hombre Terrestre natural tenebroso según las Estrellas y los Elementos.* Es todo negro. Una espiral desde lo alto de la cabeza, en donde se encuentra un centro con el signo ♃, desciende en un centro entre la vejiga y el plexo solar con ☾, se vuelve a elevar hasta un centro en el medio de la frente con ♃, redesciende en un centro en el bazo con ☿ y luego continúa a envolverse tocando un centro en la base del cuello con ♂, otro próximo al hígado con ♀ concluyendo en el corazón, en donde se distingue una serpiente envuelta alrededor del Sol ☉. Los centros ☿, ♂, ♄ enteramente son rojos, los otros blanco-oro. Aparte la tabla lleva el escrito: *"El Elemento del Fuego △ reside en el corazón —del Agua ▽ en el hígado— de la Tierra ⊽ en los pulmones— del Aire ⊼ en la vejiga".*

La quinta tabla lleva por título: *"El Hombre Regenerado en su nacimiento*

interior, de acuerdo al corazón, a partir del Cristo que ha completamente aplastado a la Serpiente". El hombre, aquí, está partido en dos por una línea que desde la espalda derecha desciende en medio del pecho y dobla a la izquierda terminando bajo el fémur izquierdo. La parte derecha es negra, la que está a la izquierda, superior, que comprende la cabeza y el brazo izquierdo es clara. Hay sólo cuatro centros, en la parte clara: uno en la parte alta de la cabeza, rojo con ☩; uno en medio de la frente, blanco-dorado, con 24; uno en el corazón dibujado en rojo en su forma a ∇ que destila sangre, radiante en una luz más vasta, blanca, con encima una paloma con las alas abiertas (así que, esquematizando, se tendría ☩∇) y con el escrito: JESÚS; en fin, hay un globo rojo morado, sin signos ni aureola, en correspondencia con el bazo.

Veamos ahora como orientarnos en el medio de todos estos símbolos. Se trata del proceso de la *palingénesis* en su aspecto esotérico, y el simbolismo general corresponde bastante al de diferentes tradiciones, en particular la hindú. El punto de partida es un "hombre negro hecho de pecado", el cual en medio de la regeneración se transformará en un "hombre de luz". GICHTEL sigue la vía mística, pero hasta el punto de no comprender que la transformación no debe limitarse a la mera "alma", sino abarcar también al cuerpo. He aquí que dice: "No recibimos una nueva alma en la Regeneración, si bien un nuevo cuerpo; y el alma así no tiene necesidad de salir por un nuevo parto, sino sólo de una renovación y de una conversión desde lo externo hacia lo interno para que haya Renovación en medio de la "pura divinidad" (T.P. cap. III, 25). El hombre nuevo y redimido es el que pasará de un grado y desde un elemento a otro en su cuerpo, operando una cierta transformación, hasta el pleno desarrollo de un nuevo cuerpo (III, 24). El cual —agrega GICHTEL (III, 5)— "difiere del primero así como el sol resplandeciente de la tierra oscura; y si bien se mantenga en el viejo cuerpo, le permanece como inconcebible; si bien a veces sensible". Y más adelante (III, 13): "Este cuerpo es extraído del Verbo de Dios o de la Celeste Sophía, que aparece saliendo del sagrado fuego interior del Amor, y que el deseo o la fe convierte en presente o concebible. Y todo esto es espiritual, más sutil que el aire, semejante a los rayos del sol que penetran en todos los cuerpos".

En otros términos, se trata de un nuevo estado de la corporeidad, que escapa a la sensación común, concebible por una especie de nueva sensibilidad despertada del fuego iniciático; posee naturaleza aérea y radiante, es decir libre y activa, a diferencia del tardío y pesado cuerpo de carne, el cual se le abre a él (ver el estado de "porosidad" y el símbolo del "rocío

de vida" en el hermetismo), y desde él se transparenta hasta la posibilidad de fenómenos, como el de la Transfiguración de Jesús. Es inútil remitir la serie de las nociones correspondientes, que se presenta a la mente: la "Vestimenta de libertad" de los Gnósticos, el *vajra-rûpa* (forma de fulgor o de incorruptibilidad) del Mahâyâna, el "cuerpo radiante" de los neoplatónicos, el *sekhem* de los Egipcios, etc. Interesa en vez resaltar que Gichtel reconoce en el desarrollo de un tal cuerpo la esencia de la obra sagrada. "Sólo a través de esta nueva vestimenta ella (el alma) puede arribar delante del Santo Ternario y servir al Dios Santísimo, en espíritu y en verdad, en homenajes y adoraciones, como Melquisedek, sacerdote del altísimo" (Y, 18). La condición para extraer y desarrollar el cuerpo luminoso es una iluminación inicial en el espíritu, es más, en el corazón, del cual hablaremos más abajo; pero el mismo cuerpo a su vez, constituye la condición *sine qua non* para la *palingénesis* integral y para la participación efectiva en la Divinidad [1].

Los lectores saben que en alquimia se habla de un oro ☉ que tiene necesidad de ser sumergido en "nuestra agua" ☿ para "disolverse" (liberarse), por ende "fijarse" (conseguir la estabilidad iniciática) y producir la Medicina; y quizás saben también que en el esoterismo hindú se dice que el principio divino en el hombre (*Çiva*) debe buscar su correlato femenino (*Çakti*) y unirse a éste, sin que el mismo "permanezca incapaz de acción casi como si fuese un cadáver". Se trata evidentemente de la misma cosa. Sophía, la "Virgen", es "nuestra agua" hermética como "agua de arriba", superior al mundo de la individuación. Es el "agua de vida" que la diosa *Ishtar*, en el simbolismo babilonio, va a buscar en el fondo del "Infierno", para hacer revivir con ella a *Tàmmuz*; puesto que ella es un "agua de resurrección". El que es consagrado por ella, consigue el "segundo nacimiento" que es "nacimiento desde lo alto" o nacimiento en la "Tierra de los Vivientes"[2].

[1] En el pasaje citado es interesante en particular la referencia a Melquisedek, siendo conocidas a los esoteristas las relaciones de esta figura enigmática con la tradición propiamente iniciática, superior a la "religión de Abraham".

[2] Estas "aguas superiores" tendrían el mismo valor que la *ambrosía*. MACROBIO (*In Somn. Scip., Lepzig, 1893*, págs. 531 y sig.) remite a la doctrina mistérica en la cual se habla de la mas alta y pura naturaleza de la "materia" (ὕλη) a través de la cual se fundan las divinidades, la que es denominada *ambrosía* y definida como su bebida; mientras que su inferior y más turbia naturaleza es la bebida de los mortales, y se identifica al río de Letes, por ende a la *bebida del olvido* (equivalente al *avidyâ* oriental). La primera agua *restaura* y convierte en *entera* al alma, extraída del cuerpo

Pero para analizar el proceso de *palingénesis* hay que ver cómo se ha producido, y de qué cosa se ha constituido el cuerpo natural tenebroso de acuerdo a GICHTEL. Nuestro autor sigue estrechamente a BÖHME y enseña que la Divinidad se comprende, por decirlo así, a sí misma y a lo contrario de ella: ella no es sólo Sí, sino también No; no sólo Amor, sino también Cólera; no sólo Luz, sino también Tiniebla (Fuego, ardor). Al comienzo, estas dos potencias divinas contemporizaban, se armonizaban, se equilibraban recíprocamente (II, 17). El hombre, "al caer" rompe este estado, da preponderancia a la segunda potencia que se despega, se constituye a sí misma y, en vez de atemperarse con la primera, se dirige en contra y busca consumirla en sí. El Fuego, separado, se convierte en *brama*, que con su ardor devora la humedad oleosa de modo que la luz se apaga y el fuego da lugar a un depósito *negro* (II, 50). En tal modo se producen la separación de la matriz de Luz y de Agua viviente y la corrupción del luminoso cuerpo paradisíaco, al cual en un sueño se sustituye el cuerpo negro terrestre, sede de un apetito insaciable, de enfermedad y de muerte (II, 18); muerta interiormente, el alma se ha convertido en el infierno en donde actúa la corrupción eterna (II, 3).

Aquí GICHTEL se refiere a la cuarta figura. "Los signos de los elementos representan la rueda de la Naturaleza exterior, el cuerpo sidéreo que se le envuelve alrededor (al principio del Fuego), en el mismo Sol. Alrededor del corazón hay una serpiente, que el Diablo en el Spiritus Mundi (es decir: en la Matriz originaria), el cual se insinúa en nuestras formas de vida terrestre hasta el Sol. El círculo o globo que está alrededor del Sol representa al mundo de la Luz, que está escondido. Y el Globo oscuro (aquí el autor se refiere no más a la IV, sino a la V figura, cuyo globo corresponde al "centro" del mercurio ☿ de la IV) dibujado por debajo representa al alma del Fuego, o cólera de Dios" (II, 51-52-53). El Sol, hasta al cual se insinúa la serpiente, es el principio central del hombre, vale a decir el principio *personalidad*, el principio *Yo*, al cual, en el cuerpo reintegrado, le corresponderá la presencia del Cristo (ver figura I). La serpiente que encierra al Sol del corazón, es la forma ávida, contractiva, bramosa, asumida por el Fuego divino, la cual usurpa el lugar del centro del Padre del Hombre Perfecto y viviente (fig. I). Y el envolvimiento de la serpiente es el nudo de la personalidad, el apego al Yo, que confirma la conjunción de la conciencia con el cuerpo animal corruptible.

---

y de la generación (γένεσις). La segunda en vez perpetúa la sed. Se recordará que Cristo, en *Juan*, IV, 13-14, usa un simbolismo análogo.

Acerca del misterioso "globo" citamos algún otro pasaje que GICHTEL le dedica: "La vida del alma sale del fuego eterno interior, que posee su centro en el corazón, pero más profundamente; está representado por un globo oscuro puesto debajo del corazón. Es el Dragón ígneo, o Espíritu-de-este-Mundo; está también unido con la primera vida así *como el hombre lo está con la mujer*; su raíz está en el Abismo (en la potencia originaria de Dios). Genera siete estaturas, las cuales son los siete sellos que impiden a los no regenerados percibir el fuego divino" (II, 6). Y todavía: "Por debajo del corazón en donde se encuentra la divina Luz del mundo (en el Hombre Viviente), está el divino mágico ojo de las Maravillas, y el Fuego que está en los regenerados, el lugar en donde el Padre (Jehová) produce a su Hijo (Cristo), el cual está en el corazón. En los otros, está (sólo) el Fuego de la cólera divina... Es el fondo del Cielo y de los Infiernos y del mundo visible, en donde nacen el bien y el mal, como la luz y las tinieblas, la vida y la muerte, la beatitud y la condena... Es llamado Mysterium Magnum puesto que contiene a dos seres y a dos "voluntades" (IV, 18,19, 20).

Este Globo, puesto en las figuras sobre el bajo, correspondería pues a los "Infiernos" en un doble sentido: en el sentido de substrato y de potencia originaria, anterior y superior a toda individuación y polaridad y a la misma persona divina crística, que es una "producción" del mismo; luego en el sentido negativo de un fuego insaciable y que consume (de allí una relación con el símbolo cristiano del infierno), a ser considerado como el modo en el cual aquel mismo principio aparece y pasa a actuar en los seres decaídos. En cada caso, se trata de un poder que en el individuo va más allá del individuo y que por tal camino puede constituir la base de la Obra.

Según GICHTEL, el secreto de la regeneración consiste en el "tocar" el centro ínfero, globo u ojo mágico, de modo de producir una cierta transformación que permita restaurar el originario temperamento con la Luz o Sophía, nuevamente despertada por el Fuego. GICHTEL dice que la brama ígnea no ha efectivamente destruido el principio luminoso, sino que ha producido el *desapego* del mismo, que se ha ocultado y permanece en el hombre natural, escondido e inactivo, inservible y latente; todavía en el corazón, pero más en lo profundo desde donde pueda arribar la conciencia personal (II, 12, 13). Y habla de un fuego del Amor divino que puede encender el Globo y redespertar en lo profundo del corazón una clara luz, la cual va a liberar el Sol de la Serpiente (II, 54); y es la celeste presencia del Cristo que genera también ella siete formas espirituales, en lugar de las naturales (II, 14). Así se cumple la *palingénesis* del cuerpo y la formación del Hombre angélico perfecto.

El método de GICHTEL en el fondo es pues el del mismo Caduceo de Hermes, que es la armonía de las dos serpientes enemigas (una blanca y una negra). El mismo Caduceo en la primera de las *Claves* de BASILIO VALENTINO es referido como Mercurio coronado que hace de componedor entre dos combatientes, el uno solar con una serpiente (es el fuego infernal, la Cólera de Dios, y es también el Azufre vulgar, es decir el ardor, también "heroico", del individuo), el otro lunar con un pájaro (que remite al Aire y que puede corresponder a Sophía, la cual, según GICHTEL, se sustrae ofendida por el *deseo* de su esposo, II, 66-7, 70). Y a esta composición se refieren de nuevo los Hijos del Arte cuando dicen que el Fuego que es necesario para la Obra es un Fuego atemperado, un Fuego dulce, un Fuego de lámpara (luminoso) que "no quema las manos", un Fuego doble y andrógino, y el Agua, un Agua ardiente, seca, que "no moja las manos".

Para la totalidad del esquema simbólico, nos podemos referir, como correspondencia, por ejemplo, a la enseñanza hindú según la cual el cuerpo está regido por siete centro ocultos, que son correspondencias naturales de siete principios cósmicos (*tattva*—en GICHTEL, los Planetas). Además es interesante resaltar que el centro base (*mûlâdhâra)*, que en los *Tantra* es puesto en relación con la raíz de los genitales (es aquí situado justo en aquella zona oculta e "ínfera", marcada en las figura I y II de GICHTEL), lleva un simbolismo similar al dado por GICHTEL para el corazón: hay un *phallus* que corresponde al principio *Çiva*, y por lo tanto al elemento solar (la "virilidad trascendente"),alrededor del cual se enrosca la serpiente, que es la *kundalinî* que representa a *Çakti*.

Es enseñado que en el hombre común *kundalinî* "duerme", sueño al cual corresponde su manifestación como deseo, ardor de brama, y en especial modo *libido*, sexualidad. Pero ella también puede ser "despertada", y entonces le sigue una transformación a través de la cual su fuego se convierte en el instrumento para el redespertar de todos los centros, por ende para la renovación y transfiguración del cuerpo. A *kundalinî* que duerme se le puede hacer corresponder, en GICHTEL, la serpiente envuelta alrededor del Sol en el centro del corazón; de la misma manera, aquella luz de Cristo, o de Sophía, a través del cual el Ojo ígneo mágico, que el Diablo ha destruido en Adán y puesto en la "Cólera", es vuelto a encender, de modo que compenetra el alma y la inflama totalmente (IV, 93), puede tener relación con la forma transformada en *kimdalinî*.

El "centro" en el cual figura la Serpiente tiene un lugar diferente en los *Tantra* y en GICHTEL: para los primeros, es el *mûlâdhâra*, que se en-

cuentra en la raíz de los genitales, para el segundo, en vez, está en el corazón. En el uno y en el otro caso el mismo es concebido como base del septenario, pero a tal respecto debe relevarse lo que sigue.

Hay dos septenarios. El uno se refiere al alma del hombre, el otro a las potencias profundas de las cosas. Como se ha visto, GICHTEL dice que la Serpiente genera "siete estaturas, las cuales son los siete sellos que impiden a lo no-regenerados percibir el fuego divino". Este septenario es un septenario de *pasión*. Sus elementos están en correspondencia con los entes de los planetas, emanaciones de los mismos en el alma, que, habiéndose vuelto externa, vive sólo pasiones y emociones individuales. Debe reputarse que el septenario referido en la tabla IV de Gichtel y que tiene el centro en el corazón es justamente este septenario (en efecto en la tabla del "Hombre Tenebroso" cercano a los centros hay indicaciones de pasiones; a ♃ le corresponde orgullo, a ♄ avaricia, a ♀ cólera, a ♂ envidia, al ☉ circundado por la serpiente, amor de sí; ☿ y ☽ no tienen frases correspondientes); mientras que el septenario del cual en los *Tantra*, apoyado sobre el *mûlâdhâra*, sobre el lugar "infernal" del cuerpo restaurado (fig. I y II), es el septenario superior, eónico y elemental. El Sol del corazón sería sólo el centro de la persona psicológica, allí donde el *mûlâdhâra* sería el centro de las fuerzas ocultas y verdaderamente elementales del cuerpo; y el mismo en GICHTEL correspondería en vez al misterioso "globo" que se encuentra todavía más "abajo" (es decir, más interiormente) que el corazón, y en el cual sólo se toma contacto con el poder originario por medio del mismo con los Planetas, hasta la plena reintegración del cuerpo cósmico y celestial. Para pasar de un plano al otro es necesario cortar las siete cabezas del Dragón, es decir, liberar el ánimo de las siete formas pasionales —partiendo del orgullo y finalizando con el amor de sí, radicado en el mismo corazón— que constituyen efectivamente las vueltas con la cual la serpiente lo encierra clausurando el paso a la generación espiritual. Esta operación preliminar de catarsis, en el esoterismo tiene el símbolo del "desnudamiento" y del "lavaje".

La adecuación de tal manera de ver está confirmada por este pasaje de GICHTEL: "El alma busca retirar su voluntad de la constelación exterior para dirigirse a Dios, en su centro, para abandonar todo lo visible y pasar a través de la *octava* forma del Fuego; y ello reclama un trabajo encarnizado, sudor de sangre, puesto que el alma tiene entonces que luchar contra Dios y contra los hombres, etc." (Intr., 8). La *octava* forma del Fuego es aquello en lo cual se desemboca tras haber superado el septenario externo, y el umbral para el "descenso en los infiernos" al cual le seguirá la "resurrección".

En la obra de "desnudamiento" lo más difícil es rescindir el vínculo, por lo cual el corazón tiene la enfermedad del *Yo*. GICHTEL lo denomina "amor de sí", pero a nivel de ciencia iniciática se puede abstraer cualquier colorido moral y hablar simplemente del espíritu que se identifica a la calificación que el mismo recibe de la conexión con un cuerpo determinado: tanto de no tener ninguna conciencia de sí afuera de esta misma conexión. Tal es la *ahamkâra* de la enseñanza hindú que se dice que reina justamente en el corazón, en el *ânâdhâta-cakra*, como un "humo de ignorancia" (equivalente a la serpiente) que "esconde la pura llama del *âtmâ*", del Sí (equivalente al Sol). El autor anónimo del *De Pharmaco Catholico*, al hablar de "nitrógeno" con el cual se tienen que pegar y calcinar las puertas del reducto solar, quizás alude justamente a esta superación, que es efectivamente una *mortificación*, un partir aquello que se pensaba que estaba en el centro de la vida [3]. Aquí los procedimientos varían según las vías.

GICHTEL que sigue el sendero místico, indicará como medio la humildad radical (IV, 93), la entrega al Cristo, el ansia por Dios. El método no procede por la *extinción* de la brama, sino por *conversión* de la misma, que de brama por las cosas terrenales se convierte en brama de Dios. Dice GICHTEL que el hambre perpetua propia del cuerpo antiguo hace de abono: agota todo inútilmente, hasta el disgusto y la angustia, hasta que está obligada a dirigirse al Padre y a dar lugar al poderoso deseo de la plegaria (II, 26).

"Todo consiste en convertir nuestra alma, en dirigir nuestra brama interiormente, en desear a Dios sin cesar hasta que la querida Sophía con el Espíritu Santo encuentre el deseo de nuestra alma y gradualmente lo conduzca" (Y, 25). Y todavía: "La operación acontece en el corazón, las plegarias la empujan con fuerza afuera del abismo infernal golpeando con violencia la puerta del Cielo, y lo atraen a él en la fe" (II, Intr., 5). Pero GICHTEL, aquí como en otra parte, parece saber más cosas de lo que no se aviene con un simple místico: "La fuerza vegetativa determina el crecimiento

[3] El terror que se prueba ante la orden de abandonar al mismo Yo, de realizarlo como un *error*, no se encuentra privada de relación con aquel "Guardián del Umbral" del cual luego el *Zanoni* de BULWER LYTTON, ha sido tan fantaseado en ciertos ambientes "ocultistas" contemporáneos. Y GICHTEL habla justamente de un *Querub*, que hace la guardia y conduce hacia el árbol interior de la vida, puesto en el mundo del fuego. Es necesario que el alma sea atravesada por la espada de este *Querub*, y que de este modo "supere a Dios y al hombre" para poder hallar a Sophía (Y, 12, 17). La sangre que destila del corazón en la tabla IV se refiere por cierto a esta herida, que parte el "cascarón" que aprisiona al Yo.

con la ayuda de la lluvia y del sol; si no hubiese un deseo Magnético en la semilla, el mismo estaría muerto y no podría crecer: así el deseo mágico o magnético de la voluntad anímica es el creador y el generador de aquello que el alma ha concebido en su imaginación, es decir de la noble y dulce Luz de Dios" (VI, 42-43). "El Fuego engulle esta celeste presencia -de la Luz que el alma imagina con brama, atrae a sí y convierte en presente, luego quema claramente y produce en el corazón una bella y clara luz" (IV, 8). Se advertirían, en este centro un movimiento sensible (III, 36) y un flujo de aire vivificador. Es el Espíritu Santo que da al fuego del alma la dulce agua de Vida para refrescarse y hacer de la angustia un júbilo (II, 14). El Amor de Dios se manifiesta al alma prisionera como una inspiración del Ens interior: ella es convertida en viviente como por un aflujo de la unidad y del reposo divinos. La vida extingue su dolor y su inquietud en el centro de la constitución y de la sensibilidad: renovado en los sentidos y en el temperamento, el hombre puede ver con tres ojos: percibe *luminosamente* el propio cuerpo y prueba de ello una alegría interior (V, 51, 52, 65; VI, 44).

Volviendo al concepto de la "octava forma del Fuego", GICHTEL la concibe como límite entre la naturaleza exterior temporal y la interior eterna (Y, 53). Para el pasaje de la una a la otra es usado el simbolismo tradicional iniciático de al navegación, la travesía del "Gran Mar" o "Mar Rojo". Para venir a tanto son indicadas dos condiciones:

a) Que el alma, por repetidos pasajes a través de las formas del Fuego, sea convertida en fija (Y, 28, 19); lo cual nos dice cómo en un cierto punto, es más, en el punto más importante, también en el orden de la "vía húmeda", si ésta debe en verdad conducir a una realización iniciática es necesario que el alma vaya a presentar la virtud a la cual desde el comienzo apunta la "vía seca".

b) Que el alma logre identificarse al conocimiento o imagen [4] que ha servido de base para el proceso (I, 28) y al cual ha sido reconocida una virtud "magnética". Esta es el Cristo; bajo otro aspecto, es Sophía, la luz divina. GICHTEL dice textualmente que Sophía es la novia, *que lleva al alma toda entera afuera de su cuerpo* (IV, 99), octava forma del fuego, o fuego mágico, de la cual recibe el bautismo (IV, 100).

Este "mar" corresponde al "Mar Rojo" (la relación simbólica de la "salida de Egipto" con la "salida del *cuerpo*" se encuentra por ejemplo en las

[4] Véase sobre esto ABRAXA, t. I, cap. II.

doctrinas gnósticas referidas por HIPÓLITO, *Philos.*, V, 1, 16) a ser atravesado, al "Nilo Celeste" o "Aguas primordiales del Gran Verde" —de lo cual se habla en la plegaria a *Ptah* del *Papiro de Harris*— en la más antigua tradición egipcia atravesadas por al barca del Sol conducida por *Horus*, el Dios de los regenerados. Un simbolismo análogo se lo tiene en el *Sueño Verde* de BERNARDO TREVISANO, en donde un Viejo, declarándose el Genio de los sabios, bajo la forma de visión hace atravesar al autor las regiones aéreas, ígneas y sidéreas, en fin lo envuelve en un torbellino y lo hace encontrar en una isla circundada por un mar de sangre, es decir *rojo*[5]. En esta isla hay siete reinos (el septenario superior), y él se encuentra justamente en el que está en el centro de los otros, en donde reside el Rey de toda la isla.

Es interesante resaltar en GICHTEL una mutación del sexo del alma, es decir de la función pasiva en la activa. Él antes (I, 19) habla del alma como de una novia que suspira desde hace mucho tiempo por el amado Jesús (es la actitud femenina propia del método místico: el alma se ofrece, espera ser casada y fecundada); pero he aquí que luego es ella la que asume el papel del varón frente a la Sophía. Ello es consecuencia de la precedente "fijación" y confirma la mutación de polaridad ya señalado por ABRAXA como condición para que la vía húmeda no sea la de la simple devoción, sino que conduzca a una realización efectiva. Sin embargo, si el Yo reviste el papel del varón, es necesario que el mismo mantenga una "pureza", condición para poseer Sophía y no traicionarla como Adán (Y, 20, 22). GICHTEL subraya el carácter especial del "connubio mágico".

Ante la aparición de la Virgen, en el alma no del todo mortificada se puede redespertar la antigua naturaleza e irrumpir un vehemente deseo de posesión, un hambre magnético que desea devorarla en una magia negra dominada por el orgullo (VI, 45; III, 66-8). Entonces la Virgen se retrae

[5] Sobre el plano de la técnica se podría pensar en la relación de la "ignificación de la luz astral" con el sistema sanguíneo (ver ABRAXA, t. Y, V) En el hermetismo el Mar y el pasaje de las Aguas se reencuentran en manera distinta en la tabla de pg. 192 del *Chymica Vannus* (Amsterdam, 1666); se ve allí a un hombre que sale de la Selva de Marte (Marte —dice G. BRACCESCO, *Esposizione di Geber*, Venecia, 1551, pág. 58— es el azufre físico, es decir el elemento que en el fuego supera al fuego) y se apresta a atravesar un "río", sobre la otra orilla del cual se ven seres alados (los seres del "aire"). La misma tabla lleva un mar zarpado por un barco que va hacia un *litus secretus* (símbolo que corresponde a la "isla"); en la parte superior está Mercurio, y bajo del mismo en la parte ínfera, la denominada Fuente de BERNARDO TREVISANO, que es osado poner en una cierta relación con la *kundalinî* redespertada.

en su principio y oscurece nuevamente el alma que recae en los peores pecados y rechaza todo aquello que no es ígneo como ella. De lo cual, puede también tomar las movidas la desviación propia de la denominada "Magia roja". Lo que es necesario es una posesión sutil, inmóvil, sin contacto, cosa que por lo demás puede trascender el plano simbólico y referirse a la forma misma del *amplexo mágico* de las "prácticas con dos vasos" descriptas por ABRAXA.

Más allá del Mar Rojo y superado este peligro estaría la fase de la reintegración del cuerpo. Pero en GICHTEL sobre esto no hay sino la mención ya citada, la fuerza oscura y ardiente del centro en un grado más profundo que el corazón, alimentada por la presencia celeste del Cristo, genera siete formas espirituales (II, 13, 14). Luego, está la tabla V, en donde el hombre regenerado es enigmáticamente dividido en una parte derecha negra y en una izquierda clara (se podría pensar quizás en el *Rebis*, el ser de las dos naturalezas, o en una imagen del mismo *Mysterium Magnum*); la tabla I, en donde figuran no los siete, sino los tres principios del Ser divino, con Jesús, Sophía y Espíritu Santo que vuelven a ser distintos y colocados en centros distintos (corazón, laringe, frente), además que Jehová restablecido en el globo oscuro del bazo y al "Mundo Tenebroso ínfero"; y la tabla II, en la cual interesa resaltar —puesto que ello parece responder al sentido general de la reintegración somática— que de este Mundo Tenebroso se ven partir espirales de fuego serpentino las cuales mueven hacia las constelaciones que constituyen el intelecto viviente en el alma sidérea. El Autor quizás en estos símbolos ha entendido encerrar la noción de los siete centros sidéreos, fecundados y despertados por el fuego serpentino en formas de iluminación y de transfiguración. En el texto no se encuentra ningún otro esclarecimiento, y puede darse que la razón de ello se encuentre en el hecho de que GICHTEL se ha detenido en un estado diferente del cumplimiento *absoluto* del denominado *cuerpo inmortal.*

Si el espacio lo consintiera podría trazarse un paralelo entre los métodos de la "vía seca" y de la "vía húmeda" en orden a aquella "mortificación" que es la condición de todo; si bien quien ha seguido atentamente las anteriores monografías de esta colección se encontrará suficientemente informado. En un caso como en el otro es necesario despertar un *fuego*, un estado de intensa vibración o emoción que, transportándonos más allá de nosotros mismos, convierta en posible a una fuerza de la personalidad *partir* a la personalidad misma. Los místicos actúan aquí con el disgusto por el mundo, con la angustia, con la plegaria, con el horror por sí mismos,

con la fe en el Cristo y con la ardiente entrega a Dios. La característica del místico es la de atribuir a todo ello un significado religioso y moral, en vez que pragmático o técnico. Falta, en otras palabras, la actitud *científica* y falta quien dirija la operación (el "régimen del Fuego") sabiendo perfectamente por qué hace lo que hace, como acontece en vez en la "vía seca". Considerando que el fin positivo es el de producir aquel estado de "exaltación", en el cual acontece el "salto" y la "salida" (destruir el "amor de sí" no es nada si no le corresponde la disminución *objetiva* de la conexión de la conciencia con el cuerpo físico), todos los métodos, en tanto resulten, deben por igual decirse legítimos.

El caso GICHTEL es interesante porque demuestra la posibilidad de arribar por vía individual, sin una ligazón natural con una organización iniciática, y muchas cosas que, usualmente, se saben sólo por tradición de ciencia esotérica. GICHTEL dice: "Dios me ha revelado la constitución del hombre introduciendo mi espíritu en todos los centros... Tal como yo los he visto en el espíritu, así "los he diseñado" (Y, intr. 12). Luego de una terrible crisis cantando un salmo luterano él fue "improvisamente golpeado en el espíritu", cayó a tierra, y en aquel estado se le apareció de repente "la visión del centro en el corazón", de acuerdo a la tabla III (III, 50, 51). Así pues, puesto que hemos visto cuánto la "*Theosophia Practica*" concuerda con la enseñanza tradicional, aun oriental, podemos concluir que esta obra constituye una de las contrapruebas de la invariabilidad del *Corpus* iniciático respecto de los tiempos y de los lugares.

LA MAGIA DEL RITO

El Redespertar enciende redespertar. Así como vuelve a levantar a las cosas caídas en el espacio en primeros destellos de "figuras" y de "signaturas"; del mismo modo el mismo despierta la acción y forma su "Rito".

La magia del Rito sabe ser una prolongación natural de la de la Imagen. Si las "figuras" son detenciones sutiles de las fuerzas invisibles y relucientes que se objetivan en las cosas físicas y las mueven y mantienen (ver t. II, cap. IX); y si, en ti, es una rapidez sin tiempo para fijar la forma del movimiento antes que la misma se traduzca en la lengua de tus sentidos físicos la que las capta; en el rito, sin embargo, tú te unes a este mismo movimiento y lo animas y prolongas en su mismo acto: sea para transfundirle la luz de la misma liberación tuya, sea que, al formarse en ti una nueva causa, para actuar sobre las corrientes y sobre los torbellinos de las "figuras" a fin de obtener reacciones congruentes.

Conocimiento de la Luz etérea, alma-psiquicidad de la naturaleza, luz-vida, espíritu-materia, interioridad-exterioridad, en ello se comprende la primera condición. Por exaltación de ebriedad, por violencia, por desesperación y por absoluta superioridad, es necesario que entre la trama de las cosas y los seres "muertos" esta Luz te haya aparecido a ti de modo tal que tú en el espíritu sepas evocarla. Y si en ella se enciende, se forma, se satura el acto del rito, he aquí que invisiblemente símbolos vivientes, dioses, potencias gloriosas y sin número se moverán y se cruzarán en lo alto y un equilibrio se disolverá, otro se recompondrá y se fijará rigurosamente ritmado sobre la forma y sobre la fuerza del acto mismo.

Los signos y los ritos —dice ÉLIPHAS LEVI— son el Verbo operante de la voluntad mágica. La voluntad debe expresarse en la acción-rito como en un Verbo perfecto. Cada negligencia, cada palabra inútil, incertidumbre, desatención, o duda, afecta pues de falsedad y de inutilidad a toda la operación: es más, puede lanzarte en contra a las fuerzas convocadas.

Cuando el gesto es "realizado", el mismo es realidad. Esta es la ley. Y a su vez, la luz es la llave etérea de la "realización", tal como ahora se te dirá.

Cuando el deseo o la voluntad tuyas llegan a una fuerza extrema, están ligados a una representación intensa, que es la idea de la realización o del movimiento y, al mismo tiempo, es ya un esbozo, una incipiencia efectiva de este mismo movimiento en el cual ella tiende a traducirse. El mago se desvincula y más en lo alto se eleva, y suspendiendo la sensibilidad periférica, aislándose del cuerpo en éxtasis activo y por ende de todo lo externo, él *ve luz.* En contacto con esta luz la representación llega a una supersaturación del impulso dinámico, unida a un sentido absoluto, irrefutable, fatal, de certidumbre. En el gesto ritual entonces el impulso se convierte en acto, se proyecta en acto, y sella un testimonio, cumple esta certeza insertándola, imponiéndola en lo exterior. El mismo lanza una fuerza hacia lo externo, a través de un mediador que no conoce la ley del espacio y de la resistencia, fuerza o masa material. Entonces la realización toma lugar: tú verás en obediencia silenciosa e invisible moverse la exterioridad, producirse la reacción.

Sabe así que, del mismo modo que en la magia de la imagen, también en la acción ritual la *semejanza* es la bisagra: al expresar el rito, en el vehículo de más complejos nudos de fuerzas fluídicas, el mismo acto del espíritu, que en la magia mental actúa sobre la "figura" de los elementos o sobre la representación analógica del acontecimiento. Por lo tanto, sobre todo, debes evocar y plasmar simpáticamente en la mente exaltada la forma de aquello sobre lo cual quieres actuar, hasta que por *inducción,* conducido a un estado de relación con su espíritu astral, tú puedas imponer el mando.

Piensa por analogía en aquellas experiencias electromagnéticas, en donde se constata que en un circuito descargado, convenientemente dispuesto, se induce una corriente improvisa, en el instante en que otro circuito, distinto y lejano, se cierra. La corriente principal, la que anima a tal circuito, puedes pensar que representa al deseo que paulatinamente satura la imagen hasta que, en el gesto ritual, acontece el relámpago, la liberación del acto, y en este instante de luz-evidencia la fuerza se proyecta en sintonía en aquel otro circuito, que aquí es la misma "figura" oculta de la cosa. Y sin embargo generando el mando en ésta, no más en tu sola mente, desciende una congruente realización sobre el plano real y objetivo.

Para convertirte en dueño de las formas que se hacen servir al propio querer, es necesario pues que tú sepas penetrar en el "pensamiento" que las produce, y adueñarte de ellas. Es necesario que tú sepas *evocar.* Evocar un espíritu —dice ÉLIPHAS LEVI— significa *entrar* en el pensamiento dominante de este espíritu, fijado por las "figuras", por las "signaturas" y

por los pentáculos; y si, sobre la misma línea, sabes elevarte más hacia arriba, arrastrarás contigo este espíritu y él te servirá. En el caso contrario sin embargo será él en arrastrarte en su círculo, y serás tú a servirlo: aun sin darte cuenta.

"Lo semejante produce lo semejante". "Evoca". "Para producir un efecto imítalo": entiende pues el porqué de la incalculable variedad de los ritos que en los pueblos salvajes obedece a estos principios de la magia "homeopática" o "simpática". Y estarás cercano de saber cuántas veces superstición no haya sino en quienes aquí no saben hablar sino de superstición. Es que en el estado de mágica exaltación, o de ebriedad, o de violento deseo, al interrumpirse la ley de separación entre yo y no-yo, la imitación produce una *comunicación* real y el acto, la sensación y el movimiento se proyectan y operan fulmíneos como fuerzas de la realidad misma, o de los otros sobre los cuales se vibre tu magia. La imagen da vida al rito: el rito a su vez reacciona sobre la imagen, la enciende, la expresa, multiplica su luz y la oculta potencia. He aquí pues los *ritos de imitación,* puntos de apoyo para la evocación y la fijación en el fuego mental, y miembros para la proyección; y así tú oyes acerca de quien, en tiempos arcaicos o aun hoy en pueblos lejanos, disuelve los nudos y sopla, para desencadenar el viento; quien vierte agua para invocar la lluvia, o se baña, como la árida tierra reclama las aguas *de* lo alto; y cómo se imitan arteramente relámpagos y truenos a fin de atraer la tormenta: y ascensos exteriores —sobre árboles, sobre palos, sobre escalones— para la base de ascensos trascendentes; y máscaras que, llevadas, *identifican* al ente que ellas representan y ponen en contacto con su fuerza; y la danza salvaje de las *féminas,* para la animación y la irresistible fuerza de los hombres alejados en la guerra; y a través de las grandes luces de las estaciones, la orgía y el estupro para desenfrenar y excitar las oscuras potencias de crecimiento, a fin de lograr mieses abundantes; y en el sacrificio cruento invocar el místico poder que arranca de la vida animal y consagra en la inmortalidad; y todavía verás a magos y a brujos crear en la cera efigies de aquellos sobre los cuales ellos quieren operar y sobre las mismas vibrar ritualmente su acto de muerte o de vida o de encantamiento; o ellos mismos dramatizar aquello que otro por mágica fuerza hará; y lanzar piedras, para liberarse del cansancio, del terror o afán; y empuñar la espada en contra del invisible, al cual ninguna punta alcanzó jamás; y lentamente doblar madera hasta su ruptura, por su voluntad de destrucción, fijada en el fuego mental sobre personas o cosas. Y siendo ya la voz, como *expresión,* eminentemente rito, oirás la magia del Ver-

bo: palabras sagradas que te darán el poder; nombres ocultos, a los cuales está ligada el alma misma de quien los lleva, así como la llama al madero. Un sentido solo, en todo esto: gesto-expresión evocatoria que forma y magnetiza la imagen en la Luz y la proyecta hacia lo externo.

Ves, entonces un trasfondo manifestarse, sobre el cual la pequeña figura del hombre echa sombras gigantescas. He aquí que del risible drama, con el cual él vuelve a traer los grandes fenómenos de la naturaleza en el descampado de una selva, en una desértica landa, sobre la arena barrida por el viento, en claridad alpestre o en un lugar subterráneo, de un tal risible drama emanan irresistibles fuerzas de simpatía, que hacen de ello su centro, y perno, de un drama cósmico. El rito recaba la acción desde lo infinito y desde lo infinito la extiende: en la Luz etérea que le da resurrección ella se libera de lo humano, se convierte en temblor que serpentea por los miembros del Hombre Cósmico y los mueve.

En todo esto, pues, conoce la exaltación hasta el éxtasis de luz, como condición: Duerme el Rito antes de entonces. Y si tú esperas en el mismo, y no sabes que éste es magia sólo como vehículo-expresión de un *estado de verdad*—de "fe", si prefieres— es decir: de un sentido de *poder hacer*, de sentir que lo que debe ser *no "debe" ser, sino que* es; si tu esperas y operas no sabiendo esto, no *realizando* esto -y para realizarlo el contacto es necesario- no serás sino un iluso por ridícula superstición.

Mucho menor "fijedad" del alma y de las potencias suyas respecto del cuerpo físico, con relativa mucho mayor facilidad de aislarlo; preponderancia casi exclusiva de la imaginación sobre la cerebración en franjas de interferencia natural entre interior y exterior, entre yo y naturaleza; y profunda, salvaje violencia de deseo y de emoción —todavía elemental, más que humana— para estos elementos en la psique primitiva casi en vía espontánea los ritos abrían e irradiaban en mágico poder; y por ellos mismos retrocede en vez en un mito un tal poder, dentro del contexto de la pálida vida de los modernos "civilizados".

La otra vía en vez te es tan cercana —o lejana— hoy como ayer: la vía te digo en donde es la sola fuerza seca de lo alto, el ☉ iniciático a encender ♃ y a animar en ☿ el rito y los miembros del rito.

XIV

INSTRUCCIONES DE CADENA

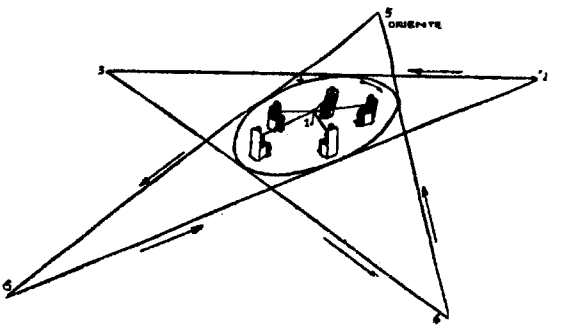
Las siguientes instrucciones se refieren a aquellos estudiosos de ciencia esotérica que, habiendo constatado, entre ellos, suficiente afinidad espiritual y seriedad en los intentos, quieran organizar una *cadena*, la cual, eventualmente, podrá entrar en contacto con otras que, siguiendo los mismos principios, hubiesen sido creadas por otros grupos en otros lugares.

Consideramos que la cadena que tuviese que constituirse por tal vía, debe tener una finalidad esencialmente iniciática. Ella está pues destinada, por sobre toda otra cosa o intención contingente, a propiciar y desarrollar las realizaciones de carácter espiritual propias de cada componente. Se trata, luego de una cadena marcada por particulares caracteres de actividad, conciencia e individualidad. En ciertas formas de cadena acontece que los componentes singulares sean simplemente agregados y que la polaridad de varón ☉ y mujer ☾, necesaria en las operaciones, no sea armónicamente reproducida en cada uno, sino que se separe en vez en la oposición de la masa fluídica pasiva formada por los más = ☾ con la parte activa de un dirigente) ☉. En el tipo de cadena aquí propuesto en cada uno debe en vez permanecer distinto y firme el sentido de sí, el control, el dominio, por ende, el uno y el otro aspecto de la complementariedad hermética. Cada uno debe participar en la cadena como una *individualidad*, como una fuerza distinta. Compuesta de *individualidades*, la cadena será compacta y afirmativa bajo todos los aspectos cuando, por medio de las repetidas reuniones, los varios elementos distintos se entonarán y formarán una unidad.

En conformidad con esta orientación, cada grupo se encerrará por medio de un símbolo esencialmente dinámico, cual es el *pentagrama*, que será lanzado *proyectivamente*, es decir en la dirección de la derecha hacia la izquierda, tal como se dirá más abajo. El trazado *emisivo* (de la izquierda hacia la derecha) estará limitado al símbolo del círculo, que será descrito antes del pentagrama, a título no tanto de aislamiento, cuanto de recogimiento de las fuerzas de los sujetos.

Por la misma razón, a diferencia de lo que puede ser propio de cierta magia solamente ceremonial, no nos remitiremos simplemente a la fuerza

del rito colectivo y de elementos casi *ex opere operato*; en vez se reclamará que por un buen trecho, antes y simultáneamente con las reuniones, los sujetos trabajen seriamente sobre sí mismos, con las propias fuerzas, tanto de poder contribuir activamente en la sólida estructura de la cadena.



Así comenzaremos comunicando los lineamientos de disciplina que las personas preseleccionadas por los jefes de grupo serán obligadas a observar individualmente, sin interrupción, con firmeza, inteligencia y alma. Como máximo, se trata de ejercicios ya indicados en los dos anteriores volúmenes de esta colección pero que ahora organizaremos con un programa diario de trabajo. Se debe perseverar con ahínco en ellos, hasta que no se sienta el fruto de esto en la forma de una remoción de la normal, átona actitud con respecto de las cosas y de sí mismos, que constituye el obstáculo principal para cualquier realización iniciática.

Direcciones individuales de preparación.

Tienden a este fin:

1) Despertar un grado de *inteligencia hacia los fenómenos naturales*, tanto como para prolongar desde afuera, rítmicamente, el sentido del vivir. Nos detendremos, por ahora, en el fenómeno-base del *sucederse del día y de la noche.*

2) Adiestrar la mente en la *concentración dinámica*, que consiste en el trazado y en la proyección, alrededor de sí, de figuras y de símbolos.

3) Adiestrar el espíritu en la *fijedad.*

4) Reforzar en el curso de la propia vida cotidiana el sentido de la *continuidad* y de la *presencia de sí.*

1) Para el primer punto serán practicadas las contemplaciones, antes de dormir y apenas despiertos, con los símbolos del "sol" y del "monte", ya dadas en el vol. I, cap. II. Allí donde la luz exterior declina, surge la interior, Al atardecer, antes de dormirse, en una disposición de calma, no cansados de cuerpo, sobre todo de mente (es útil la costumbre de un baño vespertino antes de acostarse), se imagine un lento levantarse del sol mientras que nos vemos y sentimos a nosotros mismos ascender un monte, hasta un vértice-mediodía pensado en correspondencia con la que será la alta noche en el mundo físico. Fijar entonces este sentido: "Yo soy la luz". Y acostumbrase a deslizarse en el sueño por medio de asentar la mente en el monoideísmo del sol nocturno en su cenit, y con alejar con calma cualquier otro pensamiento o imagen que se presente.

A la mañana, evacuada la mente de todo residuo de somnolencia, se vuelva a evocar el sol nocturno en el punto de elevación en que se lo había dejado, y se imagine que el mismo ha ido declinando, y que nosotros mismos desde la cima hemos descendido hacia abajo, yendo a marcar el amanecer del sol físico y el redespertar en el cuerpo físico el momento en el cual se vuelve a entrar en aquel mundo oscuro del cual al atardecer, con la luz nocturna, nos habíamos despegado. Evocar sin embargo el sentido de esta luz no física, invisible, y, buscando retenerlo, decir: "La luz está en mí". Llevarla como el significado mismo de nuestro estar despiertos, concientes y activos cual individuos entre las cosas externas. Sentir que la luz en la propia alma *es más fuerte que la exterior.* Este sentido crece hasta el mediodía, luego declina al atardecer, cuando nuevamente nos retiramos de aquel lugar de combate que es nuestro vivir como hombres, y volvemos a entrar en el mundo que es luz.

Estas contemplaciones deben convertirse en *vivientes.* Si no, *no dan fruto.* Deben conducir al conocimiento del día y de la noche: a una especie de sensibilidad sutil para las varias horas: a percibir un ritmo en el cual lo interno y lo externo se tocan. No se crea que para hacer esto sea necesaria absolutamente una vida especial, lejana de las ordinarias ocupaciones. El fin en vez es tanto mejor alcanzado, cuando la disciplina no constituye un sector aparte afuera de las ocupaciones habituales, sino que se introduce en la trama misma de la vida cotidiana. No hay quien no tenga en la jornada, por ocupada que ella sea, momentos de pausa, en los cuales él sin embargo se abandona a un pensar desordenadamente y guiado por sus preocupaciones, Estos momentos pueden en vez ser utilizados para una remisión hacia la conciencia superior: por ejemplo, justamente para sentir el momento del

día en el cual uno se encuentra, para llevar la mente sobre el sentido de la "hora", sobre el grado de luz de la propia conciencia y de la propia energía.

2) Cada uno se debe ejercitar en trazar alrededor de sí, con la mente, más veces al día, los símbolos principales de cadena, es decir el círculo y el pentagrama. En estos trazados es bueno distinguir tres actos:

a) Un momento de recogimiento, en el cual nos pongamos y sintamos cual centro de la figura; luego, como si este centro liberase por sí y proyectase otro punto, externo a nosotros.

b) Imagen de este punto que se desplaza y que va a trazar la figura.

c) Fijar la figura descripta en su conjunto, luego abandonarla y volver a sentirse en el centro y como centro.

Por poco que se vaya adelante, escuchando en la propia interioridad nos daremos cuenta de que cuando nos volvemos a recoger en el centro, está presente una sensación sutil que antes no estaba. Es el valor mágico de la figura trazada, que se ha agregado.

Lo difícil en estos ejercicios estriba en no describir simplemente frente a sí las figuras, como se es espontáneamente conducido a hacer, sino en describirlas alrededor de sí, horizontalmente, haciendo pasar una parte de ella también detrás de sí. Al comienzo, puede entonces ser de ayuda imaginar que nosotros mismos nos damos vuelta de modo de seguir paulatinamente con la mirada las líneas y los arcos que pasan detrás de la espalda.

Tal como hemos dicho, el círculo se traza de izquierda hacia la derecha (es decir en el sentido de las agujas del reloj), el pentagrama de derecha a izquierda, fijando antes el centro 1, luego proyectando, más lejos de lo que se pueda, el vértice de derecha 2, luego trazando 2-3, 3-4, 4-5, 5-6, 6-2, y luego volviendo al centro (ver la figura). Se puede también trazar antes el círculo, luego circunscribirle el pentagrama, cuyos lados se podrán entonces proyectar en el sentido de direcciones tangenciales respecto de la zona encerrada en el círculo en el cual nos encontramos.

También es necesario buscar de infundir a estos ejercicios un sentido de luz y de vida. Ejecutándolos, nosotros proyectamos de hecho energías sutiles alrededor nuestro, creamos positivamente estas figuras de energía en el espacio etéreo. Puede ser útil ver, con los ojos cerrados o no, las líneas y los arcos como trazas ligeramente luminosas que paulatinamente se encienden, pero lo mejor es llegar a concebirlas como puros elementos de fuerza. Se pueden elegir, para esta disciplina, momentos de calma y de lucidez; pero también en los momentos de interrupción, de los cuales

hablamos —estando obligados a esperar, o llevándonos de un lugar a otro, o simplemente caminando y así sucesivamente— se puede retomarla por breves instantes, con ahínco y elasticidad.

3) Para determinar el espíritu en la *fijedad* es útil una práctica, para la cual el tiempo más propicio es el mediodía, antes del almuerzo: es entonces que la luz invisible llevada por el hombre se encuentra en su *maximum*, y el cuerpo sutil está en perfecta correspondencia con el cuerpo físico según un eje común que corresponde a la verticalidad del rayo solar del mediodía.

Se trata de inmovilizar el cuerpo en una cierta posición tal de no requerir fatiga y de presentar en sí misma una suficiente estabilidad (por ejemplo, como las figuras egipcias, hieráticamente sentadas sobre una especie de trono con barandas y espaldera). Luego, abandonar el pensamiento, dejarlo pensar lo que quiere, asistiendo simplemente: *saber* que ahora habéis pensado esto, luego esto, después esto, y así sucesivamente. Se continúe en tal modo, con el mismo espíritu de un experimentador que sigue con calma atenta el desarrollo de un fenómeno químico. El flujo mental se detendrá, y penetrará el sentido de un *estar*, de un *permanecer*. Como quien, llevado por una corriente, en un cierto momento tocase un apoyo sólido y, aferrándose, sintiese ahora "estar quieto". En el primero y segundo tomo de esta monografía se ha tratado varias veces acerca de esta disciplina, tan simple como esencial. Se hace nuevamente mención de ella en uno de los escritos de este mismo capítulo. Sin embargo, volvemos a ella con otra mención, transcribiendo fragmentos de un documento titulado: *La práctica del Éxtasis filosófico* publicado en un apéndice a la edición de las obras de TOMÁS CAMPANELLA, bajo el cuidado de A. D´ANCONA (Turín, 1854, vol. Y, pág. CCCXXIII).

"Hay que elegir un lugar en el cual no se sienta ruido de ninguna manera, en la oscuridad o bajo el tenue resplandor de una pequeña luz que esté tan atrás que no afecte a los ojos, o con los ojos cerrados. En un tiempo tranquilo y cuando el hombre se sienta despojado de toda pasión tanto del cuerpo como del alma. En cuanto al cuerpo, que no se sienta ni frío ni calor, no sienta en ninguna parte dolor, la cabeza descargada de catarro, de los humos de alimentos y de cualquier tipo de humor; que el cuerpo no se encuentre bajo el peso del alimento, ni tenga apetito ni de comida ni de bebida, ni de purgarse, ni de cualquier otra cosa; que se encuentre en un lugar tranquilo, en la manera más cómoda. El alma que se encuentre despojada de la más mínima pasión o pensamiento, que no se encuentre ocupada ni por

melancolía o dolor o alegría o temor o esperanza, que no tenga pensamientos amorosos o de cuidados familiares o de cosas propias o de otros; ni de memoria de cosas pasadas o de objetos presentes; sino habiéndose acomodado el cuerpo como arriba, se debe poner allí, y echar de la mente paulatinamente todos los pensamientos que comienzan a rondarle por la cabeza; y cuando viene en seguida uno a molestarlo, y cuando viene otro, en seguida también lo tiene que echar hasta que no vuelva más, no se piense en nada del todo, y que se permanezca del todo insensible, interiormente y exteriormente, y se convierta en inmóvil como si fuese una planta o una piedra natural".

Es éste un método en parte diferente del otro ya mencionado, tratándose no de dejar correr el pensamiento hasta que se agote, sino de eliminar paulatinamente su formación. En especial en el primer caso, es esencial la capacidad de aquel *mantener firme sin contacto*, a lo cual ha hecho alusión IAGLA. De otra manera o el pensamiento se escapa, o bien se cae en un estado de somnolencia, de semi-hipnosis. No un oscurecimiento, sino un creciente sentido de calma iluminación penetra en vez cuando la práctica sea bien conducida.

4) En fin, para la continuidad de presencia en la propia jornada, la disciplina consiste en predeterminar, en sus puntos principales, el contenido de la jornada sucesiva la noche anterior —*verlo* con calma y firmeza— luego retomarlo a la mañana siguiente, después recorrer tras haber transcurrido la jornada aquello que se ha hecho y considerar la adhesión o menos hacia aquello que se había establecido hacer. Para el presente fin, no se trata de endurecerse, oponiéndose a los innumerables imprevistos propios de la vida ordinaria, en especial de ciudad. Es suficiente hacer de modo que, por cuanto dependa de nosotros y de cuanto era previsible, no haya mutación, sino estrecha coherencia. A la noche, cuando se vuelve a ver la jornada, se la recorra *de atrás hacia adelante*, esforzándose en considerar todo lo que se ha hecho, sentido o pensado, en suma todo lo que nos ha pasado, con la misma distancia y la misma calma que se tendría de tratarse de otra persona que no nos interesa. En vez, retomando el contenido del nuevo día a la mañana, en las imágenes (es necesario siempre ver, nunca simplemente "pensar") se debería insertar un sentido de fuerza y de afirmación.

La predetermianción y la seria coherencia hacia ella crean una trama continua y una consolidación interior, en virtud de la cual toda la vida

adquirirá una autonomía y una seguridad más grandes. En vez de ser lanzados de un lado al otro por las contingencias, por los impulsos y por los pensamientos desordenados, comienza a manifestarse la posibilidad de conducirse por todas partes como señores.

Por lo tanto en su conjunto la jornada de los sujetos que componen la cadena puede organizarse de la manera siguiente:

Al atardecer: 1) Revisión de la jornada transcurrida; 2) Predetermianción visualizada de lo sucesivo; 3) Contemplación del sol en ascenso, antes del sueño.

Al despertar: 2) Contemplación del sol en descenso; representación activa del día que viene.

Al mediodía (posiblemente): Ejercicio de "fijación".

De tiempo en tiempo, durante el día: Trazado de las figuras de cadena.

Cuando nos compenetremos de ellos, nos daremos cuenta de que estos varios ejercicios son tales de integrarse recíprocamente, para despertar una cualidad única, solar y central, que quien participa de la cadena debe llevar en sí. Repetimos que quienes van a solicitar la "iniciación" del modo como podrían pedir que se les extraiga un diente —o bien las "visiones" como, *mutatis mutandi*, podrían verlas en un cine— equivocan el camino. Salvo excepciones, nosotros nos limitamos a indicar vías y medios para las personas serias y voluntariosas. Aquellos que permanecen en su necesidad y esperan que otro haga aquello que ellos mismos tienen que hacer, preferimos dejarlos al cuidado de las religiones y de los innumerables sucedáneos de éstas. Y en los desarrollos de la cadena será bueno no introducir ritos que puedan atraer fuerzas superiores y trascendentes, antes de que el sistema de las individualidades que las componen ofrezcan una *estructura* y un circuito bastante firmes, por lo cual poder conservar una actitud activa.

Por lo tanto los jefes de grupo exigirán la rigurosa observancia de estas disciplinas preliminares de carácter individual y la perseverancia en ellas aun habiendo comenzado las sesiones.

PRIMERAS INSTRUCCIONES DE CADENA.

Los componentes se disponen en círculo, sentados, con las manos sobre las rodillas; que el que dirige esté orientado hacia el Oriente. Las sesiones que se hagan a la mayor distancia de las comidas. Número impar; en lo posible *cinco* personas en un primer momento, las que asumirán los cinco vértices del pentagrama. Perfumes: incienso, mirra, bayas de eucalipto. El director indicará con palabras apropiadas o con batutas las diferentes fases.

1) Calma, concentración y "silencio". Que cada uno se *sienta* a sí mismo, que despierte en sí mismo un estado de atenta tranquilidad.

2) Tomar contacto con los otros. Estado de simpatía, de "estar juntos". Que cada uno confirme y subraye esta sensación imaginando partir de sí, de ponerse en un punto en el centro del círculo a la altura del pecho; desde este centro, ir hacia el vecino de la izquierda, luego volver al centro, ir a la persona siguiente (siempre imaginando *líneas*) y así sucesivamente, hasta volver desde el centro hacia sí. Contemplar el trazado en su conjunto (aquel que en la figura está adentro del círculo), luego conducir la mente hacia el solo punto central.

3) Desde el centro, ante una señal, proyectar un punto externo, a la izquierda, y visualizar un corrimiento suyo que describe un círculo que cierra todos los componentes, pasando detrás de cada uno. -Estado de ser comprendidos, cerrados. *Sentir* al mundo dividido en dos partes; la una *central, viviente*, encerrada en el círculo; la otra vacía, que se extiende hacia el infinito, Evocar el asenso del sol nocturno que se dispone sobre el círculo e irradia al grupo.

4) Trazado del pentagrama. Circunscripto al círculo, siempre horizontalmente. Se darán los tiempos, con leves golpes, al primer golpe, ponerse en el centro [1], al segundo proyectar el vértice 2, al tercero trazar el lado 2-3 y así sucesivamente: al séptimo, volver a conducirse en 1 y fijar la imagen total. Sentido de estar encerrados en este entrecruzamiento de líneas-fuerza. En el desarrollo de las sesiones, se procurará ejecutar siempre más rápidamente el trazado, en la síntesis de un único "gesto".

Cada uno trazará estas líneas mentales, a tiempo, como si lanzara fuerzas, como si cortara el espacio, de un vértice al otro, sintiendo quizás las líneas venir de lejos y prolongarse hasta el infinito. Trazado el pentagrama, la "clausura" del grupo es perfecta y éste, por decirlo así, está en disposición de combate. Cinco conos de fuerzas se extienden en el espacio etéreo.

En el caso de que la cadena esté formada por cinco elementos, los vértices serán hechos caer detrás de las espaldas de cada uno, como en la figura.

5) Creación y animación de una corriente fluídica. —Cada uno imaginará una corriente que sale de sí, a la altura de la cabeza, desde la izquierda, y que pasa sucesivamente en los otros. Imaginar un movimiento de circulación, primero lentísimo. Luego gradualmente acelerarlo. Simultaneidad de una actitud de acoger, de dejar pasar, de abrirse =♋, y de actividad, de empujar, conducir, energizar =☿ +☉, es decir ☿. Sentir lo que penetra desde la derecha y lo que parte desde la izquierda, y hacer de modo que lo que parte sea *más* fuerte, *más* veloz que lo que arriba.

Luego, dejar decrecer la corriente.

Volver a evocar el centro.

Volver a evocar el círculo y el pentagrama, e imaginar que estas figuras se dilatan y vuelven hacia atrás paulatinamente, hasta perderse en la sombra de la lejanía.

Que permanezca sólo el Sol, en lo alto, en el centro.

INSTRUCCIONES PARA UNA FAZ POSTERIOR.

1) Como arriba. En el nº 1) en vez de hacer decrecer la corriente, una vez al que se encuentre *maximum* de fuerza-velocidad, oponer individualmente *resistencia* a la misma, crear en sí un obstáculo que la retenga, y *absorber* la fuerza que se detiene.

2) Vivificación de los "Puntos de Vida". —Se despierte la corriente como en el n. 5) y, una vez al *maximum*, se imagine que la misma pasa a la altura de la fuente, detrás de las cejas; concéntrate en esta sede, mantener la circulación. Se lleve luego la mente a la altura de la laringe (reteniendo por un momento la respiración) y se cree la imagen-sensación de la corriente que dulcemente desciende a este nivel. Sucesivamente llevémonos al corazón y al plexo solar, con un relativo rebajamiento de la corriente. Espiar las especiales sensaciones que pueden surgir para cada sede.

Imaginar en fin la corriente como una espiral torbellinoso y como un torbellino que arrastra a todos esparciendo y animando a todas las sedes. Llevar allí el alma, el sentido de lo infinito, de liberación, de respiración: como si de una cárcel se saliese hacia un cielo libre. Visualizar una línea-rayo de luz vertical que atraviesa el cuerpo y todas la sedes, y en este eje proyectar el sentido del Yo, habitualmente limitado a la cabeza.

Todo ello a tiempo, de acuerdo a órdenes y eventuales imágenes dadas por el director.

Instrucciones para una Faz Ulterior.

Movilidad del cuerpo sutil. Una vez despertada la corriente en su totalidad como se dijo arriba, uniendo las manos, "constatar" el propio cuerpo físico sentado, e imaginar que mientras el mismo se encuentra quieto nuestro cuerpo sutil rueda lentamente en su interior, alrededor del eje de luz. Sentido de las agujas del reloj. Girar más veces. Llevar luego la imagen al punto de partida en una exacta correspondencia con el cuerpo físico.

IAGLA

LA LÓGICA DEL SUBSUELO

El hipnotismo conoce una experiencia denominada *sugestión post-hipnótica*, que casi siempre resulta.

A una persona, puesta en un estado hipnótico, se le ordena: "El tal día a tal hora, *harás* tal cosa".

El sujeto se despierta. No recuerda nada de nada. El tiempo pasa, llegan el tal día y la tal hora y ¡paf!, él ejecuta con exactitud la orden.

Hay casos en los cuales ante la aproximación del momento preestablecido, sobreviene una especie de turbación, de aturdimiento, incluso de crisis. En otros casos sin embargo la interrupción no se da. La conciencia permanece lúcida, despierta: pero se produce un curso de pensamientos, que conduce a aquel acto. El acto es ejecutado, y el yo se ilusiona de ser perfectamente libre. RICHET, si bien recuerdo, cita un caso típico. La orden era: lanzar al fuego un libro: especialmente puesto cerca de la chimenea.

Llega el momento. El ojo —*por casualidad*, se entienda bien— se posa sobre el libro. La *atención* se concentra. Surge el pensamiento: "He aquí el libro que me diera X. Ahora es bien mío. Y me es querido". Recuerdos y asociaciones varias. Luego inesperadamente: "¿Querido... pero soy yo acaso esclavo de lo que me es querido". Otros pensamientos, desordenados: "Por cierto, *no*. Soy *libre* de hacer lo que yo quiero" La mirada se posa "distraídamente" sobre el fuego: "Por cierto, si yo lo quisiese podría también lanzarlo *al fuego*, por ejemplo, aquel libro, si yo lo quisiera". Pausa. "Si yo lo quisiera...¿Y *por qué no*?". Resolución: "¡Caramba, yo lo tiro, *justamente* porque me es querido!". Y lo lanza. Sentido de satisfacción, como por un acto que ha atestiguado la "fuerza" de la "personalidad libre". El "razonamiento" —¿no es verdad?— es justamente el del "libre albedrío": conciente, transparentísimo. Pero mientras tanto el "yo" ha sido *jugado* sin darse cuenta.

Este experimento, en sí mismo no es nada. No así la admonición y la *sospecha* que despierta en quien reflexione sobre ello. Os encontráis en tener que admitir que la conciencia posee un doble-fondo, y que a este doble fondo vosotros no llegáis; os encontráis admitiendo que ciertos cursos de

pensamientos, que luego conducen vuestra conducta, pueden ser determinados por causas subterráneas *inaprehensibles.*

El que comienza a alarmarse, lo hace con razón; pero crea el *principio*: aprende a mirar allí donde debe mirar: *atrás. Los bastidores de la conciencia están poblados de fuerzas y de seres*, los cuales sostienen los hilos de una parte de las acciones de los "yo libres". No hay pensamiento que no contenga una precisa *intención.* No hay lógica que no obedezca a otra "lógica", con respecto a la cual muchas veces la primera es un sofisma, un pretexto, una máscara. Comenzaréis a daros cuenta, paulatinamente, cuáles cosas que no habéis aceptado juzgándolas irracionales en efecto os han aparecido irracionales sólo porque no las queríais. *Alguien*, en vosotros, no las quería. Así como una linterna hace luz adelante de sí y no por detrás, del mismo modo sucede con vuestra conciencia: no sois, no sabéis vosotros quien la conduce a iluminar justo aquello que ella ilumina: a fin de que esto sea visto y esto otro no, que ciertos acontecimientos sucedan y otros no.

Ahora bien: la acción oculta sobre los hombres se ejerce justamente en esta penumbra, por estas vías que corren más profundamente que vuestra conciencia. Seres, que permanecen entre bastidores, usan para actuar vuestros mismos pensamientos, y así os dejan en la creencia de ser perfectamente libres. Se determina la idea de lo que se quiere, se la perfecciona, se la alimenta, luego os la deponen adentro en espera de que el germen se desarrolle y produzca espontáneamente aquellas "razones", aquellas justificaciones ideales, morales o sentimentales, incluso experimentales, que son más oportunas para conduciros a la cosa preestablecida.

Pensad: ¡cuánta casualidad hay en la vida de vosotros, hombres ¡cuánta "espontaneidad"! Adentro: resoluciones improvisas, atracciones y repulsiones, flujos de abatimiento o de exaltación, extrañas atenciones y extrañas distracciones, y estos "valores", estos intereses, estos pensamientos, estos símbolos que ahora comienzan a hablaros y que antes no lo hacían, o viceversa, y así sucesivamente. Afuera: justamente os "acontece" conocer o encontrar a esta persona, justamente estas reacciones se desatan en vuestro ánimo, justamente este libro o esta revista os caen entre manos, y vuestra vida puede tomar una dirección diferente. No existe, por cierto, una persona seria que pierda su tiempo en reflexionar sobre este vasto mundo de la "casualidad". Y bien: he aquí una tierra sin límites en la cual os halláis sin defensa. *Los puestos vacíos de la "casualidad" pueden ser llenados con "causas".* Los "démones" y los "entes" están por doquier.

Vosotros sois sumamente ingenuos si esperáis hallar la magia sobre la

traza de algún efecto extraordinario, manifiesto, clamoroso. Deberéis mirar cerca, en vez de mirar lejos: prestad atención al orden de las cosas que os parecen más "naturales", más "espontáneas", menos necesitadas de explicación, o bien más cuidadosamente dotadas de explicaciones en la vida de vuestra alma y en el espectáculo del mundo externo.

Ya: también en el mundo externo la desconfianza es la madre de la sabiduría. La coherencia rigurosa de las leyes naturales es una cosa que equivale con exactitud a la máscara y al sofisma del "razonamiento", con el cual la sugestión post-hipnótica depositada en lo profundo se crea la propia "justificación" ante el yo. Cuanto más el hombre se satisface de las "explicaciones" ofrecidas por ciertas leyes físicas, y se esfuerza en agotar los problemas de la realidad con ellas, más cae en el engaño, más se aleja de sí la *clave de la magia*, y se intoxica de ceguera y de impotencia. ¿Y respecto de la historia? Los modernos han arribado a saber que por ejemplo las enfermedades no nacen solas, que para que las enfermedades surjan es necesaria la presencia y la acción de ciertas bacterias. Y bien ellos creen todavía, con toda seriedad, que revoluciones, subversiones, acontecimientos decisivos en la historia puedan haber sido espontáneos, puedan nacer por sí mismo o —lo cual es más o menos lo mismo— sean explicables sólo por causas "naturales" (sociales, económicas, políticas). La historia no se explica por sí, sino a través de otra historia secreta que espera aun ser escrita y que, cuando lo será, le dará a los hombres y a los pueblos la sensación de haber vivido y actuado hasta ahora en un estado de hipnosis. Sí, el viejo Judío tenía razón: "La historia es hecha por otras fuerzas, fuerzas que aquellos cuyos ojos no va más allá de los bastidores, no sospechan", escribió en su momento DISRAELI [1].

Alarmarse, *sentir* ojos y manos y fascinaciones por doquier, he aquí el principio. *Pega una media vuelta y mira hacia atrás*: te he dicho todo. En cuanto a la vida interna, que es el punto de partida para todo lo demás, una inteligencia sutilísima y serpentina va creada por los pensamientos en cada circunstancia relevante: darse cuenta de qué *quieren*, ellos, con el hecho de que tú los pienses y aceptes. Hazte un oído para su lenguaje. Aquellos que se presentan con la mayor evidencia son aquellos hacia los cuales debes alimentar la mayor de las desconfianzas. Despertada la necesaria sensibilidad, verás a los pensamientos de los cuales emana una fascinación ambigua y silenciosa, por la cual tu mente es atraída, del mismo

[1] Véase MALINSKY y DE PONCINS, *La guerre occulte*, París, 1935.

modo que el *varón por la hembra.* Duro es el camino, y no hay ayudas. El enemigo no ama las miradas. Se sustrae. Sobre los umbrales del "vacío" mental te "distraes" entonces o vacilas. Desciende la niebla del aturdimiento, la atención dirigida hacia lo interno no rige. Es *su* círculo mágico. Y tu lucha. Manténte firme sin contacto. Rígete sin apoyo. En el espíritu de una simpleza enérgica; con el ojo interno listo, como el cazador que espera el despliegue de un vuelo, desde donde aun no lo sabes [2].

Hasta donde arribas con este *ambular ad intra,* hasta allí purificas, exorcizas y consagras. Es una luz clara que desciende en aquella que para ti era noche y hace retroceder a los fantasmas, a las larvas, a las "influencias", o te hace súbitamente ver a quienes, en tanto amigos, *estaban allí para esperarte,* cercanísimos.

En la misma medida tú conquistas la posibilidad de actuar sobre los que habitan la "superficie", conducidos por la lógica de "sus" pensamientos y de su "espontaneidad". Y en la noche alta, en fin, y con el ojo totalmente abierto, hay aislamiento, hay sol, hay pureza. Correrá alrededor de ti, a su vez ahora un círculo mágico de luz.

O bien, otra señal del camino: *sospecha del placer.* Ya te fue dicho por lo demás: "El placer habitual de los hombres posee determinadas leyes y determinadas finalidades, es muchas veces anzuelo a fin de que sean cumplidos determinados actos en los cuales el hombre es jugado por la 'naturaleza' y siempre más atrapado por la red de los fines de ésta. Y si la treta es manifiesta en las formas de la vida animal, por ejemplo en el placer sexual, lo mismo se puede decir para muchas otras especies de placer reputadas 'superiores' por los mortales".

Desde el punto de vista de la alta magia, el placer es un estado de *no-conocimiento;* es el ojo que se vela; es una turbación, por medio de la cual se produce un hiato, y otro desciende, penetra, actúa y tú vives *pasión.* "Quizás para significar este disolverse, este perder la solidez, este volcarse de la persona, los latinos decían: "*liquida voluptas*" " [3]. Del mismo modo EVOLA dice: "Un *sufrir gozando* es lo que los hombres conocen como voluptuosidad" [4] y refiriendo las disciplinas de "purificación" por la composición de la "Virgen" justamente os lleva sobre el punto de lesión,

[2] Se puede resaltar que estas direcciones comprenden y conducen sumamente más allá de lo que hay de justo en la denominada "psicología profunda" y en el psicoanálisis.

[3] G. MICHELSTAEDTER, *La Persuasione e la Rettorica,* Florencia, 1922, pág. 88.

[4] J. EVOLA, *Lo Yoga della Potenza,* Roma, 1968, pág. 214.

o de defensa: allá donde, como en el caso citado, es la apariencia de la "libertad pura" la que os juega. Tú te "sientes" perfectamente libre "indiferente": y sin embargo he aquí que decides; y actúas. ¿Cómo haces para saber en este momento que *justo* esta alternativa has elegido desde la "nada", y no otra, que tuya, a partir de ti es "tu" acción? ¿Y que la "nada" era en verdad nada, y no tierra poblada de *esperas*, de "causas" sutiles, de causas no perceptibles?

Te es necesaria una atención suprema sobre tu ánimo, sobre tu "cuerpo de sensación": congélalo en un equilibrio y estáte listo para captar el momento de la alteración y su "sentido", su "dirección". El principio es: de acuerdo a que la acción sea conforme o no con una inclinación subconciente (es decir con la voluntad dominante en el fondo de ti, de los *otros*), se advierte placer y contrariedad. "Así no es suficiente con *creer* que la elección sea indiferente, es necesario en vez poner a un lado la propia voluntad y probar en dejar decidir a la "casualidad", por ejemplo al caer en un sentido o en el otro de una moneda. En el *sentimiento* que resulta de ello (del estado de "equilibrio" que se altera) por reacción, multiplicando esta disciplina y extendiéndola a una materia que siempre más íntimamente os incumba, se tendrá un instrumento señalador... para verificar cuánto era realidad y cuánto ilusión aquel sentido de indiferencia que precedía la elección" [5].

Nuevamente falsos senderos se te plantan adelante. Duro y felino debes hacerte con tu pequeña alma que, ingenua y prisionera, acude allí donde se le manifieste alegría, paz y satisfacción. Debes despegarte y debes saberla fijar con calma frialdad (pienso en ciertos grises, metálicos-azules ojos nórdicos), cuando por vergüenza ella quiere menos ser vista, cuando te sugiere abandono a fin de que el contacto acontezca, y ella subyazca, reciba y sufra. *Tú* debes ser su varón y no otro. Tiéntala, por lo tanto, experiméntala en todos los sentidos, sobre todas las vías, arrástrala siempre más abajo a fin de que la reacción finalmente se manifieste; y en la reacción se manifieste el vínculo; y del vínculo tú puedas volver a elevarte hacia quien la tiene vinculada, y puedas arrancarla a este *otro* y tú mismo sustituirte, a fin de que ella sea *tu* alma, incondicionadamente: sin la reacción y sin la reserva que le sea más posible.

No puedes permitirte pureza, alegría, *simpleza*, antes de entonces, cual "Hijo de Hermes".

[5] *Ibid.*, pág. 205.

PEDRO NEGRI

ACERCA DE LA TRADICIÓN OCCIDENTAL

1) Desvalorización de la tradición pagana.

Un escritor masónico francés, J. M. RAGON, que aun goza de considerable autoridad en ciertos ambientes, ha escrito que "Roma no poseyó nunca sino *los Pequeños Misterios*" y ha afirmado que Pitágoras en el 241 a. U.C. (*sic*) fue a hacerse iniciar por los druidas en Alesia [1], la ciudad que, junto con la iniciación druídica, iba a ser destruida por Cesar, "*ce barbare digne de Rome*" [2]. Apreciación similarmente maliciosa es la de STANISLAS DE GUAITA, uno de los más cotizados ocultistas franceses:

"Roma, tan fértil en abominables necromantes, no dio un verdadero discípulo de Hermes. No se objete el nombre de Ovidio. Sus *Metamorfosis*, tan graciosas bajo todos los aspectos, manifiestan un esoterismo sumamente errado, por no decir ingenuo. Virgilio, un iniciado éste (*menos mal*), preocupado sobre todo en dotar a Italia de una gran obra épica, no deja aparecer entre líneas ni por casualidad la irradiación de su 'sabiduría'" [3].

Estas afirmaciones de RAGON y de DE GUAITA no son aisladas, sino todo lo contrario. Ellas encuentran relación por ejemplo con aquellas otras, también serias y fundadas, de otro escritor francés, MARCOS SAUNIER, autor de un libro muy popular en el campo del ocultismo, y sumamente difundido también en Italia. SAUNIER, tras haber afirmado que Roma fue fundada por un colegio

[1] *Rituel du grade Maître*, pág. 75. En otra parte (*Maçonnerie Occulte*, 1853, pág. 537) Ragon ubica al Lacio entre los grandes centros de iniciación, ¿Y entonces? En cuanto a la importancia y al carácter iniciático de Alesia, se puede observar que la historia habla de Alesia sólo en ocasión de su destrucción. Todo lo demás es una breve leyenda referida por Diodoro Siculo (libro IV); mientras que la Escuela Itálica de Pitágoras tiene una importancia segura e histórica de primer orden. ¿Puede lo que es más venir de lo que es menos?

[2] J. M. RAGON, *Ortodoxie Maçonnique*, París, 1853, pág. 23.

[3] STANISLAS DE GUAITA, *Au seuil du Mystère*, París, 1915, 5. de. pág. 53.

de iniciados etruscos agrega luego que "los iniciados fueron al poco tiempo expulsados, y el pueblo romano quiso gobernarse por sí mismo, siguiendo sus apetitos groseros, y los impulsos de su brutalidad nativa". Y más adelante[4] agrega: "la ciudad de las siete colinas sagradas... se había convertido en la cueva infame de una manada de brutos que querían imponer su fuerza al mundo. El culto de Roma era la fuerza, su sueño la carnicería. En el romano no había nada de grande y de noble. El corazón no existía. En él la fuerza sola hablaba y la inteligencia residía en los músculos de su puño. Al estar ocupado en combatir, para pensar se servía de esclavos"

No analizaremos aquí el fundamento y la serenidad de esta postura. Notemos sólo que en esta implacable animosidad se reencuentra no sólo el odio de Breno (¡el gran pensador de Galia!), sino también la hostilidad partisana de San Pablo [5] y de los cristianos en general en contra de Roma. En efecto, según SAUNIER, el remedio ante tantos males e infamias fue traído por el cristianismo: "Para renovar el mundo era necesario hallar un término medio que sedujese conjuntamente a la Fuerza y a la Inteligencia, preparara su alianza e hiciera cesar su duelo. Y fue Jesús quien justamente lo halló en la Sentimentalidad". ¡Y alabado sea Jesús con su Sentimentalidad con la S mayúscula! Abatido el Imperio y destruida la *pax romana*, en efecto fue instaurado el amor al prójimo y la caridad cristiana, por cuya merced los pueblos cristianos han vivido amándose muchísimo y las carnicerías desaparecieron totalmente, salvo alguna pequeña, obviable y reciente excepción.

Esta sistemática denigración de la romanidad, y esta encarnizada desvalorización de toda sabiduría y capacidad iniciática en los Romanos (como si acaso la misma palabra *initia* no fuese abierta y clásicamente latina) mal se condice con la actitud y las afirmaciones al respecto de otro ocultista francés, masón y cristiano, también él adversario de la paganidad. En efecto, de acuerdo a lo que afirma el DR. GERARD ENCAUSSE, más conocido bajo el seudónimo PAPUS, la iniciación pagana habría arribado hasta a nuestros días, puesto que, siempre de acuerdo a PAPUS, la Providencia ha debido, no hace mucho tiempo, molestarse y descender en el terreno para cerrarle el paso; de lo cual puede deducirse que si hoy se encuentran todavía residuos, en otra época tenía ha haber habido algo más. He aquí lo que escribe PAPUS bajo la vestimenta de Gran Maestro del Martinismo: "MARTÍNEZ DE PASQUALLY,

[4] MARCOS SAUNIER, *La leggenda dei simboli,* 1912, pág. 176.
[5] *Epístola a los Romanos*, Y, 18-32.

luego CLAUDE DE SAINT-MARTIN, han querido construir una *caballería cristiana* esencialmente laica, encargada de difundir y esparcir la tradición iniciática de Occidente y de preparar en su mejor manera la gran obra de la Reintegración humana. La Providencia ha querido oponer una corriente cristiana a la corriente pagana y de origen pitagórica que ha centralizado una parte de las obras de difusión iniciática" [6].

No es bien claro que si PAPUS pretende referirse a corriente paganas de su tiempo, o bien del tiempo de SAINT-MARTIN, o también a corrientes paganas del uno y del otro tiempo. En Francia el movimiento pitagórico de FABRE D´OLIVET (1768-1825) tuvo su comienzo en el 1813 con la publicación de sus *Vers dorés de Pythagore...* y el restablecimiento del paganismo ha sido predicado algún año antes por el hierofante pagano QUINTUS-NANTIUS AUCLER, revestido de la toga de los pontífices romanos. Pero no deberían ser éstas las corrientes a las cuales alude PAPUS, puesto que las primeras ediciones de las obras de L. C. DE SAINT-MARTIN se remiten a 1782, y son por ende anteriores sea a los escritos de FABRE D'OLIVET como a la obra de AUCLER [7]; excluidas por lo demás estas dos corrientes paganas y pitagóricas no sabríamos decir a cuál otro movimiento haya querido referirse PAPUS, a menos que él no haya querido aludir simplemente a la Masonería en la cual, junto a varias cosas, es posible rastrear una huella pitagórica y una conexión con las corporaciones de constructores de la antigüedad romana y post-romana.

No es aquí la oportunidad de detenernos a examinar el sumamente discutible vínculo de MARTÍNEZ y de SAINT-MARTIN operado por Papus, ni acerca de la ausencia en los escritos del teósofo AMBROISE de toda mención a esta intervención antipagana de la Providencia; por lo demás, de las cartas de SAINT-MARTIN a KIRSHBERGER, barón de LIEBISDORF, resulta que él se preocupaba sobre todo de aquella que denominaba la *École du Nord*, y estaba sumamente alarmado por las operaciones mágicas hechas en Lión por la Logia masónica de rito egipcio fundada allí por CAGLIOSTRO [8]. A nosotros nos basta constatar que si no se quiere hacer combatir a PAPUS y a la Providencia contra los molinos de viento, tenía que existir en el tiempo de SAINT-MARTIN o en el de PAPUS una "corriente pagana y pitagórica que había centralizado una parte de las obras de difusión iniciáticas". En tal modo

[6] Revista "*L´Initiation*", Aoû, 1898.

[7] *La Thréicie*, París, Año VII.

[8] L. C. DE SAINT-MARTIN, *Correspondance inédite avec Kirschberger*, París, 1862.

la persistencia de una tradición iniciática occidental pagana es admitida también por sus enemigos. Luego delo cual, no nos parece abundante la coherencia y la buena fe de aquellos martinistas para los cuales la tradición iniciática occidental es necesariamente y sin más cristiana. Es verdad que alguna vez se trata simplemente de un puro y auténtico analfabetismo. Así pues por ejemplo en el período en el cual escribimos el Gran Maestre del Oriente martinista en Italia ha dado prueba de su sabiduría y de sus sentimientos de italianidad denigrando, más de lo que exija cualquier ahínco, a la romanidad. He aquí sus textuales palabras: "Las cifras, o *por mejor decir*, la numeración de los Romanos no tenían ninguna referencia con las funciones del cero, es decir del *infinito espacial*, puesto que los Romanos permanecían siempre en las causas segundas, y no se preocupaban de elevarse demasiado a la causa primera" [9]. Podríamos citar otros pasajes de este Gran Maestre, pero reputamos que el aquí mencionado sea más que suficiente para mostar cómo para tal gente es natural denigrar la romanidad y en compensación mostrarnos la propia afinidad con aquellos "hombres sin letras e idiotas" de los cuales nos hablan los *Hechos de los Apóstoles* [10].

2) Oriente, Occidente y el cristianismo.

PAPUS, si es que no ha creado, al menos ha contribuido a reforzar y a difundir el prejuicio por el cual se habla de *la* tradición iniciática cristiana occidental como si fuese, no sólo ortodoxa, auténtica y fiel, sino como si fuera indudablemente occidental, y es más, la sola tradición occidental.

Después y como consecuencia de los disensos surgidos entre PAPUS y H. P. BLAVATSKY y su *Theosophical Society*, él constituyó en contra de ésta el Martinismo, "orden de iluminados que pone el nombre de Cristo en la cabeza de todos sus actos oficiales" [11], que tiene por fin el de "difundir y esparcir *la* tradición iniciática de Occidente". Y puesto que la Orden

[9] En *O´Thanatos*, Junio 1923, pág. 17.

[10] *Hechos de los Apóstoles*, IV, 13.

[11] A decir verdad, no se trata del nombre de Cristo, sino sólo de I.H.S.V.H., es decir de una palabra que no existe en hebraico, sino que ha sido fabricada para su uso y comodidad por los cabalistas cristianos en el Medioevo insertando una S. en el medio del tetragrama del Antiguo Testamento. Sobre este pentagrama provisto de *scin* véase el estudio de SAVINO SAVINI en "*Ignis*", Abril-Mayo, 1925.

Martinista y la Sociedad Teosófica son dos organizaciones pseudo-esotéricas que hacen una gran propaganda, acontece así que frente al ojo profano de la mayoría el antagonismo entre estas dos organizaciones pareció como un reflejo o una manifestación de una rivalidad entre *la* tradición oriental, representada por la Sociedad Teosófica, y *la* tradición occidental, representada por el Martinismo. Naturalmente que las cosas no se encuentran para nada en estos términos, y es más bien absurdo pensar que dos tradiciones ortodoxas, y por ende vinculadas a la única jerarquía iniciática, puedan luchar entre sí.

En el último período el antagonismo entre los dos movimientos fue atenuándose cada vez gracias a la progresiva cristianización de la Sociedad Teosófica operada por BESANT y más todavía por STEINER. Este a su vez entró en abierta disidencia con BESANT y fundó por su cuenta la Sociedad Antroposófica reputándose como herederos y representantes de los *Rosacruces*, es decir, según él, de la tradición iniciática occidental, cristiana por supuesto. De este modo los antroposofistas se han acercado a las posturas del Martinismo; y en efecto tendremos ocasión de ver un número de una revista steineriana francesa dedicado casi por completo a la figura y a los escritos del Filósofo Incógnito, exaltado aquí como el verdadero precursor de GOETHE y de RUDOLF STEINER.

Cuál pueda ser el resultado de este intento de absorción del Martinismo de parte de la antroposofía es algo que poco nos interesa. Vayan o no del brazo, martinistas y antroposofistas se encuentran de acuerdo entre sí y en desacuerdo con nosotros cuando hacen de Jesús la figura central, no tanto de la iniciación, sino de la historia y del universo, y cuando confunden la tradición cristiana con la tradición iniciática occidental. Nosotros en efecto, dejando por el momento sin analizar la cuestión del lugar que le corresponde legítimamente a la figura de Jesús en la historia de la tierra y en la del universo, rechazamos netamente:

1) *la occidentalidad del cristianismo*;
2) *el carácter cristiano de la tradición iniciática occidental.*

Es necesario ante todo entendernos acerca del significado y la extensión a asignar a los términos: *oriental* y *occidental.* En verdad, si para definir su sentido se adopta un criterio puramente geográfico, entonces en estricto rigor Oriente y Occidente se convierten en dos palabras privadas de significado, puesto que, a excepción de los dos polos, cualquier punto de la

superficie terrestre está simultáneamente a oriente de los puntos que respecto del mismo se encuentran a occidente y a occidente de aquellos puntos que respecto del mismo se hallan en oriente. Le sigue a ello la necesidad de adoptar otros criterios para definir lo que se entienda por Oriente y Occidente y trazar la línea de separación geográfica e histórica, saliendo por cuanto sea posible de lo vago y convencional.

Ahora bien, puesto que la unificación de Occidente aconteció por obra y bajo el imperio de Roma, puesto que el mundo moderno, nuestra civilización, deriva, dejando a un lado alteraciones varias, de la civilización clásica, el cristianismo, ha buscado en Roma el crisma de la catolicidad, y en Roma ve su centro, parece luego natural reconocer en Roma, si no *Roma Caput Mundi*, por lo menos el centro de Occidente. Y entonces, romanamente, Oriente comprende toda el Asia desde la Anatolia (el *Levante*) hasta el extremo Oriente, y Occidente comprende Grecia y Roma y afuera han resentido poderosa y prevalecientemente la influencia directa o indirecta de la civilización de la cual la antigua Roma fue su centro.

Esta partición deja afuera al antiguo Egipto, que se encuentra a caballo entre el Oriente y el Occidente. El meridiano que pasa por la pirámide de *Keops* podría de aquí en más ser considerado como la línea de separación entre Oriente y Occidente, incluyendo en tal modo en el Occidente a las costas helenizadas de la Anatolia. También en el sentido corriente de la palabra Egipto es considerado en sí, distinto del Oriente. Bajo muchos aspectos, en efecto, Egipto se acerca más al Occidente que al Oriente. El carácter regio, divino y sacerdotal del Faraón encuentra relación en la reunión de la suma autoridad política y sacerdotal en la persona del divino Julio, al mismo tiempo Emperador y Pontífice Máximo. Los Misterios de Eléusis de Grecia se parecen grandemente a los isíacos; en el período alejandrino elementos neo-pitagóricos y neo-platónicos se funden en mutua interpenetración con elementos estrechamente egipcios, y se forma en Egipto la tradición hermética del *arte sagrada y divina*; tradición transmitida por medio de los Árabes en Italia, España y Occidente en general, hasta convertirse en la tradición hermética medieval occidental del *arte regia*. Notamos en fin que esta partición de Oriente y Occidente deja geográficamente en Occidente a toda el África septentrional de modo que van incluidas en el Occidente las escuelas iniciáticas del Marruecos. Con esta partición en vez el judaísmo y sus derivaciones permanecen también geográficamente como extraños al Occidente.

Al determinar el límite entre Oriente y Occidente, como en general en la determinación de todas las fronteras, permanece siempre un cier-

to margen de incertidumbre que deja subsistir los equívocos y consiente soluciones en las cuales las preferencias y los arbitrios pueden influir sobre el desplazamiento en un sentido o en otro de la línea del límite. En tal caso nos parece que se tenga que tener en cuenta, para incluir o excluir una región o un pueblo en el Oriente y en Occidente, su homogeneidad o heterogeneidad con el uno o con el otro. Si es lícito por ejemplo contar entre los Occidentales a los Húngaros a pesar de su origen, no es por cierto el caso de hacer lo mismo con los Judíos, fijos o nómades, en Europa. No se debe pues abstraer de la heterogeneidad entre el cristianismo y toda la civilización clásica occidental, por el hecho de que los Romanos y los paganos consideraron al cristianismo como una secta oriental, surgida al margen del imperio, por afuera de la vida, las costumbres, la mentalidad grecorromana. Y en verdad, aun no olvidando y no desconociendo los elementos paganos que se asentaron en el cristianismo y más especialmente en el catolicismo, no se puede hacer a menos que reconocer el carácter asiático de este movimiento, surgido por obra de un Judío nacido, existido, muerto en Palestina, y no por cierto helenizado. La intolerancia religiosa por la cual se convierte en delito perseguible legalmente la heterodoxia del pensamiento, no es por cierto una característica greco-romana. El santo celo de la propaganda tampoco; la subordinación de los deberes del ciudadano a los del creyente, de los intereses de la patria terrena a los de la patria celeste tampoco; la pretensión de encerrar la verdad en los artículos de un credo, el hacer depender la salvación del alma de la profesión de una determinada creencia y de la observancia de una determinada moral tampoco; el espíritu anárquico y democrático de la hermandad universal y obligatoria, de la semejanza del prójimo y de la igualdad tampoco. ¿Los mismos cristianos no exaltan quizás su religión porque la predicación de la doctrina de Jesús ha subvertido toda la tabla de los valores del paganismo, dando a los pobres la preferencia sobre los ricos, a los últimos el puesto de los primeros, a la locura de la cruz y a las cosas despreciables e innobles del mundo [12] la victoria por sobre al sabiduría de los filósofos, a la salvación de las almas la máxima importancia y a la defensa de los intereses del imperio la mínima?[13]. ¿Cuando los apóstoles y los discípulos

[12] No será quizás superfluo que nosotros hagamos una cosa distinta que repetir conceptos y términos de SAN PABLO (*A los Corintios,* Y, 21-28).

[13] Los rebeldes y los traidores a la autoridad y disciplina imperial pasaban como mártires de la fe. Tal el caso de San Sebastián, el cual el güelfismo de ayer quería convertir en el patrono de la Milicia fascista.

contraponen su doctrina y su visión a la de los gentiles, de los *étnicos* tal como ellos los llaman, no establecen y reconocen ellos como primeras no sólo la heterogeneidad, sino inclusive el contraste entre cristianismo y paganismo, entre étnicos y cristianos, no se afirman por sí mismos étnicamente extraños al Occidente?

Y si no se tiene para nada en cuenta este hebraísmo básico y esta radical heterogeneidad, y se sostiene que el hebraísmo originario y primitivo ha sido trascendido, que el cristianismo es el predicado por San Pablo y que el Evangelio se dirige por igual a todas las personas de la tierra, no se ve por qué entonces haya que considerarlo occidental en vez de oriental, septentrional o meridional. Es evidente que afirmar la occidentalidad del cristianismo equivale a negar u olvidar su catolicidad, e inversamente. Las cavilaciones de la casuística no consienten superar este dilema. Y de cualquier modo, dado y no concedido este adquirido carácter de universalidad, el carácter originario permanece siempre el que es. ¿Quizás los macarrones, hoy comidos y apreciados en todo el mundo, han cesado por esto de ser un plato napolitano?

El cristianismo pues, ni por su origen histórico, ni por una verdadera preferencia o mayor importancia voluntariamente acordada a Occidente respecto de los pueblos de otras partes de la tierra, puede a buen derecho jactarse de un carácter occidental. ¿Y entonces sobre qué se apoya la tan proclamada occidentalidad del cristianismo? La única apariencia de justificación de este lugar común se encuentra en el hecho de que el Occidente se ha convertido, en un cierto sentido y hasta un cierto punto, en cristiano. Puede parecer un juego de palabras, pero se trata en sustancia de dos cosas profundamente diferentes. Y la confusión, y la ilusión son favorecidas por el hecho de que *grosso modo* sólo el Occidente se ha convertido en cristiano. En el extremo Oriente y en el medio Oriente, en verdad, la predicación cristiana no ha hecho seriamente pie, y en el cercano Oriente y en el África septentrional, en un tiempo cristianos, la religión de Jesús, ha perdido terreno frente al Islam; de modo que, no obstante todos los esfuerzos de proselitismo y todas las pretensiones de universalidad, aun hoy de cristiana también nominalmente no hay sino una minoría de la humanidad, aun hoy la cristiandad está constituida prevalecientemente por el solo Occidente. La occidentalidad del cristianismo no es sino una locución impropia y equívoca para indicar la cristianicidad de Occidente.

Naturalmente, constatado todo lo que antecede, no pensamos haber hecho un gran descubrimiento; cosa que por lo demás poco nos aflige puesto que

no condividimos el entusiasmo de los modernos por los descubrimientos. Es más, en un cierto sentido nos avergonzaríamos de haber tenido que decir cosas tan obvias, si no reputáramos muy oportuno decirlas para disipar los equívocos dominantes al respecto. La confusión que hemos resaltado, esclarecido y deplorado, reina soberana en el pensamiento de Occidente, y tanto más oportuno nos ha parecido insistir sobre una verdad de hecho tan palmaria en cuanto que hay quien tiene interés en establecer, en propagar y en perpetuar tal equívoco.

3) La Tradición iniciática en Occidente.

Pasemos ahora, luego de esto, al segundo punto de la refutación, es decir al pretendido carácter cristiano de la tradición occidental, o, para ser más precisos, a la pretensión de que una tradición iniciática occidental tenga y deba por fuerza tener un carácter cristiano.

Semejante afirmación presupone implícitamente otras. Y son:

1) Que el Occidente se haya efectivamente cristianizado.

2) Que el cristianismo haya poseído y haya mantenido íntegro el depósito de la tradición sagrada, así como la plena comprensión espiritual de los misterios de la fe de parte de un sacerdocio digno de tal nombre.

3) Que la cristianización de Occidente haya sido tan general y profunda de hacer *tabula rasa* de todo residuo de paganidad y tan absoluta de excluir en particular cualquier continuidad y derivación de los Misterios y de la iniciación pagana.

4) Que desde el comienzo de la era vulgar en adelante Occidente haya permanecido impenetrable a toda otra influencia.

La tesis que aquí refutamos comprende pues una parte negativa, que excluye la existencia en el Occidente moderno de un centro o tradición no cristiana de cualquier tipo, y una parte positiva que afirma la existencia de una tradición esotérica cristiana. Examinémoslas a ambas; y observemos sobre todo que una cosa es no saber si algo exista o no, y otra es saber que ella no está o no puede estar; y si esto es verdadero en general, con tanta mayor cautela es necesario proceder en esta distinción cuando se trata de algo cuya eventual existencia puede ser verosímilmente oculta. Este es precisamente nuestro caso, tratándose de esoterismo, es decir de algo por definición secreto y misterioso. Y, tratándose del caso específico y particular de una eventual tradición iniciática, moderna y pagana, al carácter

oculto, decimos así normal, peculiar a todo esoterismo, hay que agregar el contingente y especial que deriva de las condiciones pasadas y presentes del Occidente.

Mientras en efecto una eventual tradición iniciática cristiana habría podido y podría libremente y sin inconvenientes afirmarse y actuar, en conformidad con el espíritu de proselitismo cristiano, la postura ha sido manifiestamente y se presenta aun hoy muy distinta para una tradición pagana y no habría que asombrarse si no se hallara nungún rastro, aun habiendo existido y existiendo todavía. El ocultamiento de su misma existencia para una tradición pagana debe haber aparecido, por decir poco, como oportuno. Es suficiente con pensar en el odio profundo e inveterado de la religión cristiana dominante en Occidente contra el paganismo para darse cuenta de ello. Aun cuando se atacan entre ellos, las varias sectas cristianas se acusan de paganismo; se diría que, de acuerdo a su mentalidad, no es posible hallar una acusación peor. Los protestantes para afirmar la excelencia y la genuinidad de su cristianismo achacan a los católicos su paganismo y la Iglesia católica recientemente para condenar al movimiento de la *Action Française* se ha basado en su pretendido carácter pagano.

Esta obsesión antipagana, si por una parte indica por su misma confesión que no es luego verdad que, a pesar de todo, los cristianos hayan logrado hacer *tabula rasa* del paganismo, demuestra por otra parte cuál vitalidad y cuánta virulencia tengan aun hoy los odios y los rencores profundos de la religión dominante en contra del paganismo; y se querrá convenir en que este difundido y tenaz mal ánimo determina una condición de hecho que no es precisamente la más propicia y alentadora para una oportuna y provechosa afirmación de existencia y manifestación de un centro iniciático pagano. Por lo tanto, cuando también el silencio hubiese permanecido como absoluto, podría darse que se tratase del silencio hermético o pitagórico, y no resultaría probado que se tratase necesaria y verosímilmente de un silencio de tumba.

Constatamos mientras tanto que, antes de la victoria del Galileo, en los últimos gloriosos siglos del mundo pagano la existencia y la obra de Apolonio, Plotino, Máximo, Juliano, es un indicio suficientemente probatorio de la existencia en los tiempos de Roma imperial de centros iniciáticos paganos. Hecha esta constatación, nos parece natural admitir que, fallidos los intentos de vivificación de la religión pagana, luego de la destrucción violenta de los santuarios iniciáticos, luego de las persecuciones y los incendios de Alejandría, estos iniciados paganos, ante el desaforado avance de la

locura de la cruz y ante la instauración de la era vulgar, hayan debido adoptar una de estas líneas de acción, las cuales por lo demás no se excluyen recíprocamente en manera absoluta: 1) retirarse y envolverse en un siempre más perfecto misterio, en modo totalmente análogo al usado hoy por los centros iniciáticos orientales ante la invasión occidental, si bien ésta no esté animada en contra de tales centros por el odio deliberado y feroz que "*en las zarzas heréticas golpeó*" en las maneras que todos conocen; 2) Enmascararse bajo la vestimenta cristiana, infiltrándose en la misma Iglesia, insertando en la doctrina elementos esotéricos y perpetuando a escondidas la tradición integral. En cada caso y en tales circunstancias es evidente que los iniciados paganos deben ante todo haberse preocupado en asegurar a cualquier precio la continuidad de la tradición manteniendo puro e íntegro el depósito de la ciencia sagrada, plena y conciente su comprensión, vivo y si bien secreto el centro.

Sabemos bien que a los profanos les parecerá inverosímil que esta posibilidad teórica de supervivencia y perpetuación de un centro iniciático pagano haya podido tener actuación práctica, sin sufrir interrupciones, por el lapso de quince siglos. Una tal continuidad de existencia en el más perfecto misterio podrá parecer además completamente inútil, condenada por la misma necesidad del secreto a una absoluta inacción, y equivalente, en suma, a una inexistencia de hecho. Pero a quien tenga alguna idea o noción de los modos y del nivel de acción y de las posibilidades a disposición en la jerarquía iniciática, puede no aparecerle inverosímil que un centro iniciático mantenga inalterada la continuidad de su existencia, aun físicamente, sea aun en las condiciones más desfavorables, por el espacio de quince siglos. Por ésta y por otras razones, por ende, reputamos para nada improbable y verosímil que un centro iniciático pagano haya sobrevivido a la destrucción del Imperio y a la aniquilación de la civilización antigua, manteniéndose hasta nosotros con una continuidad incluso física de transmisión.

No es pues vano para nosotros formular la cuestión de este modo. Si se la quiere considerar desde un punto de vista exterior, histórico y cultural, ella se reduce a la búsqueda y a la valoración de los rastros de la existencia y de la acción de un tal centro y tradición, afuera y adentro del cristianismo, las cuales pueden confirmar la hipótesis, demostrando la verosimilitud y la probabilidad de la efectiva existencia, en el pasado y hoy, de una tradición iniciática pagana en Occidente. Naturalmente, para constatar, no sólo la verosimilitud y probabilidad, sino la verdad y la actualidad de tal efectiva existencia, las consideraciones exteriores y las pruebas de índole histórica no pueden bastar; tal constatación no puede

ser fruto de experiencia y participación directa. La cosa es evidente; el lector no pretenderá pues, y no se esperará que nos sea posible, escribiendo, resolver la ardua e importante cuestión.

4) La Tradición Romana.

Lo que hemos dicho vale en general para toda la tradición iniciática pagana; pero, puesto que tratamos acerca de la tradición occidental y puesto que Roma ha sido indudablemente el centro de Occidente y desde Roma recibe sus orígenes la civilización occidental, adquiere particular importancia la cuestión acerca de la existencia de una tradición iniciática romana y acerca de un centro iniciático pagano en Roma en el pasado y en el presente.

Aquellos que actualmente afirman ser los herederos y continuadores de la tradición iniciática de Occidente lo hacen remitiéndose a una tradición céltica o al cristianismo, y quizás a ambas juntas. Recientemente han surgido *les amis de l´Atlantide* con la veleidad de remontarse a la tradición atlantídea, y no nos asombraría si en un mañana apareciesen también *les amis de Glozel* con una tradición glozeliana; ¿adónde es que no se puede arribar con la ayuda de la santa clarividencia? Nadie sin embargo se acuerda de la existencia de Roma. Antropósofos, martinistas, jesuitas que se asignan como los verdaderos herederos de los Rosacruces, o pretenden acapararse la tradición del hermetismo; y que sin embargo miran todo a través del vidrio coloreado del cristianismo y aun profesando una veneración sin límites por el profeta de Belén, afirman que esta tradición de ellos es *la* occidental. ¿Es posible que la Galia, Atlántida, Palestina tengan que ver con la tradición iniciática de Occidente y que en cambio sólo Roma no tenga nada que ver? ¿Es posible que tenga razón RAGON cuando afirma que Roma nunca poseyó los Grandes Misterios y que por ende, si la ilación vale algo, afirma implícitamente que al no haber existido una tradición iniciática romana en posesión de los Grandes Misterios, tampoco tenga que perpetuarse una?

Para devaluar intelectualmente e iniciáticamente a los Romanos, se los pinta como un pueblo rudo, brutal, belicoso, ajeno a la filosofía, preocupado por problemas materiales y prácticos de la existencia, incapaz de cualquier abstracción e idealidad. Y puesto que, de acuerdo a los prejuicios teosóficos, martinistas y en general cristianos y profanos, el verdadero iniciado debe ser incapaz de matar una mosca, se debe destruir por amor hacia el prójimo, se debe despreciar e incluso odiar este bajo mundo y preocuparse por salvar del pecado, de la ira de Dios, del llanto y de la estridencia de los dientes,

a la propia alma, resulta entonces manifiesto que, poniendo en la base de la vida social no el amor y la caridad, sino el *jus*, el *fas* y el *mos*, combatiendo *virtute praediti*, no ofreciendo la diestra a quien golpea sobre la izquierda y viceversa, trazando calles sobre todos los continentes, construyendo puentes sobre todos los ríos y no preocupándose por la filosofía, se demuestra no poseer la iniciación.

Roma, se objeta, no tuvo una institución de los Misterios, comparable con la griega o egipcia, es más, reprimió y prohibió las Bacanales con el famoso *senatus consultus De Bacchanalibus* (186 a. E.V.), que prohibía en Roma y en toda Italia los misterios de Baco, *con la excepción sin embargo de algunos casos particulares*. Roma expulsó a los filósofos, rechazó a los pitagóricos, dictó en contra de los "matemáticos" y los "caldeos", es decir en contra de los adivinos, los astrólogos y similares, edictos como los de Claudio y de Diocleciano. ¿Cómo se puede hacer entonces para hablar de iniciación romana?

A estas objeciones contestamos en primer lugar que si el conocimiento iniciático es único, el mismo padece por lo demás, en sus manifestaciones, adaptaciones de acuerdo a los lugares y los tiempos. No está dicho por lo tanto que la jerarquía iniciática tenga que servirse necesariamente en su expresión y acción de la forma de los Misterios clásicos hindúes, chino y judíos, los cuales no han tenido nunca nada de semejante y sin embargo nadie piensa aducir una tal razón para negar la existencia de una iniciación hindú, china y hebraica. No se puede pues a partir de la inexistencia de Misterios romanos del tipo eleusino o isíaco inferir la inexistencia de un centro iniciático y de una sabiduría y tradición romana.

Pero, por lo demás, no es ni siquiera el caso de tomar a la letra tal inexistencia de los Misterios; que, es más, un Dios estrechamente itálico, Jano, era el Dios de la iniciación a los Misterios, el que custodiaba las puertas y en particular abría y cerraba la puerta, la *janua*, del templo iniciático, y que tenía el poder sobre la entrada a los cielos (Ovidio, *Fast. I*, 125). Atributos y símbolos de Jano eran la clave y la lanzadera, y no vemos por qué tales atributos de Jano tengan que tener escasa importancia y significado material y profano, y cuando en vez el cristianismo se los apropia (evidentemente por alguna razón) y los convierte en las llaves y en la lanzadera de San Pedro, entonces sólo tengan que asumir un significado y valor simbólico. El mismo nombre de Jano, si es justo lo que dice Cicerón y otros después de él, derivaría de *eundo*, y por lo tanto estaría también etimológicamente vinculado a la palabra *initia, in-ire*, voz que, desde el

punto de vista técnico, espiritual, nos dice algo más que lo que nos expresan las palabras griegas correspondientes: Misterios τελεται.

A propósito de Jano, notemos aun con GUÉNON [14] que Jano era simultáneamente el Dios de la iniciación a los Misterios y el de las corporaciones de artesanos (*Collegia fabrorum*), de la corporación de los constructores en primer término. Basta esto para hacer entrever el carácter iniciático de tales corporaciones, y en efecto el arte de construcción de los templos era un arte sagrada, basada sobre una ciencia sagrada y secreta, cuyo eco tradicional se reencuentra en el arte y en la ciencia de los *freemasons ingleses*. El simbolismo de la edificación se reencuentra también en otra parte, por ejemplo en el Evangelio; pero la denominación Pontífice Máximo para designar al sumo sacerdote es anterior al Evangelio; es una denominación romana basada en el simbolismo de la construcción, muy apropiado para quien tiene la tarea de establecer la comunicación entre una y otra orilla[15]. Los Misterios romanos, pues, existían; existían las corporaciones en posesión de una ciencia iniciática, y su prestigio era tal que las mismas sobrevivieron a la ruina del Imperio, se pusieron bajo la protección de los cuatro Santos Coronados (lo cual reclama a la mente la figura de Jano Cuadrifronte), se manifestaron en la corporación de los *Magistri Comacini* y luego en la de los *Francos Constructores* del Medioevo.

Aun permaneciendo en un campo puramente técnico, de "masonería operativa", los conocimientos de los antiguos constructores romanos despiertan la maravilla de los ingenieros y de los constructores modernos. Los Romanos sabían escarbar galerías a través de montes con la máxima precisión, sea en la alineación que en la pendencia por el reflujo del agua. Algunos secretos del arte se han transmitido hasta nuestros tiempos, y las maestrías romanas modernas construyen todavía hoy las dificilísimas *bóvedas a la romana* que parecen desafiar las leyes de la estática.

En cuanto al edicto en contra de las Bacanales y a aquellos en contra de los adivinos, los magos y los astrólogos, ellos no son en nada incompatibles con la existencia de un centro iniciático en Roma, puesto que no es pensable que, existiendo, el mismo tuviese que oponerse e impedir tales edictos por

[14] R. GUÉNON, *Le Roi du Monde*, París, 1927, pág. 124.

[15] Varrón deriva *pontífice* de *pons* y *facere*, en razón de la construcción por obra de los pontífices del Puente Suplicio; pero la palabra *Pontifex* es muy antigua y puesto que antiguamente *pons* significaba *vía* (Curtius, *Princ. Etym.*, Y, 323), como el mar es denominado *ponto*, por tal razón, los pontífices eran quienes "hacían las vías".

un sentido de solidaridad con tales corrupciones de los Misterios y de la Ciencia Sagrada. Es más. Con respecto a la expulsión de los filósofos griegos y a la escasa pasión de los Romanos hacia la filosofía, ello no prueba para nada en contra de lo que decimos, puesto que entre la ciencia sagrada y la filosofía profana no hay ninguna relación de afinidad; es verdad por lo demás que, sin necesidad de la iluminación iniciática, era suficiente con hacer uso del buen sentido romano para evaluar los peligros ínsitos en el vaniloquio y en las armazones filosóficas.

El solo hecho, entre los aducidos como incompatibilidad con la existencia de un centro iniciático en Roma, que valdría al pena de ser examinado más extensamente, es el de la aversión romana hacia los pitagóricos, cual por ejemplo resultaría de la destrucción de la Basílica Pitagórica de *Porta Maggiore* en Roma. Pero sería necesaria una disgresión demasiado larga y por lo demás la suerte de Pitágoras y del pitagorismo entre los Romanos ya ha sido estudiada en un loable libro de ALBERTO GIANOLA, al cual derivamos. Nos remitiremos por el momento a recordar la leyenda de los lazos entre Numa y el pitagorismo, leyenda que según GIANOLA deberían aceptarse como respondiendo a verosimilitud [16] y que por cierto no habrían podido persistir en el modo tenaz deplorado por Cicerón si no hubiesen encontrado al menos la apariencia de una confirmación del carácter pitagórico de las instituciones mismas de Numa.

Los prejuicios acerca de la imposibilidad de la existencia de un centro iniciático en Roma antigua no tienen pues un fundamento real; por lo tanto, sin dejarnos impresionar por la dificultad del asunto y por los prejuicios de todo tipo alrededor del mismo, pasamos en rápida reseña los rastros aun visibles de la sabiduría iniciática romana.

5) La Sabiduría Iniciática Romana.

Antes de abocarnos a examinar la historia, los mitos, las leyendas romanas e itálicas para buscar de volver a rastrear las huellas de la antigua sabiduría itálica, es oportuno formular primero algunas advertencias brevemente. En primer lugar observamos que las arduas cuestiones de crítica histórica alrededor de la antigua historia romana que desde aproximadamente un siglo son debatidas con intenso ardor y con variable suerte por las tendencias

[16] ALBERTO GIANOLA, *La fortuna di Pitagora presso y Romani,* Catania, 1921.

crítica y tradicionalista, no pueden tener para nosotros sino una importancia y por ende un interés totalmente secundario. Sin embargo, y sin adentrarnos en cuestiones relativamente extrañas a nuestro tema, reputamos que NIEBUHR, MOMMSEN y en general la crítica alemana o inspirada en los Alemanes, han ido en verdad demasiado lejos con su negación de la veracidad de la tradición romana en lo relativo a todo el período de la monarquía y de los primeros tiempos de la república; en vez que declarar falsa la tradición romana con una sistemática, rabiosa y sumamente *curiosa* animosidad, habría sido mejor limitarse simplemente a ciertas reservas; la actitud escéptica habría sido más científica que la negación hostil, arbitraria y autoritaria. El tiempo de todos modos, está haciendo justicia respecto de esta actitud sectariamente antiromana y en especial puesto que han sido descubiertos en el Foro Romano el *lapis niger*, del cual hablaba la antigua y denigrada tradición, y toda la subyacente estela arcaica, los sostenedores de la veridicidad del la tradición romana antigua, que nos han transmitido los escritores latinos, han ganado y van continuamente ganando terreno [17]. Con esto no negamos todo derecho y todo valor a la crítica histórica, sino que afirmamos que se puede y se debe hacer la crítica también de la crítica. Esto, se entiende, desde el punto de vista puramente histórico. Pero para nosotros, no tiene interés vital certificar si un relato de un acontecimiento tenga un carácter histórico o legendario; a nosotros nos interesa en vez ver si, en un caso o en otro, en tal relato se encuentren incluidos elementos o aspectos en los cuales sea reconocible un valor o un significado iniciático o esotérico, manifiesto o escondido. Puesto que la historia y la leyenda. para nuestra cuestión, tienen más que nada el valor aproximadamente equivalente, de fuente y de material.

La otra advertencia que debemos formular es la siguiente: Nosotros no tenemos ninguna razón para aceptar los dogmas y los postulados de la creación y de la evolución de la tierra y de la humanidad, el postulado de los pueblos "primitivos", necesariamente salvajes a partir de los cuales ha "progresado" la civilización; y en general no nos sentimos obligados a aceptar los *mitos* de la religión, de la filosofía y de la ciencia contemporánea. Consiguientemente no aceptamos ni siquiera el corolario de estos postulados por el cual los *"savants"* no ven en los mitos y en las leyendas de los pueblos antiguos, primitivos y salvajes por fuerza, sino una constante

[17] Ya al tiempo de Mommsen, por lo demás, el valor de la tradición mítica romana había sido reivindicado por J. J. BACHOFEN; véase *Die Sage von Tanaquil* (Basel, 1870).

y poética personificación, admirablemente ingenua, de las fuerzas de la naturaleza. Nosotros sabemos que la sabiduría es una cosa muy diferente de la cultura (así como de las teorías, de las creencias y de los arranques devoto-sentimentales); y que la posibilidad de alcanzar la sabiduría es inherente al hombre, y no está para nada ligada, como originariamente se cree, a la evolución de la humanidad desde las formas de vida y de organización social "primitivas", nómade, pastoral, agrícola, hasta las formas más recientes denominadas por antonomasia civiles. Es más, pensamos, o mejor, sabemos por experiencia, que las exigencias, la complejidad, la inquietud y la invadencia de la civilización moderna, lejos de conducir a la humanidad hacia al sabiduría, la va alejando siempre más incluso de la pura capacidad de concebir acerca de qué se trata, y va convirtiendo en los individuos en siempre más arduo el deber, agregando obstáculos artificiales más que superfluos a aquellos que por su naturaleza impone el deber asumido por quien aspira a la sabiduría. Por lo tanto nos sentimos obligados para explicar mitos y leyendas a recorrer a las interpretaciones naturalistas, solares, meteorológicas, totemistas, etc.; y reputamos posible que en los mismos puedan hallarse encerrados también elementos y rastros de la sabiduría iniciática tradicional. La tradición, como dice la misma palabra, es por su naturaleza *"oral"*, aun hoy. Los lectores de estas monografías están bastante informados acerca del cómo y el por qué de este carácter de la tradición; por lo tanto no insistimos. Partiendo pues del presupuesto de que la presencia de la sabiduría tradicional no sea inconciliable con el estadio social pastoral y agrícola de las antiguas poblaciones itálicas y latinas, y del presupuesto de que la sabiduría tradicional pueda ser transmitida sólo "oralmente" y expresada sólo alegóricamente, nos proponemos rastrear la expresión simbólica de la sabiduría tradicional en los mitos y en las leyendas de la antigua Roma y, más en general, en las "*fábulas del paganismo*".

6) La Leyenda de Saturno.

Todos conocen la tradición greco-latina de las cuatro edades; en orden cronológico, la edad de oro, de plata, de bronce y de hierro. La más antigua, la edad áurea, había sido la más bella, la edad beata, lamentada y cantada por los poetas, y el mundo había ido empeorando continuamente desde entonces.

La tradición latina identificaba a aquel tiempo feliz con los "*Saturnia regna*" (VIRGILIO, *Aen.*, IV, 6; VI, 41; XI, 252) puesto que la tradición contaba que Saturno, desplazado por Júpiter y expulsado del cielo (OVIDIO, *Fast.*, Y, 292), había arribado a Italia refugiándose y escondiéndose en el Lacio, en donde Jano, rey de Italia, lo recibió y reinó con él durante la edad del oro. Él dio el nombre a Italia, denominada justamente *Saturnia Tellus* (VIRGILIO, *Aen.*, VIII, 329; Y, 569; *Geo.*,II, 173; OVIDIO, *Fast.*, Y, 232; MACROBIO, I, 7; FESTO, ed. Teubner, pág. 430); y DIONISIO DE HALICARNASO (*Antiq. Rom.*, Y, 34) dice que "toda Italia era sagrada a este dios y Saturnia era denominada por los habitantes (*incolis*) tal como se encuentra declarado en los versos sibilinos y también en otros oráculos dados por los dioses".

Los Antiguos decían que también el Lacio era denominado así porque Saturno se había escondido (*latere*), (VIRGILIO, *Aen.*, VII, 322; OVIDIO, *Fast.*, Y, 232). La etimología correcta es probablemente de *latum*, amplio, lato; pero las etimologías erradas de los Antiguos tienen sin embargo siempre gran importancia, puesto que no son arbitrarias sino que están dirigidas a confirmar acontecimientos y hechos vinculados con la cosa. Sobre ello volveremos. Yendo ahora a Saturno, él se estableció a los pies del Capitolio, denominado por tal motivo (FESTO, pág. 430) *Saturnius mons*; aquí se levantaba en efecto su templo, uno de los más antiguos de Roma. El primer modesto santuario le había sido dedicado allí por Tulo Ostilio, en la ocasión de los "*Saturnalia*"; Tarquinio concibió el proyecto de sustituirlo con un templo, y la república dos o cuatro años después de la caída del tirano lo construyó en efecto en el lugar preestablecido dedicándolo a Saturno, Fue restaurado en los tiempos de Augusto y quedan aun hoy ocho imponentes columnas jónicas. La leyenda decía que tal *ara* sobre el monte Capitolio le había sido dedicada antes de la guerra troyana (FESTO, 430); y que sobre al colina sabina del Capitolio se elevaba una ciudad de Saturno (DIONISIO DE HALICAR., Y, 34; VI, Y, 4).

A los habitantes del Lacio, Saturno les enseñó la agricultura y el arte de la navegación; la *leyenda* contaba que al final él se había *desvanecido* de la tierra (MACROBIO, *Sat.* Y, 7). Se hablaba también en Roma, de una antigua población saturnia que habría habitado la campiña y la ciudad; y de quienes habrían permanecido fieles a los antiguas costumbres, viviendo del cultivo de los campos por lo que se decía que habían permanecido como los únicos sobrevivientes de la raza del rey Saturno (VARRÓN, R. R. 3, 5). Éstos son brevemente los caracteres salientes de la leyenda, del arribo, del refugio, del reino, de la apoteosis y de la enseñanza de Saturno en Italia.

Esta leyenda latina de Saturno se vincula a la doctrina tradicional de los "ciclos" y sólo con la existencia de una doctrina tradicional originaria se puede plausiblemente explicar la concordancia evidente entre las cuatro edades de la tradición clásica y los cuatro *Yuga* de la tradición hindú.

La leyenda, vinculando al *áureo* (Virgilio, *Eg.*, II, 538) Saturno con la edad áurea, hace remontar al mismo tiempo arcaico su enseñanza, y se nos dice que Saturno con su enseñanza se *escondió* en el Lacio. La enseñanza de Saturno se vincula pues a la "tradición primordial"; habiendo hallado un refugio en el Lacio, es allí *ocultamente* transmitida.

La moral de la fábula en nuestro punto de vista es ésta: *la tradición de la Sabiduría romana deriva de la primordial de la edad áurea, y existe ocultamente en el Lacio.*

La leyenda adquiere un significado preciso para aquellos que tienen razones para reconocer la existencia sobre o *debajo* de la tierra de un centro iniciático supremo, en el pasado y hoy. Esta vinculación y derivación desde el centro supremo es netamente afirmada por VIRGILIO (*Aen.*, VIII, 319): *primis ab aetherio venit Saturnus Olympo*, y por OVIDIO: *caelitibus regnis a Iove pulsus erat* (Ovidio, *Fast.* Y, 292). Saturno da a los hombres las riquezas, la prosperidad y la libertad; sus fiestas, las Saturnalias, se celebraban en diciembre (sagrado a Saturno, así como el mes siguiente era sagrado a su huésped Jano); eran las fiestas de la abundancia, de la licencia y de la alegría desenfrenadas, que daban la libertad (la "libertad de diciembre") también a los esclavos. Este carácter orgiástico popular, de las *Saturnales*, es conocido por todos; y, ordinariamente, no se piensa que las *Saturnales* puedan haber tenido también otro carácter. La analogía con el orfismo y con las bacanales debería ya, por lo demás generar la sospecha. Todo lo que hemos resaltado respecto del carácter iniciático de Saturno y su vinculación con la "tradición primordial" y con el Olimpo convierte lógicamente en verosímil y probable que *tenga* que haber habido tal carácter de las *Saturnales*. Y en efecto resulta así. Nos lo hace saber un escritor latino, MACROBIO, el cual (*Sat.*, Y, 7) dice que le "es permitido develar no aquel origen de las *Saturnales* que se refiere a la *arcana naturaleza de la divinidad*, sino la que es mezclada con rasgos fabulosos, o la que los físicos enseñan al vulgo. Puesto que ni siquiera en las mismas ceremonias iniciáticas (*in ipsis quidem sacris*) está permitido narrar las razones ocultas y que emanan de la fuente de la pura verdad (*ex meri veri fonte*); y si alguien "las logra le es ordenado contenerlas protegidas adentro de la conciencia".

Por medio de Saturno "*hoc principe* y con la ciencia de las buenas artes —dice MACROBIO— de una vida inculta y tenebrosa *somos* hechos salir casi a la luz". Por este mérito suyo "Jano ordenó que Saturno fuese honrado *magestate religionis, quasi vitae melioris auctorem*".

Se note además que el itálico Saturno es un dios de la profundidad, un dios subterráneo, particularidad totalmente concordante con la tradición del *mundo subterráneo*, en donde se esconde y permanece la jerarquía iniciática de acuerdo a lo que por distintas fuentes han referido SAINT-YVES D´ALVEIDRE y OSSENDOWSKY.

La tradición pues desde los primerísimos tiempos, desde el arribo de Saturno a Italia, da un carácter oculto a su permanencia en el Lacio y junto a lo que dice MACROBIO muestra que este centro iniciático y su enseñanza han tenido desde entonces carácter oculto. Y puesto que la tradición afirma que Saturno enseñó a los habitantes del Lacio la agricultura, la *peritia ruris* (MACROBIO, Y, 7) y el arte de la navegación en el cual se destacaba (VIRGILIO, *Aen.*, V, 799), se presenta espontánea la indicación de que tal doctrina o enseñanza se la tenga que buscar bajo el símbolo agrícola y marino.

7) Etimología de Saturno.

El carácter principalmente agrícola de Saturno estaba confirmado por los Antiguos por la misma etimología del nombre. Saturno es un nombre sumamente antiguo y figura ya en el carmen de los Salios: *qui deus in saliaribus Sateurnus nominatur* (FESTO, ed. Teubner, pág. 432). El sufijo *urnus* que se vuelve a encontrar en *di-urnus, noct-urnus, Volt-urnus*, hace pensar sin más en una común formación y derivación de Saturno de un radical *sat*o *sate*; se trataría, del mismo modo que para diurno y nocturno, de una especie de adjetivo o atributo, característico del dios o del rey Saturno, apto par construir su designación característica, convirtiéndose en su nombre.

Para VARRÓN (*De l. l.*, V, *64*) Saturno es denominado *ab satu. Satur* es la acción de sembrar o de plantar; y es voz usada, notémoslo, también en el sentido figurado (ver CICERÓN, *Tusc.*, 2, 13). Saturno sería así el *sator*, el cultivador por excelencia.

Esta etimología fue admitida hasta hace pocos decenios. Hoy no lo es más, SCWEGLER (*Röm. Gesch.* pág. 223) hace derivar Saturno de *satur* = πληρωτής πάση εὐδαιμονίας la fuente de toda felicidad.

El *"Dictionnaire étymologique du Latin"* de REGNAUD (1908) hace en vez derivar Saturnus de una voz arcaica hipotética: *svaurn-us*, del cual la otra voz hipotética *(s)veter-nus* vinculada a *vetus*. Saturno sería el *veterano* de los Dioses, y por ende el padre, el creador del universo; REGNAUD convalida esta etimología con la analogía con el griego κρό-όνος, el creador, el antecedente de todas las cosas. Cronos fue en efecto confundido con Krónos (κρ-όνος); y ésta fue una de las causas por las cuales Cronos, fue más tarde el correspondiente latino de Saturno; de divinidad agrícola se convirtió en el dios del tiempo; y consiguientemente la hoz, atributo agrícola de Saturno, se convirtió en la hoz del tiempo.

La *Pauly Real Encyclopedia* (De. 1923, pág. 188) dice por otro lado que el nombre del dios subterráneo Saturno, del cual existen también la antigua forma *Sateurnus,* es sin duda idéntico al nombre *Satre* de la correspondiente divinidad etrusca, y remite a la opinión de HERBRIG, que de la cercanía de las dos formas latina y etrusca es inducido a rastrear una común raíz *Sav* (del nombre Σάβας) en un lenguaje del Asia menor.

Estas etimologías modernas no son muy satisfactorias, y nos permiten proponer otra. La semejanza con el etrusco *Satre* convierte en más plausible la búsqueda de la etimología de Saturno por afuera del latín; tanto más que conviene tener también en cuenta la semejanza con el anglo-sajón *Saeter*. Ahora bien, como es sabido, lleva el nombre de Saturno también el planeta considerado por los Antiguos como el más alejado de la tierra. En razón de su lejanía espacial, Saturno es el primer planeta, seguido por Júpiter, así como el reino de Saturno era el más antiguo en el tiempo y precedía al dominio de Júpiter. El antiguo alemán denominaba *Satjâr* al planeta Saturno; y cuando, al finalizar la república, se introdujo el uso de la semana, los días de la semana fueron denominados en correspondencia con los planetas y con las divinidades. Denominaciones semejantes recibieron los nombres de la semana anglosajona, y de la confrontación resulta cómo el anglo-sajón *Saeter* fue considerado como una divinidad equivalente a Saturno, al cual le era dedicado el planeta Saturno (*Saturni stella*; VIRGILIO, *Georg.* Y, 336 y II, 406) y el Sábado, el *Saturnis dies* de TIBULO (Y, 3, 18).

Si contamos los días de la semana de dos en dos, procediendo con los números dispares, ellos se presentan en el mismo orden del sistema planetario de los antiguos: Lunes, Miércoles, Viernes, Domingo, Martes, Jueves, Sábado. Al *Lunae-dies* corresponde el *Moon-day* inglés, al *Mercury-dies* el *Wednes-day,* el día de *Woden (Wotan)* Odín; al *Veneris-dies* el *Friday, Frige-daege* de la divinidad Freya; al *Domini-dies*, el *Sun-day*, el día del

Sol; al *Martis-dies*, el *Tues-day*, día de *Tyr* (gen. Tys), etimológicamente afín a *div*de *diovis*; al *Jovis-dies*, el *Thursday*o *thorsday*, en alemán *Donnerstag*, día del Dios Thor, día de (Júpiter) tonante (inglés *thunder* = *alemán Donner* = trueno); y el Sábado (voz hebraica), el *Saturni-dies*, corresponde el *Satur-day*, antiguo *saeter-tag*. La correspondencia, si bien no perfecta, es siempre tal de identificar el latín *Sate-urnus*y el alemán *saeter*y de indicar una común derivación.

Ahora nosotros hemos visto que las cuatro edades de la antigüedad greco-latina corresponden a los cuatro *yuga* de los Hindúes. Es pues posible una correspondencia análoga también en el nombre Saturno. La correspondencia no es por el nombre del planeta que en sánscrito es *shani* que significa *bajo* e indica al planeta más bajo, más lejano; pero existe una correspondencia, para nosotros más importante, con la denominación sánscrita de la edad del oro. El primero de los cuatro *yuga* tiene en efecto dos denominaciones, ambas interesantes para nuestro asunto. Son *kr ta-yuga*y *satya-yuga*. *Kr ta-yuga* es la edad perfecta (*per-fectum*), de la raíz *kra* = hacer, cumplir, de la cual según CURTIUS deriva también el nombre griego Cronos de Saturno; *satya-yuga* es la edad buena, la verdadera edad. El adjetivo *satya,* verdadero, está vinculado a *sat*, el ser, y por ende lo real, lo verdadero. *Satya-yuga* es la edad de *Sat, la edad del "Ser"*.

La afinidad entre *satya* y el alemán *Satyar* es evidente; *saeter-tag* es el día del dios *verdadero*, como *Donnerstag* es el día del dios tonante. El latín *sate-urnus*, el alemán *saeter*, el etrusco *satre* indicarían todos al dios verdadero, real por excelencia. Las derivaciones de estos tres nombres del *sat*, de *satya-yuga*, y las del griego *Cronos* del *kr* del *Kr ta-yuga*, se corresponden y se comprueban recíprocamente. Y como el sufijo sánscrito *ya* unido a Sat da el nombre de la edad áurea, así también el sufijo latino *urnus* unido a Sat da el nombre del áureo Saturno, el rey de la edad áurea.

Con esta etimología la doctrina de Saturno llega a ser la *verdadera* doctrina de *sat*, la doctrina del "ser". Encontramos así otra confirmación de la vinculación entre esta arcaica tradición latina y la tradición primordial; es decir desde el comienzo de esta nuestra difícil indagación hallamos los títulos de la "ortodoxia espiritual" de la tradición romana.

La presencia en el latín y en las antiguas lenguas itálicas de esta voz arcaica indo-europea *sat* podrá quizás parecer a alguien un hecho extraño y aislado. Pero no es así. Otro ejemplo es dado por la voz *Acca;* el nombre de *Acca Larentia*, la nodriza de Rómulo y Remo, y la madre de los primeros doce hermanos Arvales, la cual en sánscrito (*okkâ*), como nota PRELLER

(*Les Dieux de l´ancienne Rome*, París, 1865, pág. 291), significa madre. Otro ejemplo, éste aun no reconocido, es dado por la voz *anna* (raíz *ad*, latín *edo*), en sánscrito alimentación, que reaparece tal y cual en *anna perenna*, el mítico alimento romano de inmortalidad, equivalente a la *ambrosía* de los Griegos.

8) Addenda.

Muchas otras cosas habría que referir u observar a propósito de Saturno y de Cronos. Entre el griego Cronos y el latino Saturno, es necesario por cierto hacer una distinción, pero, de acuerdo a lo que hemos visto, Saturno y Cronos, ambos reinantes en la edad áurea, se vuelven a enlazar etimológicamente a las dos denominaciones sánscritas de la edad del oro, y esto hace ver que la identificación del latino Saturno con el griego Cronos, operada a continuación por los Romanos, tenía su profunda razón de ser en la común conexión con el arcaico *saty* con el *Satya-yuga*. De cualquier forma, por su significado y su importancia esotérica, observamos que:

1) Cronos es hijo de Urano y de Gea (el cielo y la tierra); es la característica de los doce titanes (HESÍODO, *Teog.*, 133), de los cíclopes (los seres dotados de la tercera vista, la vista cíclica), así como de los iniciados órficos, los cuales se hacen fuertes con esta genealogía propia para invocar el derecho de beber de la fuente de *Mnemosine*, superar la del *Letes*, y convertirse de mortales en inmortales por tal medio. Y en la tradición romana Saturno, hijo del cielo y de la tierra no muere; se desvanece súbitamente, como Enoch y Elías en la tradición hebraica.

2) PLUTARCO menciona una leyenda según la cual Cronos destronado duerme en una isla de los mares del Norte (*De def. orac.*, 18); por esto el mar a septentrión del Asia, de acuerdo a lo que refiere el geógrafo DIONISIO, era llamado mar glacial o saturnio. Esta leyenda vincula a Saturno con la tradición del centro iniciático hiperbóreo, equivalente a la misma tradición primordial.

3) La leyenda del "*Betilo*" hecho tragar a Cronos con todos sus desarrollos.

Pero puesto que nos interesa sobre todo el carácter arcaico itálico de Saturno, preferimos no recurrir a Grecia para probar su exterioridad; así también, no nos ocuparemos de la consagración a Saturno del planeta Saturno en astrología, del día de la semana en el calendario y del plomo en la tradición hermética.

Reputamos en vez no privado de interés observar cómo también otras tradiciones atribuyen a Saturno la enseñanza de la agricultura comprendida alegóricamente. Así acontece en una antigua tradición contenida en la "*Agricoltura Nabatea*", poema arcaico traducido en alemán por DANIEL CWOLSOHN por una antigua versión árabe del texto caldeo. El autor o amanuense *Qu-tâmi* en la primera página de su revelación dice que las doctrinas contenidas en el texto fueron originariamente enseñadas por Saturno... a la Luna, que las comunicó a su ídolo, y el ídolo a su devoto, el escritor, el adepto escriba del trabajo *Qu-tâmi* (ver H. P. BLAVATSKY, *Sec. Doct.*, II, 474).

CHWOLSOHN pone la primera traducción árabe en 1.300 a. C. No sabremos decir cuál fuese la palabra caldea traducida con Saturno, sino parecería que se tratase del planeta. Es de cualquier modo curiosa la presencia de este carácter agrícola en Saturno aun dentro de esta antigua tribu semítica.

En cuanto al carácter eminentemente agrícola del arcaico Saturno itálico, ello es indiscutible. Todas las invenciones agrícolas se remiten a él; la del injerto, por ejemplo, y la del abono, el *laetamen*, que enriquece y convierte en fértil la tierra. El símbolo de Saturno es la hoz que sirve para limpiar el terreno de las malas hierbas, para podar las plantas y para juntar la cosecha. FESTO dice que Saturno regía la cultura de los campos, *quo etiam falx est ei insigne*, y MACROBIO (*Sat.*, VII) hace de la hoz el emblema de las mieses. A este carácter agrícola debe asociarse sin embargo su carácter oculto, vínculo que se presenta también en otras divinidades agrícolas y ctonias itálicas. Entre éstas notamos la *Musa Tàcita* de Numa (Plutarco, *Numa*, 8), la diosa *Muta* de Tatius (OVIDIO, *Fast.*, II, 583), la diosa Angeronia del Velabro representada con un dedo sobre la boca y en una actitud silenciosa (*ore obligato signatoque*).

También la asociación del carácter agrícola y marino de Saturno reaparece en otras divinidades itálicas. "Las diosas-tierra de Italia —escribe ANDRÉ PIGANIOL (*Essais sur les origines de Rome*, París, 1917, pág. 112), son con suma frecuencia al mismo tiempo diosas de los marinos. Fortuna tiene un timón y Venus, como Afrodita, protege a los puertos".

9) El Simbolismo Agrícola en Roma

VIRGILIO, el poeta iniciado, denomina tierra *magna parens frugum, Saturnia tellus (Georg.* II, 173; *Aen.*, VIII, 329) y denomina a los cam-

pos los *Saturnia arva (Aen.*, Y, 569). *Ar-vum quod aratum nec satum est* (VARRÓN, r. r., Y, 12), es el terreno trabajado, *ar-ato*. La raíz *ar*, de la cual es difícil determinar su sentido más antiguo, significa simplemente trabajar; arado es el instrumento de este trabajo que tiene por efecto abrir las vísceras del terreno y exponer los terrones a la acción del sol.

La profunda conexión entre la agricultura y el culto resulta ya del hecho de que el *ara* arcaica (del antiguo latín *asa*), el altar en su sentido primero de *ara* destinada a encenderle el fuego sacro (*ara turaria*), estaba constituida por un simple terrón de tierra y se denominó *altaria*, cuando la tierra era alta; Festo nos refiere que "*altaria ab altitudine dicta sunt*", porque los Antiguos hacían los sacrificios a los dioses superiores en edificios, *a terra excitatis*, a los dioses terrestres en tierra, a los dioses ínferos en *effosa terra* (en una fosa).

El ara era también muchas veces una simple *ara graminacea* (por ejemplo en VIRGILIO, *Aen.*, XII, 118; OVIDIO, *Met.*, VII, 241; etc.); pero originariamente era un terrón de tierra; y, como dice VICO (*Principios de Ciencia Nueva*, II), "las tierras aradas fueron las primeras aras del mundo". Y puesto que, de acuerdo a lo que atestigua VARRÓN, (*l. l.* V), Saturno *es el fuego*, tanto que con esta identificación de Saturno y del fuego se explicaba (VARRÓN, *l.l.*, V; MACROBIO, *Sat.*, Y, 7) el uso de enviar durante las *Saturnales* velas de cera a las "saturnales superiores", el ara resulta doblemente ligada a Saturno: puesto que estaba hecha de un simple terrón de tierra, y porque estaba destinado a encenderle el fuego sacro.

La voz *ara* no es la única que del primitivo significado agrícola se eleva como un término del culto religioso. Los rastros de la alegoría y del simbolismo agrícola aparecen aun hoy en las lenguas neo-latinas. Así la cultura de los campos, la cultura del alma y el culto religioso se designan a través de palabras estrechamente afines, que derivan del latín *colere*. G. B. VICO (*Principios de Ciencia Nueva*, II) escribe: "El primer *colere* que nació en el mundo de los gentiles fue el cultivo de la tierra; y el primer culto fue el de erigir altares, encenderles tal fuego primero, y hacerles encima sacrificios como ya se ha dicho de los hombres impíos (los *"Saturni hostiae"*)". Se denominaba culto tanto el de los campos como el de los Dioses. VIRGILIO canta junto a los *arvorum clutus et sidera caeli* (*Georg.*, Y, 1); e invita a los agricultores a aprehender *propeios cultus (Georg.*, II, 47); HORACIO se confiesa *parcus deorum cultor*. Inculto indica aun hoy tanto el terreno no cultivado como al hombres sin cultura. Puesto que, como es necesario cultivar la tierra para obtener de ella los frutos que por sí no daría,

del mismo modo es necesario cultivar al hombre para obtener los frutos que por sí no maduran.

Esta asimilación del hombre, y más particularmente del cuerpo humano, a lo terrenal, es sumamente antigua y difundida. De acuerdo al diccionario de BRAIL Y BAILLY no es imposible que la misma palabra *homo* designe al hombre como habitante de la tierra. De *homo (hominis)* se hace habitualmente derivar *humanus*. En tal caso *humanus* estaría indirectamente vinculado a la tierra, pero no estaría vinculado con la voz fonéticamente cercana *humus*, voz que designa a la tierra húmeda (*humo, humor)* y por lo tanto cultivable, en contraste con la tierra seca y árida (*tersa* = tierra por rotacismo).

Sin embargo la conexión entre *humus* y *humanus* nos parece que no puede para nada excluirse; su verosimilitud está comprobada por la existencia, que también tiene su importancia, de un análogo paralelismo con otras lenguas y tradiciones, y por la existencia en lenguajes indo-europeos de vocablos etimológicamente vinculados a estas palabras latinas, y que tiene significado afín. El *Dictionnaire étymologique de la langue grecque* de E. BOISACQ (1923, pág. 104) vincula el dativo homérico χαμαί (a tierra) con un hipotético *ghammai*, del cual el latín *humi* (dativo = a tierra) y la voz hipotética *homo-s, humus, humilis,* el vocablo latino *hemonem*, el osco *humuns* (hombres), el umbro *homones*, etc.; y a esta raíz se vincula también la raíz *ghom, ghem,* que, con la pérdida de la aspirada, se vuelve a encontrar en el alemán *gam* en *Bräutigam,* en el inglés *bridegroom* (antiguo, *bruidegom*), indicios y residuos diseminados en las varias lenguas indoeuropeas de una arcaica asimilación entre hombre y tierra. Asimilación que tiene su paralelismo en el hebraico, en donde *adamah* significa tierra, en cuanto elemento, materia, y *adam* significa hombre, y es el nombre del primer hombre, formado por Dios, según el "*Génesis*", con el barro de la tierra.

De cualquier forma una explícita identificación entre cuerpo y tierra es categóricamente hecha por dos antiguos escritores latinos, ENNIO y VARRÓN. VARRÓN dice (*De l. l.* V, 59): "*Haec duo, Caelum et Terra, quod anima et corpus. Humidum et frigidum terra esaque corpus, caldo coeli et inde anima*". Es decir: El cielo y la tierra son lo mismo que el alma y el cuerpo. El cuerpo tiene como elementos lo húmedo y lo frío, que son la tierra y el alma tiene por esencia el calor o el cielo. Y un poco más adelante: "*humores frigidae sum humi*". Por ende VARRÓN (*DE l. l.*, V, 60) dice: "Tiene razón Pacuvio que dice: *Animam aether adjugat* (el éter se junta con el alma)" y ENNIO: "*Terram corpus quae dederit, ipsam, capere, neque dispendi facere hilum*"

(La tierra misma es decir el cuerpo, toma lo que el alma le dio, ni con ello tiene la menor pérdida). "La separación —prosigue VARRÓN (*De l. l.*, V, 60)— del alma respecto del cuerpo es para los seres vivientes una salida de la vida, *exitus*, tal como se denomina a la muerte *exitum* (véase el italiano "esiziale") y el nacimiento *initia* puesto que el cuerpo y el alma *in unum ineunt*".

Según ENNIO y VARRÓN, pues, así como la tierra se abre gracias al arado para poder acoger la semilla lanzada por el cultivador y hacerlo fructificar, del mismo modo el cuerpo se abre para concebir al alma, y la *materia* se convierte en tal modo en la *mater* del alma; y el manifiesto y no casual reclamo a los Misterios (*initia*) hace entender que la comparación tiene valor y va referida no sólo al caso del nacimiento humano, sino también al caso del renacimiento (la *palin-génesis*) inciático, el nacimiento a la 'vida nueva'".

VARRÓN y ENNIO, pues usan en sentido espiritual e incluso iniciático el simbolismo de la agricultura. Se ponga por otra parte este pasaje de VARRÓN junto al referido de MACROBIO acerca del carácter y el significado esotérico de las *saturnales*, y se vea un poco si los dos pasajes no se completan y no se esclarecen recíprocamente, y si juntos no nos dan la confirmación de la existencia y de la persistencia en los tiempos clásicos, de una tradición iniciática romana colegiada y que deriva de la tradición primordial de la edad del oro. Se vea un poco si no es legítimo, aun limitándose a una simple investigación cultural, ver en la cultura de los campos que gobernaba Saturno, el símbolo de la cultura en el *campo* espiritual, y en la *peritia ruris*, en el arte del cultivo, enseñada a los latinos por Saturno, la doctrina y el arte del cultivo del hombre, la doctrina tradicional, primordial, que Saturno, el dios verdadero, el *satya-deva*, trae desde el Olimpo etéreo, y oculta en el Lacio en la edad áurea.

Naturalmente no pretendemos con lo que hemos citado, iluminado y encuadrado, persuadir a todos nuestros lectores. Es más, a los escépticos por sistema les manifestamos honestamente que no poseemos la documentación cinematográfica respecto del desembarco del rey Saturno sobre las orillas del Lacio; y a los denigradores de *nuestros* mitos paganos, en tanto creyentes en las *buenas novelas* exóticas, no les decimos nada, tan sólo porque no nos es lícito decirles lo que se merecerían. A quienes por lo demás, en parte por lo menos, adherirán a lo que hemos escrito, *debemos* hacerles ver que la presente es la *primera* exposición de esta concepción del esoterismo romano; y tenemos que invitarlos a no alterarla al querer volver a exponerla, o tan sólo al *querer acordarse*, y que, sin reticencias y mo-

dificaciones, no olviden de citar la fuente. Esto lo decimos no por una miserable ambición humana, ni en nombre de la corrección o de la moral, sino para evitar equívocos. Coherentemente es por otro lado nuestro deber reconocer y declarar que, si nos es consentido *pandere res alta terra et caligine mersas*, no es únicamente obra y mérito nuestro, sino es también debido a alguna importante indicación tempestiva y "jerárquicamente" transmitida a nosotros.

REVOLUCIÓN TRADICIONAL Y SUBVERSIÓN

"Allí donde tiene lugar una declinación de lo justo y la afirmación de la injusticia, entonces Yo manifiesto mi potencia" (Bhagavad Gita, IV, 7).

Desde el momento en que la libertad de prensa y la democratización de la cultura han consentido a cualquiera que tuviese la veleidad de difundir sus propias ideas, aun si fuesen contaminantes y corruptas, la cacofonía de los principios profanadores que se encuentran en la raíz del mundo moderno se ha transformado en un verdadero y propio estrépito, tal de aturdir al oído espiritual, aun en aquellos que lo poseen por derecho de nacimiento. Tal aparente estridencia no está sin embargo privada de una interior finalidad, al servicio de la subversión mundial, que no puede escapar a quien tenga la mirada suficientemente aguda. Cuando se habla de subversión mundial no es necesario, y sería un grave error hacerlo, pensar sólo en un centro histórico organizado, en grupos de hombres que, casi dotados de facultades sobrenaturales, aun si negativamente orientadas, sean concientes del pleno proceso del devenir histórico y lo orienten lúcidamente de acuerdo a finalidades subversivas. Razonar en tal manera significaría detenerse a mitad camino, substancialmente en el orden de una interpretación profana de los acontecimientos históricos, haciendo por lo demás el juego del adversario, el cual tiene interés en que las miradas de los que podrían resistirle, se hipnoticen únicamente sobre algunos puntos, endureciéndose, y perdiendo la facultad de observar atentamente al conjunto. Por cierto es necesario prestar la máxima atención a las movidas de aquellas organizaciones que se han mostrado portadoras en alto grado de fermentos disgregantes en sentido antitradicional. Sin embargo, el hombre de la Tradición sabe bien que la escena de la historia no es sino un particular lugar de choque entre dos potencias trascendentes, una luminosa y la otra oscura (los *Deva* y los *Asura* de la tradición hindú), por lo cual los representantes humanos de las corrientes históricas subversivas no deben ser pensados tanto como realmente "agentes", sino más bien como en alguna manera "actuados" de parte de las fuerzas oscuras que de ellos se sirven. Tal debe ser

la correcta exposición del examen de los acontecimientos históricos, si verdaderamente nos queremos llamar hombres de la Tradición sin usar medios términos. Reconocida la real y efectiva existencia de los acontecimientos humanos, debemos actuar sin abandonarnos a una especie de fantasía histórica, sino confiándonos más bien en la guía de infalibles principios espirituales que consientan individualizar con claridad el sentido último de los multiformes acontecimientos. Se adquirirá entonces, evitando todo peligroso endurecimiento, la facultad de percibir la acción de la subversión, en donde ésta se manifieste, siguiendo fríamente las retorcidas evoluciones en el tiempo y en el espacio. Tal facultad es absolutamente necesaria para quien milita en el frente de la tradición, en cuanto le consentirá, además de reconocer las maniobras del enemigo en su campo, también desenmascarar toda infiltración subversiva en lo interno de las propias filas, que sólo pasando inobservada puede ejercer su acción nefasta.

El hombre de la Tradición posee, al modo del confuciano "Eje que no vacila", un seguro criterio de verdad que le consiente individualizar la naturaleza, luminosa y oscura, de las fuerzas en juego, de acuerdo a que, según tal Eje se ejecuten o bien se rechacen. Tal criterio, tal "tamiz" de verdad, es la divina trascendencia del Espíritu sobre el Hombre y la consecuente preeminencia del Hombre sobre la especie. Es necesario afirmar categóricamente que el Hombre tiene una potencialidad divina, en cuanto él es una particular manifestación sobre un determinado plano de existencia (el que está sujeto a las condiciones del espacio y del tiempo) del Absoluto metafísico. Por lo tanto, el hombre es potencialmente susceptible de una realización trascendente, así como subsiste, ahora y desde siempre, "arquetípicamente" conformado, por lo que no necesita de ninguna evolución o progreso colectivos para ascender espiritualmente o para arribar al punto en el cual esta realización trascendente se convertiría en posible. Por cierto tal realización ha sido siempre, en especial en su más alta forma de "Liberación", privilegio de una élite muy restringida, sin embargo tal posibilidad ha existido siempre, tal como atestiguan las altísimas figuras de un BUDDHA, de un PLOTINO, de un MEISTER ECKART, y existe aun en embrión, si bien las condiciones negativas de la Edad Oscura obstaculizan en cualquier modo el crecimiento. Le sigue a ello que la prosecución de la realización espiritual, aun en el grado que la naturaleza del sujeto consiente, es y debe ser, sin excusas o justificativos, el fin sumo de toda existencia humana constructiva y debe ser a su vez tutelada por toda Civilización digna de tal nombre, la cual por lo tanto no podrá no colocar a lo Sagrado en el vértice de los fines que se propone.

La presencia en el hombre de una chispa de lo Divino, superior e independiente de toda realidad de orden natural, *y por ende incondicionada en lo relativo a cualquier proceso de transformación de la naturaleza,* representa la más sagrada de las Verdades que nos ha entregado la Tradición, y es suficiente hacer referencia a la misma para lograr desenmascarar inmediatamente la íntima naturaleza, la secreta razón de ser de la mayor parte de las corrientes de ideas que nuestros contemporáneos aceptan sin reaccionar, con culpable pasividad. Así se nos manifiesta súbitamente la real esencia de fenómenos como el psicoanálisis, el marxismo, el relativismo cientificista, el evolucionismo, etc.

Para dilucidar un poco el mecanismo de acción de la subversión nos limitaremos, a título de ejemplo, dados los límites impuestos a este escrito, a proveer alguna mención acerca de la eficacia de la sugestión evolucionista en el mundo contemporáneo.

***

Desde el punto de vista estrictamente científico naturalista, el evolucionismo o transformismo, es decir, la teoría que afirma la derivación directa del hombre de especies animales inferiores preexistentes, parecía una hipótesis definitivamente en crisis, tanto que en 1936 el científico PAUL LEMOINE podía escribir en la *Echcyclopedie française*, tomo IV: "La evolución es una especie de dogma en el cual sus sacerdotes ya no creen más, pero que conservan para el pueblo", mientras que otro científico, VIALLETON, declaraba: "La palabra Creación debe retomar su lugar y sustituirse a Evolución, que no explica nada" (*L´Origine des êtres vivants*, Plon, pág. 365).

Tal era la situación, cuanto menos de crisis, del evolucionismo, cuando, a continuación de los derrumbes espirituales acontecidos en el segundo conflicto mundial, empleando sobre vasta escala una técnica siniestra, y por ende la denominada prensa de divulgación científica, que consiste en exponer, en forma simple y dogmática, accesible también a la comprensión de personas de cultura no especializada, las peores desviaciones del cientificismo moderno, sin siquiera el beneficio de la discusión crítica, que por norma acompaña las exposiciones más serias de ésta o de aquélla teoría.

Tal campaña propagandista bien orquestada podía tranquilamente desencadenarse, a pesar de que no faltasen las voces de protesta de científicos calificados, para nada dispuestos en aceptar supinamente sin reaccionar,

el verbo evolucionista. En efecto escribía DOUGLAS DEWAR, como conclusión de su magistral y resolutiva obra: "*The transformist illusion*" (Dehoff Publications, Mufreesboro, Tennesee, 1957): "En 1921 REINKE escribió: 'la única afirmación coherente con su dignidad que puede hacer la ciencia es decir que no conoce nada a propósito del hombre'. Hoy en 1952 esta afirmación es tan verdadera como lo era cuando TREINKE la hizo y osó predecir que será tan verdadera en el 2002". Críticas graves en relación con el evolucionismo eran dirigidas también por otros científicos. He aquí cómo se expresaba en lo relativo al Neo-Lamarckismo (uno de los pilares del evolucionismo) el gran biólogo JEAN ROSTAND: "Verdaderamente sería tiempo de renunciar a toda ilusión lamarckista y de concluirla, una vez por todas, con este relato de hadas para personas adultas, que hace pensar en las famosas —*Histoires comme ça*— de RUDYARD KIPLING" (JEAN ROSTAND, *L'Evolution*, Delpire, 1960, págs. 80-83). En fin, no puede callarse cuánto declaraba el químico ROBERT E. D. CLARK en su libro *Darwin antes y después*, publicado en 1948 y citado en página 11 del dicho *Transformist Illusion*. CLARK, evidenciando el estridente contraste de la teoría evolucionista con la ley de entropía (sobre la cual se fundan todas las ciencias físicas), que mide la uniformidad del proceso de nivelación postulado por la segunda ley de la termodinámica, de acuerdo a la cual el Universo se dirige progresivamente hacia un estado de parálisis o muerte térmica (*heath death*), en la cual ningún evento podrá tener lugar, escribe: "Si en las épocas pasadas organismos complejos han evolucionado de otros más simples, tal proceso tuvo lugar en contraste con las leyes de la naturaleza y debe haber implicado lo que puede ser correctamente definido como lo milagroso" Y además: "¡Mira las dificultades directamente en el rostro, y pasa de largo!... es exactamente la actitud que muchos modernos aun adoptan en lo relativo a la evolución. Enteros libros son escritos sobre el tema, en los cuales los reales problemas implicados son apenas mencionados. La situación es poco lejana de lo fantástico y aparece claro que una reacción es más que necesaria".

***

Si tal es la situación de la teoría evolucionista, en cuya relación se impone una postura de rechazo, prescindiendo de otras cosas, ya por simples criterios de rigor científico, hay que preguntarse por qué tal aberración encuentra

tanta aceptación en el mundo contemporáneo, al punto de haber abierto una brecha incluso en la ciudadela del Catolicismo, famosa en un tiempo por su desconfianza en lo relativo a las corriente de pensamiento profanas.[1] Es conocido al respecto que el científico jesuita TEILHARD DE CHARDIN ha convertido en propias las más groseras tesis evolucionistas, con el agravante de haberlas revestido de un halo de sospechoso misticismo y de haber formulado su exposición dirigida hacia un falso entusiasmo de desesperados que, habiendo perdido la recta fe en la tradición a la cual pertenecen, intentan artificiosamente fabricarse un sucedáneo.

***

Decía el famoso economista MAFFEO PANTALEONI, en la Introducción al libro de GIOVANNI PREZIOSI, *Cooperativismo rojo, sanguijuela del Estado*, Bari, 1922, que el hecho de que las democracias, con el sufragio universal, hayan abierto las vías del poder a las masas, tiene el mismo significado de un mal arado que, demasiado profundo, llevara a mezclar el estrato superior del fértil *humus* con los arenosos y las brechas del subsuelo. Ello es similarmente verdadero en el campo de la cultura, en donde la pesadez en verdad "tamásica" de las masas, privadas ya de la providencial tutela que en las Civilizaciones tradicionales era ejercida por las élites espirituales, las conduce a absorber con facilidades los dañinos fermentos pseudoculturales que la subversión no cesa de suministrar, de acuerdo a un plan cuyas grandes líneas no pueden escapar a quien tenga la mirada suficientemente ejercitada. La llegada de las masas a la "cultura" tiene como primer efecto la proyección, en las concepciones que son propaladas, de los condicionamientos típicos de las mismas masas, ante todo la que podría definirse como una especie de espontánea psicología "gregaria" (del latín *grex* = grey).

A medida que se descienda desde la claridad de la élite a la inerte oscuridad del substrato colectivista de la humanidad, el tipo humano que

[1] Con posterioridad a estos escritos en recientes declaraciones el papa romano ha declarado abiertamente su reconocimiento a la teoría evolucionista de DARWIN, no sin antes, un tiempo antes, haber reivindicado públicamente las teorías de TEILHARD DE CHARDIN. (N. de la Trad.)

se encuentra es siempre menos capaz y propenso a formularse una problemática existencial individual y se piensa en vez como enteramente condicionado por las relaciones que establece con sus semejantes y con el ambiente que lo rodea. Todo lo que arriba es amplia y analíticamente teorizado en el marxismo, que puede definirse como la metafísica del plebeyo, quien propugna una seria temática existencial, que trasciende los ortodoxos esquemas socio-económicos, es tachado como antisocial, peligroso outsider. En este punto el evolucionismo viene perfectamente al encuentro de tales tendencias de masa. En lugar de la ardua construcción de un personal y trascendente destino, todo atisbo de auténtica ansia metafísica que eventualmente subsistiese todavía en el ser humano, es pacificado con el dogma del infaltable, automático e irreversible ascenso de la humanidad colectivamente considerada [2]. Así pues la tendencia hacia lo subpersonal, amenazadoramente presente en el hombre, que las Civilizaciones tradicionales se habían siempre esforzado en contener, halla una formulación pseudo religiosa que captura las fuerzas aun susceptibles, a pesar de todo, de una orientación hacia lo Alto. No escapa a quienes se hayan de alguna manera ocupado del mito evolucionista, la carga de pseudo-religiosidad que termina casi siempre acompañando las exposiciones que se prometían como científicas y objetivas. Signo cierto, éste, de que en el caso del evolucionismo entra en juego una particular elección, propia de un particular tipo de hombre, perteneciente morfológicamente a los estratos inferiores e indiferenciados de la humanidad, cualquiera pudiese ser el grado de cultura libresca por él adquirido. Por la misma razón, no puede en algún modo asombrar el discernir una pesada huella evolucionista en la mayoría de las corrientes neo-espiritualistas del mundo moderno, reconociendo una vez más la incapacidad del hombre en forma colectivista estructurado, que las revoluciones progresistas han literalmente "desencadenado", en ponerse a sí mismo como un valor autónomo y desvinculado respecto del "terreno" social que lo ha generado.

Como todo rechazo respecto de la Luz perenne de la Tradición, así también el evolucionismo, con la aparente y mendaz seducción de querer liberar al hombre de trascendentes preocupaciones, común por lo demás a toda forma de materialismo, lo expone inmediatamente al más tremendo de los peligros. Si se cesa de reconocer en el hombre (aun en el más abyecto, como ha proclamado a veces la Tradición hindú) la presencia de una chispa

[2] El marxismo es el opio de los pueblos.

divina, en seguida el mismo decae a nivel de vil arcilla a plasmarse según lo que parecerá oportuno a la ideología dominante. No por casualidad la tiranía marxista ha siempre intuido en el evolucionismo la presencia de un valiosísimo aliado. Más adelante y aun más abajo, signos siniestros se divisan en las dementes fantasías de algunos científicos, que deliran acerca de mutaciones biológicas a inducir artificialmente en el ser humano.

Así las perversiones modernistas recaban su origen del contacto sinérgico de dos fuerzas: la opaca, *tamásica* pesadez de la masa y la explotación conciente que de tal tendencia efectúa la subversión, valiéndose de todos los instrumentos de información que la moderna técnica les pone a disposición. Tal como se ha dicho al comienzo, el discurso, hecho en lo relativo al evolucionismo, podría ser repetido para otras aberraciones (psicoanálisis, marxismo, relativismo cientificista) formando todas parte de un mismo plan de ataque de la áurea cadena de la Tradición. Con el evolucionismo se ha querido sólo indicar un particular y significativo ejemplo, para luego remitirse, a partir del ejemplo, hacia consideraciones de carácter universal y enfrentar el tema, de vital interés doctrinal y práctico, de las modalidades de acción de la Tradición respecto de las maniobras subversivas.

***

Acontece muchas veces advertir entre los hombres de la Tradición, la presencia de una especie de angustia de la cantidad. Este asombro deriva del hecho de que tales personas padecen, muchas veces sin tener conciencia de ello, la sugestión materialista del número. La constatación de que la inmensa mayoría de los hombres modernos se deja arrastrar supinamente por los varios mitos subversivos, que la voz de la Tradición no aparece nada más que como un sometido reclamo que ya sólo pocas individualidades particularmente calificadas parecen escuchar, induce a éstos a conclusiones de carácter pesimista, a una especie de descorazonamiento que aplaca toda energía y sepulta todo entusiasmo.

Contra tal actitud como primer remedio es necesario oponer la afirmación, en apariencias paradojal, de una verdad solar, y es que los hombres de la Tradición llevan en sí la Victoria como Destino ineluctable. Puesto que Tradición y Espíritu coinciden, y puesto que afuera del Espíritu no hay nada, los que combaten la batalla de la Tradición, y por lo tanto del Espíritu, se ponen a la sombra no de una bandera, sino de la única Bandera digna de tal nombre, no siendo en realidad las otras sino miserables

trapos agitados por larvas. Los únicos que deberían probar asombro y angustia son justamente aquellos que, en una manera u otra rechazan la Tradición, en cuanto, con ello mismo, se cierran el acceso al reino de la Verdad, para encerrarse en el subterráneo y nocturno reino de las sombras.

En segundo lugar, el poder del número no es sino una ilusión, en cuanto incluso en la hora presente de aparente triunfo de las masas, en realidad son en vez todavía las élites, esta vez no más luminosas, sino oscuras, las que hacen girar la rueda de la historia. Basta dar una mirada a cómo, en las autotituladas democracias, es manipulada la opinión pública a través de los modernísimos medios de información de masas, para constatar cómo la presunta libertad conquistada por el hombre moderno se reduce a la miserable facultad de elegir entre alternativas todas deseadas por un patrón invisible y poderoso, se llame éste capital o tecnocracia, como acontece en Occidente, o bien burocracia de partido, en otra parte. Las masas en el fondo, por su misma naturaleza, representan una pasividad que subyace a la acción de las élites activas. Sin embargo, mientras que en las Civilizaciones tradicionales la influencia de las élites sobre las masas tenía la eficacia de esclarecer su oscuridad, consintiéndoles, en los límites de lo posible, la participación en un mundo superior de valores, en la época moderna las élites de la subversión potencializan en cualquier modo el natural impulso hacia lo bajo al cual la masa naturalmente tiende.

Si es verdad, como lo es , que las masas poseen una función puramente pasiva, la historia se reduce al efecto de *choques entre élites opuestas*, luminosas y oscuras. *Se trata por lo tanto de una lucha entre opuestas cualidades y no entre cualidad por un lado y cantidad por el otro.* Esto debería bastar, a quienes poseen intelecto suficiente, para entender cuáles inmensas posibilidades de éxito pueden abrirse ante la constitución de una élite tradicional sabiamente estructurada y aguerrida. No se trata por lo tanto, para una élite tradicional, de cimentarse con el adversario sobre el plano de la cantidad, en cuanto ello significaría exponerse a una segura derrota, puesto que el mundo de la cantidad está actualmente influido y dominado por la subversión, si bien se trata de un dominio que, estando fundado en el poder ilusorio de la antitradición, posee necesariamente un carácter precario y transeúnte.

Se trata en vez de actuar sobre el plano de la cualidad, y puesto que Tradición y Espíritu coinciden, toda posible acción de una élite tradicional debe *necesariamente* fundarse sobre una intrínseca esencia espiritual. Puesto que el actuar espiritual por excelencia ha sido siempre denominado como

un "Actuar sin actuar", es sobre este punto que es necesario detenerse un poco antes de extraer conclusiones de carácter práctico.

***

El Actuar sin actuar (literalmente del chino "*wei-wu-wei*") implica la idea de una acción que se explicita a través de una fuerza irresistible de atracción ejercida no intencionalmente, sino en virtud de una natural superioridad. El concepto occidental quizás más cercano a la formulación extremo-oriental es el de *Motor Inmóvil* de ARISTÓTELES. Pero quizás, para comprender aquello de lo cual se trata, más que a un término filosófico, conviene referirse a la imagen poética usada por DANTE para designar a la misma realidad, es decir "el Amor que mueve al Sol y a las otras Estrellas", con tal de que se tenga cuidado en despejar al término Amor de todo significado pasional y psicologista, para comprenderlo en vez como corresponde cual Potencia objetiva y trascendente. Se trata en verdad de la afirmación *por simple presencia*, de aquello que verdaderamente es superior, así como un verdadero Jefe no tiene necesidad de recurrir a medidas disciplinarias para ser obedecido por los suyos. Un tal modo de actuar ejercita, unidamente con el efecto de atraer, también al de orientar, marcando de sí y confiriendo por ende significado a toda fuerza que pone en movimiento. Su acción puede pues exactamente ser comparada a la de un *imán* en cuanto él también desarrolla la doble acción de atraer y de orientar.

Transfiriéndose tales significados en el concreto campo del accionar humano, resulta claro que un programa de reconstrucción tradicional debe necesariamente actuarse a través de la presencia de un *núcleo particularmente calificado de personas y de ideas* capaz de *imponerse por intrínseca superioridad* y por ende de *irradiarse victoriosamente en cada campo*, remitiendo a sí antes sólo a los más calificados y a quienes buscan inconscientemente, sin hallarlo, un auténtico Valor al cual consagrar la propia existencia, y quedando finalmente las masas, sustraídas, por su mismo bien, del maleficio subversivo.

Dicho esto se llega a tocar un punto particularmente delicado. Se reclama en efecto a quienes se hacen disponibles para una acción de reconstrucción tradicional, que superen el prejuicio materialista, hábilmente insinuado por la subversión también en el alma de los mejores que, de cualquier modo, por su obra de expansión de una Idea sean preventivamente necesarios

ingentes medios económicos, propagandistas, etc. Ello es falso, en cuanto es la misma potencia de la Idea la que concluye confiriendo a quienes son sus portadores, aquella *Fortuna*, en sentido romano, que necesariamente concluirá poniendo a su servicio también los instrumentos materiales de expansión. A fin de que la Idea (en sentido platónico, y no humanamente idealista) pueda expandirse, es necesario que la misma comience poniendo *raíces profundas* en un determinado número de hombres calificados los cuales deben construir la primera élite de portadores de Ella.

Tal como el lector sagaz habrá ya intuido, el problema de la acción tradicional se traduce en el de la formación de una Orden de hombres que sea algo más que un mero encuadramiento político o ideológico. Es necesario que, comenzando a partir de los mejores, se forme en los mismos la que podría definirse como una *Weltanschaung creadora*, es decir no una árida combinación de conceptos y de teorías, sino una vívida y vibrante concepción del mundo en grado de redespertar, en quien la haya suficientemente cultivado, un particular ardor dinámico y realizador.

Otro obstáculo que debe ser superado, si se quiere proceder a una revolución tradicional, consiste en el desesperado apego, de naturaleza pasiva y en el fondo sentimental, que algunos alimentan hacia formas históricas del pasado aun reciente que, en medida mayor o menor, se han inspirado en algún modo a los principios tradicionales. Tal modo de pensar es fácilmente reconocible puesto que se manifiesta como dirigido hacia una suerte de descorazonamiento y de íntima melancolía, que se acompaña con consideraciones de negro pesimismo sobre los tiempos que corren y de desconfianza acerca de todo posible efecto positivo de una acción tradicional en el mundo moderno. En los casos peores tal actitud no hace sino enmascarar una interior lasitud, a la cual sirve de justificativo, siendo mucho más cómodo limitarse a evocar nostálgicamente el pasado, justificando con la hostilidad de los tiempos, toda propia debilidad y pasividad. El que escribe no ignora por cierto, ni pretende callar los peligros y las dificultades que existen en la época actual, designada como oscura por la Sabiduría tradicional; pero es también Verdad tradicional que justamente en la edad oscura son preparadas las semillas de las cuales surgirá el Árbol del ciclo áureo futuro, por lo que *nunca, ni siquiera en la época férrea*, la acción tradicional se perderá.

Además en la actitud denominada pasiva hay un grave error de perspectiva. Para el hombre de la Tradición, dirigirse hacia el pasado y no hacia lo Alto, significaría querer beber agua estancada, pudiendo en vez beberla

de la *fuente*. Las formas históricas del pasado tienen un valor en los límites rigurosos en los cuales se han actualizado Verdades tradicionales, más allá de lo que subsista sólo en caducas modalidades temporales, destinadas a ser devoradas por el tiempo. Obstinarse en un desesperado apego a tales formas de muerte significa no haber comprendido la perenne actualidad de los principios de la Tradición, que se prestan siempre a una *formulación original*, perfectamente adherida a los tiempos, de la cual constituyen la íntima y perenne esencia supertemporal. Por lo tanto, la acción tradicional puede ser felizmente definida como *Revolución tradicional*, puesto que tiene el fin de reconducir (= latín "*revolvere*") el mutable y caduco mundo de los acontecimientos históricos para orientarse alrededor de la estabilidad suprasensible del Ser. Se dice *Revolución tradicional* y no conservadora, porque en este último adjetivo resuena el mismo matiz arriba denunciado de una veleidad de mantener formas históricas que ya han tenido su tiempo, al punto que la palabra Conservación remite en seguida a la mente la idea de apego a ciertos privilegios aun sólo económicos. Por cierto, no hay en la práctica ningún término del cual no pueda hacerse un uso distorsionado; sin embargo se reputa que el término *Tradicional* está particularmente protegido, puesto que se refiere a la idea de la inmutable transmisión de una época a otra, sólo de las puras Esencias espirituales, sin que a tal transmisión se acompañe el innatural mantenimiento en vida de formas históricas anacrónicas e inútiles. Una imagen plástica de lo que se quiere entender puede ser provista por el Japón de la preguerra: un Imperio modernísimo, regido sin embargo en su interior por una Dinastía de derecho divino y animado por una pura y trascendente espiritualidad *Shinto-budista*.

No puede ser en fin pasado bajo silencio un ulterior error no privado de graves consecuencias, en el cual incurren muchas individualidades tradicionalmente orientadas. El discurso que hacen éstas es aproximadamente el siguiente: no se puede esperar algún suceso hasta que entre nosotros no haya surgido un Jefe que nos guíe. Ahora bien, prescindiendo del hecho de que un Jefe no es algo que se tenga que esperar pasivamente así como se espera el brotar de un hongo, se nota en tal actitud el mismo intento de crear justificativos a la propia pasividad, de la cual se ha hablado arriba. Debería quedar claro, para quien hace del Espíritu el polo de la propia existencia, que cada cosa acontece sólo cuando se han creado las premisas y por lo tanto un verdadero Jefe se manifiesta sólo cuando hay un ambiente humano preparado para recibirlo. Así como, en la vía espiritual, se dice

que cuando el discípulo está listo, también el Maestro lo está, un Jefe no aparece si sus secuaces no están en grado de merecerlo.

Lo dicho hasta aquí debería bastar a quien no subyace a las sugestiones materialistas, para impulsarlo a comprometerse sin hesitaciones a la obra de Revolución tradicional, con la clara conciencia de que, haciendo así, propicia en el único modo posible la llegada de un verdadero Jefe.

Debe además decirse que, para una Orden tradicional, personalidades de excepción, si siempre es auspicioso tenerlas, *no son en rigor indispensables.* El hombre de la Tradición posee por definición algo más precioso que una guía humana singular, por cuanto dotada de un patrimonio doctrinal, del cual puede recabar las modalidades de *establecimiento de una élite*, teniendo en el vértice un *Primus inter Pares, que perpetuamente se renueva, no sujeto a la trágica irrepetibilidad del caso singular.* No es ésta la ocasión para tratar más ampliamente tal argumento. Sin embargo, a quienes deseasen una indicación concreta, podría dar el ejemplo de la elección del Gran Maestro de la Orden de los Templarios.

La mención al patrimonio doctrinal que el hombre de la Tradición ha siempre poseído y en alguna manera aun posee, nos conduce a las consideraciones conclusivas y en algún modo fundamentales del presente escrito, por lo que pasamos a hablar de las directivas prácticas a seguir para la reconstrucción tradicional.

***

Ante todo es *absolutamente necesario y fundamental*, para quien se bate por la *Revolución Tradicional*, de proceder sobre sí mismo en el "*opus remotionis*" de lo cual escribe JULIUS EVOLA en la conclusión de la obra "*Rebelión contra el mundo moderno*". Es necesario *proceder con quirúrgica determinación para purificar la propia mente* de toda idea, concepción, inclinación que tenga sus raíces en el mundo moderno, y puesto que en sustancia tal mundo no es sino el producto de la acción de las dos castas más bajas, purificarla de cualquier idea, concepción, inclinación que tenga, en modo manifiesto y oculto, un origen burgués o proletario. Tal resultado puede alcanzarse sólo a través de una *severa e incansable profundización,* de acuerdo a la capacidad de cada uno, de las ciencias tradicionales. Ni se piense que ello representaría alguna cosa semejante a un vano estudio intelectualista de tipo moderno. Se trata, por el contrario, no de simple cultura en el sentido moderno y despotencializado del término, sino conformemente

con el verdadero significado de tal palabra (del latín *colere*, cultivar), de una *verdadera y propia "cultura" del campo del alma,* dirigida a prepararla a acoger la semilla de las antiquísimas tradiciones sapienciales itálicas.

El primero y más inmediato resultado que se obtendría de un semejante trabajo sería el de venir liberados de golpe de muchos falsos problemas, propios del mundo moderno, y que muchas veces el hombre de la Tradición asume, consciente o inconscientemente como propios. Así, para dar un ejemplo importante, se vaciaría inmediatamente de contenido la contraposición entre burguesía y proletariado, reduciéndose a sus verdaderas dimensiones de *oscura diatriba entre las dos castas inferiores,* a las cuales les ha venido a faltar la guía de las castas más altas. En efecto, sólo para las castas inferiores, mercantil y proletaria, el problema de la distribución de los bienes económicos puede agudizarse hasta el punto de degenerar en lucha de clase. A aquellos que aspiran a un más alto y luminoso dominio, debe en vez ser propuesto como piedra de comparación, necesaria y suficiente para verificar la pureza de su vocación, el ideal de Nietzche de "una casta superior distinguiéndose por su ausencia de necesidades: por lo tanto más pobre y más simple, pero en posesión de la potencia". Es necesario en otras palabras, con el estudio de las doctrinas tradicionales, ponerse a prueba a sí mismos y *examinar fríamente hasta a qué punto se está inficionado* de ideas de extracción proletaria o, como más fácil e insidiosamente acontece, de extracción burguesa. Es sabido en efecto que la mayoría de las posiciones doctrinarias y de las soluciones propuestas por la actual autotitulada derecha no superan los límites de una opaca filosofía de bienpensantes, sin alguna referencia superior.

Llevando adelante el denominado "*opus remotionis*", removiendo de la propia mente toda escoria de ideologías modernas, se iría a adquirir una nueva sensibilidad, una nueva espontánea reactividad a las sugestiones subversivas, aun si hábilmente enmascaradas, como muchas veces acontece. Así los unos reconocerían intuitivamente a los otros, y, más allá de obviables divergencias debidas a las distintas ecuaciones personales, se cimentaría aquella unidad de los hombres de la Tradición, que constituye por sí misma una fuerza real. Una vez formado el bloque de los mejores, alrededor del mismo se estratificarían progresivamente todos aquellos, y son muchísimos, que en el mundo moderno buscan un *Centro* que éste por definición no puede dar. A tal *Centro* de vertical, intransigente Tradicionalismo recabarían inspiración expertos de diferentes disciplinas, científicas, humanistas y sociales, que en sus formulaciones se inspirarían en las doctrinas

tradicionales, con la consecuente formación de todo un "*corpus*" sano, no contaminado, de orientaciones y soluciones teóricas y concretas que representaría la única verdadera y posible alternativa a las destrucciones operadas por la subversión. Además los hombres de acción hallarían en tal Centro una guía segura para que su actuar, aun si rectamente intencionado, no sea desviado hacia oscuros callejones sin salidas de la actual política contemporánea.

Ni se piense en la formación de un Centro de pensamiento tradicional como en algo abstracto, en cuanto ello significaría recaer en el prejuicio materialista que remite las causas de los acontecimientos únicamente a fenómenos de carácter natural. A tal obtusa concepción nosotros oponemos resueltamente la enseñanza según la cual *cada pensamiento viviente es un mundo en preparación y cada acto real es un pensamiento manifestado.*

***

A la ridícula agitación de los insatisfechos, en realidad a quienes dicen oponerse al sistema, nosotros oponemos la chispa viva de una verdadera Revolución, que *Los Dioscuros* osan encender en Roma, en la segunda mitad del siglo veinte. Es antiguo dicho que todas las tinieblas del universo no pueden nada en contra de la llama de un candil. Nosotros encendemos tal llama, en conformidad con el precepto *ariya* de que sea hecho lo que debe ser hecho, con espíritu clásico que no se abandona ni a vana esperanza ni a tétrico descorazonamiento. Es precisa convicción de *Los Dioscuros* que el Occidente, justamente porque ya ha recorrido aquellas etapas de un progresivo oscurecimiento que el Oriente está aun recorriendo, se encuentra por ello mismo más cercano al punto de recomienzo. Y es también firme la certeza de *Los Dioscuros* de que Roma sea el alma vivificante del Occidente: la Roma Clásica elevó en medio de estirpes bárbaras o degeneradas un Orden que durará más de un milenio; a Roma tuvo aun que volverse a vincular el Medio Evo para dar a su florecimiento espiritual un impuso universal. Hoy que dimensiones planetarias son impuestas al devenir del hombre por la fuerza ciega de las máquinas alimentadas por las energías de la materia, es aun a Roma, Soberana de lo Universal, que el hombre deberá hacer retorno para dar una respuesta adecuada a la crisis de una época.

Los Dioscuros se proponen la tarea de la recolección de individuos calificados susceptibles de una clarificación en sentido integralmente tradicional, en modo de constituir los primeros núcleos de un posible más amplio encuadramiento. Si y cuando el primer objetivo de la constitución de válidos grupos de personas habrá sido alcanzado, serán dadas las directivas prácticas para una ulterior expansión. Todo depende sólo de nosotros, de la medida y de la seriedad con la cual sabremos empeñarnos en una tarea que, aun si de ardua actuación, constituye sin embargo siempre la justa respuesta al más sagrado imperativo de nuestro tiempo.

Los Dioscuros se mueven sobre un plano diferente y más amplio del estrictamente político en cuanto, tratándose de una acción que comprende en sí programas articulados en el tiempo de pequeño, medio y vasto radio, no pueden restringir la iniciativa a objetivos históricos contingentes. Es un deber precisar por lo tanto que *Los Dioscuros* se ubican afuera del campo en el cual operan las fuerzas políticas actualmente existentes, aun mirando con simpatía cada acción, aun política, que esté substancialmente en armonía con las finalidad que se proponen.

ÍNDICE

PRÓLOGO AL TOMO III 7

X. LUX. Opus Magicum: *Las Cadenas* 9
LEO. *Acerca de la actitud a asumir ante la enseñanza esotérica* 13
EA. *Libertad, previsión y relatividad del tiempo* 17
Glosas al Opus Magicum 29

XI. IAGLA. *Sabiduría serpentina* 31
LUX. *Las invocaciones* 37
Extractos del De Mysteriis 43
SIRIUS. *La niebla y los símbolos* 49
EA. *Acerca de la doctrina general de los* Mantra 53

XII. ALBA. *De Naturae Sensu* 61
LEO. *Aforismos* 71
PEDRO NEGRI. *Aventuras y desventuras en Magia* 77
Glosas varias. "Recuerdos" y "Voces" 83
Decadencia de la palabra 85
Algo más sobre la doctrina iniciática de la inmortalidad 86
Inmanencia y trascendencia 88
Irrealidad de los cuerpos pesados 90
La vía equivocada 91

XIII. EA Y ARVO. *La doctrina esotérica de los centros secretos del cuerpo en un místico cristiano* 93
ABRAXA. *La magia del rito* 107

XIV. *Instrucciones de cadena* 111
Direcciones individuales de preparación 112
Primeras instrucciones de Cadena 118
Instrucciones para una Faz ulterior 119
Instrucciones para una Faz ulterior 120
IAGLA. *La lógica del subsuelo* 121
PEDRO NEGRI. *Acerca de la Tradición Occidental* 127
1) Desvalorización de la tradición pagana 127
2) Oriente, Occidente y el cristianismo 130

3) La Tradición iniciática en Occidente 135
4) La Tradición Romana 138
5) La Sabiduría Iniciática Romana 141
6) La Leyenda de Saturno 143
7) Etimología de Saturno 146
8) Addenda 149
9) El Simbolismo Agrícola en Roma 150

LOS DIOSCUROS. *Revolución tradicional y subversión* 155